

OLGA MARÍA LÓPEZ

A TRAVÉS DE LOS SUEÑOS

CONTEMPORÁNEA



A TRAVÉS DE LOS
SUEÑOS

OLGA MARÍA LÓPEZ



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

A través de los sueños

©Olga María López Lozano

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: SW Design

Imagen de la cubierta: ©Kotenko

123rf.com

Primera edición: Enero 2017

ISBN: 978-84-946621-3-3

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro — incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

MENÚ DE NAVEGACIÓN

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos.](#)

A mi familia

Capítulo 1

Logan se incorporó sobresaltado. Por tercera noche consecutiva soñaba con esa hermosa y desconocida chica rubia. Giró la cabeza y el despertador le confirmó que aún faltaban tres horas para que llegara la hora de levantarse, pero sabía que ya no podría volver a dormir. A pesar de ser las cuatro de la mañana.

Se levantó y fue hacia la ventana de su habitación. Se escuchaba el mar bravío. Era apenas otoño, pero el viento soplaba con fuerza, haciendo que el mar estuviera de esa forma. Se sentó en el asiento de la ventana, perdido en sus pensamientos, pero no pudo dejar de notar que en uno de los balcones de la casa del acantilado, había una figura blanca iluminada por la luna.

«La hechicera», sonrió ante la manera automática que había surgido el apelativo en su mente. Desde luego, no creía que la señorita Relish fuera una hechicera. La magia era mala y no parecía que ella fuera mala. Pero sí que existía un halo de misterio ante la joven que habitaba la casa del acantilado.

Al desaparecer en el interior de la casa, la figura fantasmal que había estado mirando, Logan trajo a su mente la imagen de la chica con la que había soñado.

Rostro de porcelana, levemente bronceado; cabello rubio, oscurecido un poco por el sol con un tono miel que armonizaba con los cristalinos ojos azules y labios rojos, sensuales, que daban ganas de mordisquear.

El rostro de una perfecta desconocida.

Logan suspiró y alcanzó el libro que tenía en la mesa de estudio. Cogió la foto de la chica que estaba entre sus páginas y la observó.

Cabello negro brillante, ondulado, una cascada que llegaba hasta el final de la espalda. Los ojos verdes, llenos de secretos; una piel blanca, muy blanca y una sonrisa que no llegaba a los ojos.

Eris.

Conocía a Eris desde Primaria, pero no se había fijado en ella hasta ese año. Ese año, en el que ambos habían cumplido diecisiete, parecía que ella había florecido.

Logan estudió la foto de nuevo. Debería estar loco por ella, pero no lo estaba. De hecho, su persistencia lo estaba agobiando. Aún recordaba cómo había encontrado la foto entre las páginas del libro de Historia, un par de días antes. Movié la cabeza. No es que no le atrajera, era un adolescente y Eris era sexy. Pero... no le llegaba a donde suponía que le tenía que llegar.

Dejó la foto a un lado y se planteó el preguntar a su padre acerca de los sueños que había tenido con la desconocida, pero descartó la idea de inmediato. No encontraría la comprensión que esperaba en el pastor Evans. Sabía que la receta de su padre sería rezar más y dedicarse a sus estudios.

Su madre tampoco sería de gran ayuda. Gillian Evans hacía todo lo que decía su marido.

Jeff e Iris se plegaban más a las exigencias de sus padres, pero Logan se dejaba llevar más por sus sueños, cosa que a sus padres no les hacía ninguna gracia. Sus padres desearían que estudiara algo sólido; Derecho como Jeff o Medicina. Incluso ser político, conservador, claro. Pero Logan tenía otras aspiraciones. Adoraba la literatura y la Historia. Era muy perspicaz y le encantaban las ciencias. Todavía no tenía claro qué iba a estudiar, pero lo que sí sabía era que decepcionaría a sus padres.

Se quedó allí, pensando en todo y en nada a la vez, con los luminosos ojos azules de la desconocida llenando su mente, mientras el tiempo pasaba y el día le ganaba, una vez más, la batalla

a la noche.

Viorica se quedó tumbada en la cama, escuchando la tranquila respiración de su hermana Doina. Eran mellizas pero no podían ser más diferentes.

Ella era alta, con las curvas necesarias, rubia y con los ojos azules de padre. Doina era bajita, regordeta, con el pelo castaño y los ojos castaños de madre.

Viorica era orgullosa y salvaje. Doina era tranquila y sumisa. Pero a pesar de todo, ambas se amaban por encima de todas las cosas.

Aguzando el oído, escuchó las respiraciones de su familia dormida. Padre roncaba, mientras que la respiración de madre era más ligera. Sus hermanos dormían, Marcel respiraba pesadamente y Petre hacía ruido con los dientes.

Moviéndose de forma muy lenta, para no despertar a Doina, atisbó por la ventana. Aún era noche cerrada, pero sabía que se acercaba el amanecer. Debía dormirse de nuevo, al día siguiente le esperaba un día muy duro, pero sabía que no podría.

El rostro del chico desconocido se colaba entre sus sueños y no sabía cómo impedirlo. Eso la asustaba, porque podía asegurar con toda certeza que jamás había visto a ese chico en sus dieciséis años de vida.

Intentó conjurar en su mente el rostro apuesto de Viktor. Sabía que en Navidad pediría su mano a sus padres, y en la Semana Santa del año siguiente estarían casados. No podía esperar para empezar su vida en común con él.

Doina se agitó en sueños a su lado. La miró antes de quedar tumbada boca arriba en la cama. Y, en vez de ver el apuesto rostro de Viktor, lo que se apareció ante sus ojos fue el rostro del desconocido: su pelo moreno despeinado y corto, sus ojos verdes chispeantes, que parecían querer contarle un secreto solo a ella, y sus labios, con una sonrisa traviesa en ellos.

Se dio media vuelta, dándole la espalda a su hermana. Debía olvidarse de ese chico y centrarse en Viktor. Sabía que ella podía aspirar a lo mejor del pueblo y ese era Viktor Ionescu. Y, en el momento que ella estuviera establecida, sus padres podrían buscar un mejor partido para Doina o Marcel podría pedir por fin la mano de Simona.

Melancólicamente, recordó su primera boda. Con trece años había sido una novia preciosa, dicho por todos. Constantin tenía veinte años, pero ella estaba totalmente loca por él, y no le importaba eso. En realidad, era lo habitual, que el marido le sacara varios años a su esposa. Habían sido felices durante los dos años que estuvieron casados, y la llegada del pequeño Constantin les había colmado de felicidad a los dos. Pero todo se torció cuando su esposo tuvo el accidente en el campo y lo llevaron malherido a la casa. Murió dos semanas después, sin haber recuperado el conocimiento, sin despedirse de ella, dejándola viuda en casa de sus suegros y con un pequeño que no llegaba a un año.

Entonces fue cuando su hijo enfermó súbitamente y siguió a su padre a la tumba, apenas un mes después.

Viorica se desesperó. Había perdido a su marido y a su hijo en un breve espacio de tiempo y la tristeza se apoderó de ella.

Empezó a superarlo, poco a poco. Sus suegros le permitieron seguir allí, en su casa, donde

había ido a vivir después de su boda, y allí habría seguido si su cuñado, Ion, no se hubiera encaprichado de ella. No era raro que las viudas se casaran con los hermanos de sus difuntos maridos, y más, si como era el caso, vivían en la misma casa. Pero Ion ya estaba casado, estaba esperando su cuarto hijo, y Viorica se vio obligada a volver a su casa.

Sus hermanos aún permanecían solteros, después de haber vuelto hacía apenas unos meses de cumplir un servicio, del que se negaban obstinadamente a hablar, en el castillo del voivoda. Su madre había suspirado aliviada cuando les vio regresar, incluso vio a su padre esbozar una sonrisa. No todo el mundo que iba al castillo volvía, y los rumores que corrían no ayudaban a tranquilizar a ninguna familia cuando alguno de sus miembros era llamado al servicio de su príncipe.

Su hermana Doina también permanecía en casa. Una solterona ya a sus dieciséis años de edad, dado que sus padres no habían podido pagar una segunda dote, en caso de que algún muchacho se hubiera interesado en ella.

Abrazada a sus rodillas, Viorica deseaba que todo eso no hubiera pasado; que Constantin y su hijo siguieran vivos, que Doina se hubiera casado, y que los chicos encontraran una buena esposa. Si sus hermanos se casaran, con las dotes que aportaran sus esposas, quizá ellas tuvieran una oportunidad.

Perdida en sus ensoñaciones, vio como una línea clara empezaba a insinuarse en el cielo, estaba amaneciendo y ella no había llegado a dormirse. En el momento en el que el gallo cantó, iniciando la jornada en el campo, Viorica tuvo dos pensamientos fugaces: el primero era que era domingo y podría quedarse un rato más en la cama, antes de arreglarse para ir a la iglesia. El segundo fue que en las imágenes que veía en su cabeza sobre su boda, no veía el rostro de Viktor sino el rostro del desconocido.

Los hilos del destino habían empezado a entrecruzarse para dos jóvenes que no se conocían, que no coincidían ni en el espacio ni en el tiempo.

El bello rostro de Naunet estaba sereno en ese momento, pero su mente era un remolino de sensaciones y no todas buenas.

Se levantó del sillón donde había pasado la noche. Se acercó a una ventana mientras el sol salía por el horizonte, tiñendo de anaranjado el mar, que se había quedado extrañamente en calma. Sus ojos aguamarina recorrieron la plácida superficie marina, imbuyéndose en la paz que transmitía ese luminoso amanecer, cogiendo fuerzas para lo que se acercaba. Porque dos personas habían logrado conectar a través del espacio y del tiempo. Dos personas ajenas entre sí, estaban enlazando sus destinos sin que tuvieran absolutamente ninguna posibilidad de hacer nada.

La magia de los sueños se había puesto en marcha.

Capítulo 2

El timbre sonó, sacando a Logan de su ensoñación. Había vuelto a soñar con la desconocida, después de un par de semanas sin hacerlo. Había sido tan vívido, tan real, que incluso había alargado la mano para tocar su perfecta mejilla, pero lo único que encontró fue el vacío de la habitación, donde antes había estado ella.

La noche todavía era cerrada sobre el costero pueblo de Penzance. Situado en la costa de Cornualles, era sobre todo un pueblo pesquero. La belleza de sus playas y de sus acantilados, tan parecidos a todos los que existían en las costas inglesas, y a la vez tan diferentes, hacían que, para Logan, vivir en Penzance fuera una especie de milagro.

A pesar de despertarse a las cuatro y media de la mañana, se levantó y fue hacia un banco que tenía en la ventana. Aunque estaba oscuro y no veía nada, sabía que el mar estaba allí, y eso le tranquilizaba. Volvió a ver el rostro de la desconocida y, durante un par de horas después, cuando la claridad en el horizonte indicaba que el amanecer estaba a punto de llegar, seguía pensando en ella.

Cuando el sol ya había salido, escuchó cómo su madre se levantaba. Las mañanas en casa de los Evans comenzaban temprano. Echó un vistazo al reloj, para constatar que le quedaba aún un cuarto de hora para que sonara el despertador, y decidió adelantarse a su hermana Iris, para usar la ducha.

Con el pelo mojado, mientras preparaba los libros para ir a clase, Logan cogió el dibujo que había hecho de la desconocida, siguiendo los dictados de su memoria. Tenía mano para el dibujo, pero muchas veces le daba pereza ponerse a dibujar. Sin embargo, en esa ocasión, lo había realizado sin darse cuenta realmente del paso del tiempo. El trabajo le había absorbido y el resultado era un rostro tremendamente realista con el que soñaba, y no sabía por qué. Lo guardó entre los libros, como si supiera que lo necesitaría mirar a lo largo del día.

En el descanso de las clases miró a ambos lados, para comprobar que ninguno de sus compañeros estuviera cerca, sacó el folio, doblado en cuatro, para mirar de nuevo el bello rostro de la desconocida.

—¿Quién eres? ¿Por qué sueño contigo? —murmuró para sí mismo.

En ese momento, una mano se alargó y cogió el folio; una mano blanca, de dedos finos, de pianista.

—¿Y este dibujo? —La chica morena echó un vistazo antes de fijar sus intensos ojos verdes en los del chico.

—Nadie, Eris. Dámelo. —Logan alargó la mano para coger el folio, pero la chica, frunciendo el ceño, lo apartó de él.

—Si no es nadie, ¿qué importa que lo tenga yo?

—Eris, dámelo.

Logan se estaba enfadando, y la chica se daba cuenta. Se debatió entre darle el dibujo o no, sintiendo celos.

«No seas estúpida, Eris. Es solo un dibujo. Un simple dibujo».

Pero, a pesar de ser sólo un dibujo, solo unos trazos de lápiz en un folio en blanco, mirar ese rostro le llenaba de desazón.

Encogiéndose de hombros, la morena le devolvió el retrato.

—No seas así, Logan. Solo es un dibujo.

Abrió la boca para responderle. Pero, ¿qué podría decirle? ¿Qué no conocía a la chica de ese

dibujo, pero que había soñado con ella? ¿Qué sentía que era alguien importante en su vida? Sabía lo que parecería, un loco. Y era ya lo que le faltaba, pasar por loco cuando ya muchos de sus compañeros lo creían por no estar saliendo con la preciosidad que tenía delante.

—Logan, ¿hacemos algo esta tarde?

La voz de Eris le llegaba lejana, y ella se dio cuenta de que no le hacía ningún caso. Eso no le gustó absolutamente nada. Estaba acostumbrada a que todo el mundo le hiciera caso, todos los chicos estuvieran pendientes de ella y de cada una de sus palabras.

—¿Logan? —Chasqueó los dedos delante de su cara, esperando que bajara de las nubes.

—¿Eh? No. Esta tarde no, Eris —contestó automáticamente.

Eris frunció el ceño. No estaba en absoluto acostumbrada a que le dijeran que no, y Logan se lo decía demasiadas veces.

—Pero Logan...

Los compañeros que estaban alrededor les miraban con curiosidad. Las chicas, con un punto de suficiencia en los ojos. La chica morena despertaba la envidia de sus compañeras, por el interés que despertaba en todos los chicos y la forma que tenía de tratarlas, como si fueran inferiores a ella. Un comportamiento que no despertaba muchas simpatías. Entre las chicas, Eris tenía fama de «fresca» y de liarse con cualquier chico que estuviera medianamente decente. No le importaba, incluso, si ese chico tenía novia o alguna de sus compañeras, y supuestas amigas, iba detrás de él. Si le gustaba, se lo ligaba y punto.

Por esa misma razón, los chicos la adoraban. No es que fuera una chica «fácil» o que hubiera llegado hasta el final con alguno (aunque a muchos de ellos les habría encantado), pero sí que se dejaba tocar, algo que la mayoría de las chicas ni siquiera se planteaban, a no ser que hubieran salido durante un período de unos tres meses (una auténtica eternidad) y el chico en cuestión le hubiera dicho una docena de veces que la quería.

No, Eris no llegaba hasta el final, pero no la tenían que invitar al menos durante dos semanas a salir para que te dijera que sí y, si tenías suerte, esa misma noche le podías meter la lengua hasta la campanilla, e incluso, tocarle un pecho por debajo del sostén.

Muchos chicos de los que habían salido con ella decían que era una calientabraguetas, que te daba ilusiones de que te ibas a meter debajo de sus bragas, pero después te dejaba con las ganas. Pero muchos de esos chicos darían lo que fuera por volver a tener una cita con ella.

La única relación larga que se le conocía era con Jeff Evans, el hermano mayor de Logan. Durante seis meses, estuvieron saliendo como pareja pero al acabar el verano e irse Jeff a la universidad, esa relación se rompió.

Los rumores decían que había sido Jeff el que había roto porque se iba fuera y porque era una estrecha. La verdad era que había sido ella la que había roto, porque Jeff desapareció de su mente en cuanto se fijó, cuando realmente se fijó, en Logan.

Había sido una noche, un par de semanas antes de que lo dejaran. Jeff había pasado por su casa, antes de llevarla a la suya, para mostrarle las asignaturas de las que se había matriculado en la universidad. A pesar de que ella solo tenía quince años, dos menos que él, estaba muy interesada en todo lo relacionado con el mundo académico.

Logan estaba en el porche trasero, mirando el mar. Absorto en sus pensamientos, tanto que no se había dado cuenta de que Eris llegaba y se sentaba a su lado.

—Hey.

Se sobresaltó visiblemente. Se giró hacia ella, con un brillo soñador en sus preciosos ojos verdes, tan parecidos pero a la vez tan diferentes a los de ella.

—Hey —dijo con voz tímida pero con una sonrisa pícaro.

En ese momento, Eris se enamoró irremediabilmente de Logan y todos los chicos con los que había salido desde entonces, incluyendo esas dos semanas con Jeff, fueron simplemente un método de pasar el tiempo hasta que Logan se fijara en ella. Pero ahora sentía, sí, lo sentía en lo más profundo de su interior, que la chica que aparecía en ese dibujo era un obstáculo insalvable entre ella y Logan. Aunque pudiera parecer una tontería, sintió ganas, casi irrefrenables, de coger ese dibujo y destrozarlo en pedazos tan diminutos, que nadie jamás pudiera recomponer ese rostro tan perfecto.

Era casi imposible, pero sentía celos de un dibujo.

Logan fue a comentar algo, pero el profesor entró en ese momento, salvándolo de decir alguna incoherencia. Porque... ¿qué iba a decirle a Eris? ¿No me gustas porque creo que no eres lo que pareces? Sabía que sus compañeros no entendían su negativa reiterada a salir con ella, pero ellos no habían visto a su hermano mayor destrozado la noche que ella le dejó. No le habían visto ahogar los sollozos contra la almohada, porque se había enamorado perdidamente de esa niña desde el primer momento que posó sus ojos castaños en los verdes de ella.

Sabía que, a pesar de que habían pasado ya dos años, Jeff seguía queriendo a Eris con desesperación. La misma desesperación que veía en los ojos de su hermano cuando se cruzaban con ella, los fines de semana que él venía al pueblo, la que fortalecía aún más su decisión de no tener nada que ver con Eris. Además de un sentimiento íntimo que le decía que Eris no era su destino. El mismo sentimiento que le decía que su destino estaba con la desconocida con la que soñaba.

«Vio...».

No sabía su nombre, pero su inconsciente ya la había bautizado como Vio. No Violetta, simplemente Vio.

Escuchaba distraídamente al profesor mientras miraba por la ventana, y observó a la señorita Relish paseando por la playa, mirando al mar. Cuando pasaba justo por delante de la ventana, giró la cabeza y clavó sus ojos aguamarina en los de Logan.

Cogió aire con brusquedad, sintiendo una conexión con ella. Algo hizo *clic* en su interior y supo que si su destino estaba ligado a Vio, la mujer que lo miraba fijamente tenía un papel muy importante.

La hechicera sonrió, iluminando su rostro, y él le sonrió en respuesta.

Viorica se levantó, llevándose las manos a los riñones, enderezando la espalda. Puso la mano sobre sus ojos para protegerse del sol, mientras miraba a la persona que se acercaba. Sonrió al ver que era Viktor y se colocó las trenzas, mientras bajaba un poco las mangas de la blusa, para que el escote quedara más seductor.

—Vio, ya está enamorado de ti. —Doina se acercó riéndose y le dio agua con un cazo, para que se refrescara.

A pesar de que era mediados de otoño, el día era caluroso. Viorica aceptó agradecida el agua que le ofrecía su hermana, que sabía necesitaba. Se había ruborizado violentamente, a pesar de que el esfuerzo del trabajo ya la tenía sonrojada.

Doina se dio cuenta y se retiró, riéndose entre dientes, cuando Viktor llegó hasta donde estaban.

—Hola, Doina.

—Viktor. —Le hizo un gesto con la mano, alejándose con el balde y el cazo de agua, dejándoles algo de intimidad para que hablaran de cosas de enamorados.

—Está muy guapa. —Viorica bajó los ojos modestamente, internamente complacida por su halago—. Pero tú siempre estás guapa.

Cogió entre sus dedos una de las gruesas trenzas de Viorica. Adoraba su cabello, su tacto sedoso, su rico color miel. Deslizó sus ojos por el cuerpo de la chica con la que esperaba casarse, observando sus curvas voluptuosas, unos pechos plenos y unas caderas redondeadas, pero no tan opulentas como las de Doina. No veía el momento de estar casado con ella y tenerla en el lecho. Además, sabía que no estaría con una tímida virgen a la que hubiera que guiar en todo. Viorica era viuda, por lo tanto, sabía ya lo que había que hacer, y Viktor estaba totalmente seguro de que sabría complacerle. También tenía en cuenta de que ya había sido madre de un hijo, por lo tanto, no tenía duda alguna sobre su fertilidad. Podía elegir a cualquier chica del pueblo, como insistentemente le decía su padre, pero él quería a Viorica. La había querido antes de casarse y la seguía queriendo después. Era obsesión lo que sentía por ella. No la amaba, no, quería poseerla, como cualquier cosa hermosa que veía.

—Gracias, Viktor. —La voz de ella era suave, alentándole pero sin hacerlo abiertamente. Guardando las formas, para que nadie pudiera poner en duda su honor.

—Viorica... quiero besarte. —El dedo de Viktor acarició con suavidad los plenos labios de ella; unos labios rojos, ligeramente abiertos ahora mismo, húmedos por el agua que acababa de beber, pidiendo un beso.

—Viktor, no... —Miró a su alrededor para ver dónde estaban sus hermanos o sus padres, evaluando la posibilidad de enardecerlo dejándole que le robara un beso—. No... debemos. Aunque... —Volvió a bajar los ojos.

Viktor también echó un vistazo alrededor y, poniendo un dedo bajo su barbilla, le alzó el rostro para bajar el suyo y buscar sus labios con presteza, después de haberse asegurado de que no había nadie alrededor.

Viorica disfrutó del beso. Tenía dieciséis años, era toda una mujer desde hacía cuatro años. Con once años le habían besado por primera vez. Había estado casada durante dos años y medio.

Su primer beso fue detrás de un árbol y se lo dio Marcel, un gordo muchacho de dieciocho años que se había limitado a aplastar sus labios con los de ella. El beso acabó con brusquedad, con una bofetada, cuando intentó tocarle un pecho por encima de la blusa. Pero ninguno de los besos que había recibido, excepto los de su esposo, se había llegado a parecer a los que le había dado Viktor. Y, a pesar de eso, a pesar de que había cerrado los ojos para dejarse llevar por el beso, sintió que no eran de los mejores que podía recibir. En su mente apareció el rostro del desconocido.

Se separó de Viktor, jadeando, cosa que él tomó con vanidad, pensando que lo había provocado él, que el efecto que tenía sobre ella era dejarla sin aliento.

Viorica se pasó una mano por la frente, sonriendo trémulamente. No quería provocar el enojo de Viktor, nada que pudiera significar que él no pidiera su mano. Tenía que casarse con él, porque era la más bonita del pueblo y porque los Ionescu eran la familia más importante de la aldea.

La madre, que había visto el beso, pero no había intervenido porque sabía perfectamente que el matrimonio de su hija y Viktor sería beneficioso para la familia, apareció en ese momento, entablando conversación con el joven.

Viorica pudo perderse en sus pensamientos. Había vuelto a soñar con el desconocido la noche anterior, después de dos semanas sin hacerlo. Podía describir cada detalle de su rostro, cada matiz de sus ojos verdes o de su pelo moreno.

Miró a Viktor, intentando llenarse con su imagen, intentando desplazar al desconocido, pero lo único que le salía era compararlos. Viktor tenía un rostro más maduro, a pesar de que apenas tenía dos años más que ella. El rostro del desconocido era un poco más aniñado, pero desprendía muchísima fuerza. Donde más diferían era en los ojos... Los de Viktor eran negros, como su cabello y, a veces, demasiado feroces. Los del desconocido eran de un precioso color verde, muy parecido al de la hierba en primavera. Incluso había podido distinguir motitas doradas en ellos. Transmitían fuerza y confianza.

Incluso en el cabello diferían. El de Viktor era de un negro intenso, brillante. El del desconocido era oscuro, pero no tenía la intensidad del color negro del chico Ionescu.

«Chocolate».

Movió la cabeza extrañada. No conocía esa palabra y no sabía cómo había aparecido en su mente, pero esa palabra no dejaba de resonar en su cabeza. El color del cabello del desconocido era color chocolate profundo.

Se dio cuenta de que su madre y Viktor la miraban extrañados. ¿Había dicho esa palabra extraña en voz alta? Entonces se dio cuenta de que su madre parecía más bien apurada y él tenía una expresión de disgusto.

Le habían dicho algo y ella estaba perdida en sus ensoñaciones.

—Discúlpenme, estaba pensando en... las tareas de mañana. —Sus ojos miraron fijamente a Viktor, intentando transmitirle que había estado pensando en él, aunque fuera mentira.

Lo hizo bien, porque enseguida una sonrisa satisfecha apareció en el rostro de él.

—Decíamos que ya es hora de recoger, Viorica, y de ir a hacer la cena. —Su madre también pensó que ella había estado soñando despierta con su enamorado. La miró, regañándola con la mirada, pero su hija bajó la cabeza y miró al suelo.

Suspirando, se alejó hacia la casa, dándoles unos segundos más a solas.

—Viorica —se sobresaltó al escucharlo tan cerca—, ¿en qué pensabas antes? —Le sujetó la barbilla, de forma que ella no podía esconder su mirada de él.

—En nosotros. —La voz le salió levemente temblorosa y la punta de su lengua humedeció sus labios, algo que él se tomó como una señal de turbación por su cercanía, no por una mentira.

—Yo también pienso mucho en nosotros. —El dedo de Viktor acarició suavemente su mentón, mientras la otra mano se posaba en su cintura, acercándola aún más a él.

—Viktor... —De nuevo la voz temblorosa y de nuevo él la malinterpretó, creyendo que quería un nuevo beso.

Bajó de nuevo el rostro y la volvió a besar. Viorica cerró los ojos, simplemente pensando que no estaba bien, porque no era el desconocido el que la estaba besando. Pero se dejó besar y respondió tímidamente, como hacía siempre. Provocando pero no demasiado.

Al escuchar la voz de su padre, ambos se separaron. Las mejillas de ella se habían quedado pálidas y él las acarició levemente.

—Espero ansioso el día en que pueda besarte todo lo que quiera sin que nadie nos diga nada ni nos interrumpa.

Con un breve beso en la mejilla, Viktor dio media vuelta y se alejó. Ella se quedó mirando

cómo se iba, con el único pensamiento de que ya no tenía tantas ganas de casarse con él. Pero se guardaría mucho el decirlo.

Escuchó la voz de su hermano Marcel, llamándola, y supo que, si no volvía a su casa, tendría problemas con su padre. Se apresuró, para ayudar a su madre y a su hermana con la cena, mientras los hombres hablaban de la cosecha.

Más tarde, escuchando la suave respiración de Doina a su lado, después de haber escuchado a sus hermanos regresar de la aldea, después de que sus padres hubieran realizado el acto sexual, Viorica se encontraba todavía despierta. Pensando sobre ella y su destino. Sabiendo, en el fondo de su alma y de su corazón, que su destino no estaba con Viktor Ionescu. Ni siquiera estaba en su aldea. Su destino estaba con el desconocido y muy lejos de lo que ella conocía.

Lo que aún no sabía realmente, era lo lejos que iba a llegar.

Capítulo 3

Miró a su alrededor, sin reconocer el prado donde se encontraba. Había un olor de algo que no sabía calificar y se escuchaba un rumor sordo, que no sabía identificar, pero no se veía nada por ninguna parte. Estaba en un sitio desconocido y, aunque eso debería de haberle asustado, no lo estaba. Sentía que debía estar allí.

Vio una figura que se acercaba por el otro lado del prado. Era una figura conocida a pesar de haberlo visto solo en sueños. Su desconocido.

Instintivamente, supo que él también estaba perdido, que no reconocía tampoco el lugar donde estaban.

Estuvieron por primera vez frente a frente y Viorica no se resistió al impulso de quitarle un mechón que caía sobre su frente, provocando una sonrisa.

Miró alrededor, buscando a su familia, a alguien de la aldea, pero estaban los dos solos. Supo que sería así, que era uno de sus sueños y por lo tanto, decidió saciar su curiosidad.

—*Ma numesc Viorica*^[1].

La sonrisa de Logan se hizo aún más ancha. Tenía a la desconocida de sus sueños delante y, aunque sabía que no debería haber entendido el idioma que ella hablaba, lo entendió a la primera. Viorica. Su nombre era Viorica. Vio, como él la había llamado.

—Yo soy Logan Evans.

Viorica abrió los ojos, impactada por el sonido de su voz. Era una voz melodiosa y varonil, con un tono despreocupado que jamás había escuchado en su vida.

Ambos sonrieron a la vez y Viorica volvió a mirar alrededor.

—¿Qué suena? —preguntó extrañada, mientras el sonido del oleaje se hacía más fuerte.

Logan estaba extasiado ante la belleza corpórea de su desconocida. Se extrañó ante la pregunta, porque no escuchaba nada fuera de lo normal.

—¿El mar?

Viorica jamás había visto el mar, pero al salir de la boca de Logan, en su mente se formaron imágenes del océano, como si hubiera vivido toda la vida a su lado, al igual que había hecho él.

—¿Dónde estamos? —esta vez fue Logan el que preguntó extrañado. No reconocía el prado, así que no era Penzance. Quizá fuera el sitio donde vivía ella.

—No lo sé. —Viorica le miró con sus profundos ojos azules y una sonrisa cautelosa en el rostro.

—¿No es dónde vives?

—No, yo vivo en una aldea cerca de Târgovi ş te.

—¿Rumanía? —preguntó sorprendido. Había escuchado ese nombre, en relación con la historia de la Edad Media en Europa, pero estaba intentando recordar exactamente con qué relacionarlo.

—¿Qué es Rumanía? —Las trenzas rubias se movieron cuando ella negó con la cabeza—. Está en Valaquia.

La musicalidad de la voz de Viorica tenía a Logan totalmente embobado. Ya no solo le podía poner nombre a su sueño, sino también podía ponerle voz y gestos. Viorica rio al ver el estado en el que se había quedado Logan.

—¿Y tú? —Movi6 la mano delante de su cara, como para atraer su atención. Se estaba comportando con todo descaro, como las mujeres de baja moral de las que hablaba madre y, durante

un momento, ese pensamiento enturbió toda su felicidad, antes de caer en la cuenta de que era su sueño y nadie tendría por qué saber de dicho sueño.

—En Penzance.

Ella frunció el ceño, provocando que Logan quisiera acariciar con los dedos su frente hasta dejarla de nuevo lisa.

—¿Penzance? —Su forma de pronunciar el nombre de su pueblo hizo que Logan riera.

—Está en Inglaterra.

Pero Viorica no tenía ni idea de qué le hablaba Logan. Conocía su aldea, su país y poco más.

—¿Qué edad tienes? —ambos preguntaron a la vez, provocando las carcajadas del otro.

La risa de Viorica era musical y ligera, mientras que la de Logan eran carcajadas más profundas. Pero tanto una como la otra estaban llenas de alegría y jovialidad.

—Diecisiete —contestó él.

—Dieciséis —dijo ella en el mismo instante.

Ambos sonrieron esta vez, mirándose a los ojos.

Viorica se incorporó con rapidez en la cama, provocando un somnoliento «¿Qué te ocurre?», por parte de Doina, la cual se volvió a dormir enseguida, sin escuchar la respuesta de su hermana.

«Logan Evans», pensó para sí misma, viendo cómo se acercaba el amanecer, anunciado ya por una fina línea naranja en el horizonte. Sonrió como una boba, sabiendo ya que su desconocido no era tal desconocido.

Frunció el ceño al recordar vivamente el sueño que había tenido. El tipo de ropa que llevaba... era muy extraña. Los pantalones azules de una tela que ella jamás sabría reconocer, y eso que conocía las telas, porque como toda chica, era coqueta y le encantaba tener vestidos nuevos. Igualmente, iba cubierto por una especie de blusa que se le pegaba al cuerpo. No era una camisa masculina, como las que ella conocía, era algo más extraño.

Desde luego, no era una vestimenta que ella reconociera, pero claro, teniendo en cuenta que no le había sonado nada el sitio de dónde era, «Penzance», resonó en su cabeza con la voz de Logan. No tenía nada de extraño que tampoco reconociera las prendas de vestir.

Sumida en estos pensamientos, la mayoría agradables, el amanecer llegó.

—¿Estás bien? —La voz de Doina llegó desde la cama, a medias somnolienta a medias extrañada de ver a su hermana ya despierta y vestida con la ropa de labor.

—Sí, ¿por qué?

—Porque siempre arañas todo el tiempo que puedes en la cama, Viorica. Aún no ha cantado el gallo y ya estás preparada.

Viorica se encogió de hombros ante las palabras de su hermana. Era totalmente cierto. De hecho, Doina siempre se levantaba antes de que cantara el gallo e iba adelantando algo de las tareas para que madre y ella pudieran disfrutar unos minutos más de la cama.

Aún sorprendida, la menor de la familia se levantó para lavarse y vestirse, mientras Viorica aprovechaba e iba a por la leche, haciendo entre ambas el desayuno. Su madre también se quedó muy sorprendida de no tener que ir a llamarla varias veces, incluso su padre, conociendo como conocía la pereza de su hija, se la quedó mirando algo sorprendido.

—Parece que la edad te va asentando la cabeza, Viorica —sentenció al sentarse a la mesa para disfrutar del desayuno preparado por sus hijas.

Viorica se mordió la lengua. Siempre había tenido su pronto y las contestaciones a su padre le habían provocado más de un golpe. Por eso había aprendido a no contestarle, aunque a veces le costaba mucho. Doina y su madre siempre decían que su orgullo y su genio la llevarían por mala senda si no aprendía a controlarlo.

Ese día, las tres mujeres se quedaron a primera hora en la casa, arreglando el hogar, haciendo la colada y preparando la despensa para el invierno que se acercaba. Ya comenzaba a hacer frío y la madre revisó las provisiones de leña, chasqueando la lengua. Ese día ni ella ni las muchachas irían al campo, porque tenían que ir al bosque para ir almacenando leña. Dentro de dos días, en el domingo, después de ir a la iglesia, tendrían que ir los seis al bosque para traer más troncos. Pero hoy tendrían que ir las tres y acarrear con lo que pudieran para la casa.

Viorica puso mala cara al escuchar a su madre. Ir al campo, aparte de significar escuchar los rezongos de su padre y sus hermanos esa noche por haber tenido que hacer el trabajo ellos solos y estropearse las manos acarreando ramas (tenía aún una cicatriz de un corte que se había hecho con seis años), significaba también no ver a Viktor.

—Vamos, Viorica, no hagamos esperar a madre. —Doina la miraba comprensiva. Conocía a su hermana mejor de lo que esta pensaba, aunque no tanto como creía, y sabía lo que se le estaba pasando por la cabeza.

Últimamente, sabía que estaba muy distante con Viktor. No descansaba bien por los sueños que tenía con el desconocido, «Logan Evans» se corrigió a sí misma, y Simona, otra chica de la aldea, lo estaba aprovechando, tendiendo sus redes hacia Viktor. Se había hecho la firme promesa de no volver a hacerlo, de no dejarse distraer cuando estuviera con él hasta que no lo tuviera seguro con una promesa de matrimonio. No quería darle más ventaja a Simona.

Su madre, que también se había dado cuenta de las tácticas de la joven de la aldea, y sabiendo que su hijo mayor trabajaba en el mismo campo que Viktor, le dijo a su hija que fuera a avisar a su hermano de que hoy no irían porque iban al bosque.

Sabía que Marcel no le diría nada a Viorica y así ella también podría avisar a Viktor. Eso iluminó la cara de la joven, que se llevaba extremadamente bien con su hermano mayor. Sabía además que a este le gustaba Simona, así que también podría dejarle caer unas palabras en ese sentido, haciendo que trabajase a su favor.

Marcel alzó la cabeza al escuchar la voz de su hermana. Viktor, que estaba justo al lado, también la miró como venía corriendo. Sus ojos se llenaron con su figura, con su pelo rubio. Inmediatamente, la imagen de Simona, que durante la mañana había estado pendiente de él, se evaporó de su mente.

Marcel fue al encuentro de su hermana, alejándose un poco de Viktor, pero no lo suficiente como para que este no pudiera escuchar como la chica, con la voz entrecortada por la carrera, le explicaba que ese día no irían a los campos porque iban al bosque a recoger leña. Marcel torció el gesto y miró hacia donde su padre y su hermano trabajaban, sabiendo que su padre estaría de mal humor desde que se lo dijera en el almuerzo. Con un cuchicheo, que ya no llegó a oídos de Viktor, Viorica le puso también al corriente de lo que pasaba con Simona, así que Marcel, guiñándole un ojo, le hizo saber que estaría al tanto y haría lo que pudiera.

Mordiéndose el labio, Viorica se acercó a Viktor, con Marcel detrás, cuidando de que nadie

podría dudar de la honra de su hermana, pero dándole espacio para que pudiera tener algo de intimidad con el chico. El joven Ionescu le caía bien y sabía que, en cuanto se casara con su hermana, él tendría la oportunidad de pedir la mano de Simona, ya que su familia subiría en la escala social de la aldea.

—Lo siento, pero madre quiere que Doina y yo vayamos al bosque con ella a recoger leña. — Viorica le dedicó un mohín de pesar, que hizo que el joven sonriera.

—Te he escuchado. Ojalá no tuvieras que ir.

—Lo sé. Además... —Alzó las manos con una pequeña sonrisa, sabiendo lo mucho que le gustaban sus manos a Viktor, el cual soltó una carcajada que atrajo la atención de Simona.

—Pobres de tus manos. —Viktor las cogió durante un instante, acariciando con sus pulgares el dorso de ambas. Caricia que no le pasó desapercibida a Marcel, el cual respiró un poco más tranquilo, sabiendo que las cosas entre su hermana y Viktor andaban bien, y Simona no tenía nada que hacer.

—Piensa en mí. Yo pensaré en ti todo el día. —Con un guiño y una sonrisa, Viorica se alejó de ellos, mientras ambos la despedían con la mano.

Simona se acercó contoneando las caderas, pero no llamó la atención de Viktor, de hecho, él seguía mirando fijamente el lugar por donde había desaparecido Viorica. Pero a la chica no le desagradó la atención que le prestó Marcel, que consiguió que riera tontamente un par de veces.

—Logan, tenemos una hora libre. ¿Quieres que vayamos a la playa? —Eris se sentó en su mesa, mirándole seductoramente. Los chicos de alrededor suspiraron al verla, deseando ser ellos a los que hubiera invitado a ir a la playa.

Teóricamente, los chicos tenían prohibido salir del recinto escolar durante el horario lectivo. Teóricamente, porque cada vez que tenían una hora libre, y más siendo del último año como eran ellos, aprovechaban y salían por la puerta trasera del colegio, que les llevaba directamente a un sendero que conducía a la playa. Era una de las cosas buenas que los chicos adoraban de su escuela. Lo cercana que estaba al mar. De hecho, desde las ventanas de un lateral del edificio, el lateral donde se encontraba su aula, podía verse perfectamente la playa de Penzance.

—No, Eris. Tengo que mirar una cosa.

Volvió la vista hacia la ventana, porque sentía como si el océano le llamara. Así que no vio la decepción y la rabia que aparecieron en el rostro de la chica, al sentirse rechazada de nuevo.

—Yo voy contigo, Eris.

La joven estudió al chico que había hablado. Ariel Lewis era un joven que había llegado al colegio a principios de curso. De ojos y pelo negro, estaba muy bien considerado entre las chicas. Era todo un seductor y buena prueba de ello era la larga lista de chicas que había conseguido ligarse en lo poco que llevaban de curso escolar. Sabía que Rose Williams, la prima de Logan, había sido víctima de un rumor iniciado por él y que Logan no le tenía mucha simpatía. De hecho, se habían peleado hacía un par de semanas, porque Ariel había dicho que había llegado hasta el final con la joven. Además, siempre rivalizaban en cuestión de notas. Todos los profesores decían que era brillante cuando todos sabían que realmente la alumna más inteligente de todo el colegio era Rose Williams.

Logan miró a Ariel, que le retaba con la mirada como diciéndole que iba a ligarse a su chica. Se encogió de hombros y cogió sus cosas antes de salir sin decir ni una sola palabra del aula. Se cruzó con su prima, que se limitó a mover la cabeza, agitando su pelo castaño rojizo, mientras estudiaba para un examen.

Eris se enfureció por el desprecio y sonrió seductoramente a Ariel.

—Claro que iré contigo, si algunas... —remarcó el «algunas», mirando hacia donde se encontraba Rose— no saben disfrutar de tu compañía, yo sí sé hacerlo.

Su frase no consiguió su objetivo, solo un bufido de risa por parte de la otra chica, mientras los cuchicheos se alzaban por la clase. Rose era muy apreciada y a nadie le había gustado descubrir el rumor que el chico nuevo lanzaba sobre ella.

—Quizá es que «algunas» son mucho más inteligentes que tú. —Mariah, otra prima Williams de un curso inferior, había entrado justo a tiempo para escuchar a Eris y ella no era de las que se callaban.

Otro bufido de risa por parte de Rose hizo que el resto de los chicos y chicas que permanecían en el aula, rompieran a reír también, provocando la indignación tanto de Ariel como de Eris.

Mientras Logan, ajeno a la batalla dialéctica que había sucedido y que como todo el mundo sabía, habían vuelto a ganar las Williams, se dirigía con rapidez a la biblioteca. Quería saber de dónde era exactamente Viorica. Un intenso presentimiento se estaba adueñando de él y quería comprobarlo.

Usó los ordenadores para buscar los nombres que le había dado ella: una aldea cerca de Târgovi ş te y Valaquia, para empezar a tirar del hilo.

Ese nombre le llevó a otro que conocía más. Vlad Tepes. Vlad el empalador, Voivoda de Valaquia, y personaje histórico en el que Bram Stoker se había basado para crear uno de los monstruos más conocidos. El vampiro. Drácula.

De hecho, el mismo nombre Drácula provenía del nombre del príncipe valaco, ya que su nombre real era Vlad Drăculea. Durante el resto de la hora libre, estuvo leyendo todo lo que pudo sobre Valaquia y el reinado del Voivoda.

Su presentimiento se hacía aún más real.

Volvió a las clases, con una sensación de pesadez en el corazón que no sabía a qué atribuir. Aún no había contrastado los detalles del vestuario de Viorica, pero una parte de él mismo estaba seguro que correspondería al vestuario habitual de una campesina valaca de la baja Edad Media.

Cuando entró en su aula y se dirigió a su sitio, intercambió una mirada con su prima, quien le susurró lo que había pasado con Ariel, Eris y Mariah, haciéndole reír entre dientes. Por lo visto, ni uno ni la otra se habían dado cuenta que era mejor no meterse con los Williams o saldrían escaldados. De Ariel aún lo podía entender, porque no llevaba mucho tiempo en el pueblo, pero ¿Eris?

Eran tanta familia que no sabía cómo no era primo en algún grado de todas las personas de Penzance. Además, Rose y Mariah eran dos de las chicas más populares de la escuela. Así que Logan todavía no se explicaba por qué Eris seguía buscándole las cosquillas a sus primas.

No habían vuelto de su excursión a la playa, como pudo comprobar echando un vistazo por la ventana. Sabía perfectamente que se habían puesto allí porque se les vería desde cualquiera de las ventanas del aula y estaban haciéndose arrumacos y carantoñas a la vista de todos.

Escribió una breve nota y se la mandó a su prima en un avión de papel, haciendo que soltara una

de sus carcajadas profundas.

Llegó el profesor de literatura y pasó lista, sin que nadie diera la cara por ninguno de los ausentes. Ninguno tenía amigos en la clase y el profesor los veía claramente desde la ventana, así que, ¿para qué jugársela?

—Bueno, chicos. Hoy vamos a hablar del libro con el que acabaremos esta evaluación y del que me haréis el trabajo en Navidad.

Un coro de gemidos y lamentos se escuchó en la clase. Logan sonrió. Afortunadamente, le gustaba la literatura y no le costaba mucho hacer los trabajos, y los libros que solía elegir el profesor Martin eran amenos. En caso de que no lo fueran... siempre tendría a Rose.

—A ver, ¿quién puede decirme cuáles son los monstruos literarios más conocidos?

Todos empezaron a contestar al mismo tiempo mientras el corazón de Logan se aceleraba. Sabía que los trabajos de literatura del profesor Martin no solo exigían un análisis detallado del libro en sí mismo, sino de la cultura e historia del país en el que transcurría la historia, así como, si estaba basado en algún personaje o hecho histórico, todo lo relacionado con ello. Si resultaba ser Drácula, tendría la excusa perfecta para investigar acerca de Valaquia y saber más de lo que podría ser la vida de Viorica.

—Vampiros. —La voz de Rose se escuchó alta y clara por encima de los hombres lobo, Frankenstein y momias que decían sus compañeros.

—Muy bien, señorita Williams. ¿Y cuál es el vampiro más famoso de toda la historia de la literatura?

Rose sonrió como solo ella sabía hacerlo para los profesores.

—Bueno, literariamente hablando el vampiro más famoso es el Conde Drácula, de Bram Stoker, pero siempre tendremos también los libros basados en la condesa Bathory.

—A veces me olvido de lo brillante que es usted en todas las áreas, señorita Williams. —El profesor Martin movió la cabeza, sonriendo—. Pero en este caso nos referimos a *Drácula*, escrito, como bien ha dicho usted, por Abraham «Bram» Stoker.

Sacó de su cartera un ejemplar que cualquiera de los alumnos habría reconocido al instante. Todos, les gustara o no la literatura, encontraban ese tema muy interesante, e internamente, todos estaban agradecidos de que el profesor hubiera escogido ese libro para el trabajo.

Se pasaron el resto de la hora hablando sobre el libro, mientras el profesor pasaba diapositivas y exponía los principales puntos que tendrían que observar en el trabajo.

—Perdone profesor —Logan interrumpió a su profesor en el momento que mostraba una diapositiva de un dibujo a color que se había conservado de la época—, ¿esa gente que aparece en el dibujo, son de la época?

—Buena pregunta, señor Evans. —El profesor Martin estudió el dibujo—. Este dibujo está fechado alrededor de 1459, y representa un grupo de campesinos de una aldea cerca del castillo de [Târgoviște](#), en Valaquia.

Logan asintió, mientras notaba la garganta seca, porque había descubierto, entre el grupo de campesinos, a Viorica vestida exactamente igual que como la había visto en su sueño.

Cuando acabó la clase, se acercó a su profesor y le pidió amablemente indicaciones para conseguir una copia de esa diapositiva, pero su profesor le sorprendió dándole una copia a color que tenía.

Logan la estudió detenidamente. Sí, era ella. Sus trenzas rubias, sus ojos azules, su sonrisa

misteriosa... E iba vestida con la falda parda, el delantal rojo, la blusa blanca atada con cordones negros y el corpiño rojo a juego con el delantal.

¿A santo de qué estaba él soñando con una chica que no pertenecía ni a su época ni a su país? ¿Por qué el destino la había puesto en sus sueños?

Aún había una tercera pregunta que ni siquiera se atrevía a plantearse, pero que cada día se estaba haciendo más cierta. ¿Por qué se estaba enamorando de ella?

Capítulo 4

La tormenta se acercaba. El agua de la lluvia golpeaba su ventana, mientras el viento aullaba. Logan se levantó de la mesa, estirándose, mientras se acercaba a mirar el mar embravecido por la tormenta que se estaba formando.

Se quedó mirando las olas, coronadas de espuma blanca, que se batían furiosamente contra el acantilado donde se encontraba la casa de la hechicera. Desde que había comenzado a soñar con Vio, se descubría pensando cada vez más en la señorita Relish, porque intuía que ella sería alguien importante en su destino.

Movió la cabeza, sonriendo irónico. Si su padre supiera que creía en la magia, en los sueños y en el destino, pondría el grito en el cielo.

Recordó la conversación que había tenido con él cuando tenía apenas diez años.

—Hijo —su padre le había sentado en una de las incómodas sillas que tenía en su despacho, la que usaba para los niños díscolos que no hacían caso durante las clases dominicales, mientras él se apoyaba en el borde de su mesa—, la magia es algo malo. No se trata de que no exista, que sí que existe. Pero es algo creado por el demonio para confundir nuestras mentes puras. Nunca, jamás, te acerques a la magia, o perderás tu alma para siempre y arderás en el infierno.

Esa conversación había sido provocada por una frase inocente, acerca de la magia de los deseos y las estrellas fugaces. Aún sentía en sus ojos el escozor de las lágrimas que las palabras y el gesto duro de su padre habían provocado en él, incluso siete años después.

En su casa nunca se había hablado de la magia. Era una palabra prohibida. Incluso en su sermón, su padre se las arreglaba para hacer alusión al poder de corrupción de la magia. Había intentado convencer a la señorita Relish de que «expiara sus pecados como hechicera y buscara la redención del camino del Señor», como había dicho mil y una vez en la mesa en su casa. Pero ella siempre había sonreído misteriosamente, como si tuviera todos los secretos de la creación en su cabeza y le había dejado con la palabra en la boca.

Era conocido de sobra en el pueblo, que su padre no soportaba a Naunet Relish. Las habladoras decían que ella había rechazado muchas veces los avances románticos del joven Evans, antes de desaparecer durante un par de años. En ese *impasse* en el que ella no estaba en Penzance, él cortejó y se casó con la joven Gillian Williams. Pero cuando Naunet volvió, él fue de nuevo a verla, intentando que le diera una oportunidad, a pesar de estar recién casado. La joven Relish había hecho alusión a su reciente matrimonio, y a las leyes del señor acerca del adulterio y el divorcio, y toda la devoción que Henry sentía por ella se transformó en un odio profundo.

Logan sabía que la señorita Relish era un año menor que su madre. Gillian Evans sabía perfectamente que su marido no habría dudado en abandonarla si Naunet hubiera querido, por eso la temía y la despreciaba a partes iguales.

Abrió la ventana, dejando que el aire salado entrara en su habitación, y respiró profundamente, despejándose. Se asomó a la ventana, sonriendo como un loco mientras la lluvia le mojaba un poco. Sabía que a su madre le daría un ataque si viera lo que estaba haciendo, pero se encontraba en casa de la abuela Williams, con Iris.

En la playa, con su rubio cabello al viento, se encontraba ella. Levantó la cabeza con los ojos

cerrados dejando que la lluvia mojara su rostro, adornado con una feliz sonrisa.

—¡Naunet! —La voz de su padre sonó fuerte, clara...y con un punto de furia.

Logan metió la cabeza y cerró la ventana con rapidez, como si tuviera miedo de que su padre se enterara de que había estado mirando a la señorita Relish, a pesar de que debería mirar hacia arriba para hacerlo.

Observo cómo se acercaba a ella y la cogía de un brazo cuando intentó darse la vuelta para volver a su casa. Discutieron durante un momento, antes de que el hermoso rostro de la hechicera se transformara en un rostro bellamente furioso. Su padre dio media vuelta, dirigiéndose de nuevo hacia la casa, dando grandes zancadas, que demostraban la furia que le embargaba.

Sin embargo...

Sin embargo, aunque ella también estaba furiosa y se notaba por la tensión de su cuerpo, se tomó un minuto para alzar la vista, para conectar sus ojos aguamarina con los ojos verdes de Logan.

«Te estaré esperando, Logan Evans. Soy la única que puede ayudaros», la voz de ella sonó clara en su mente.

Se echó hacia atrás como si le hubieran dado un golpe físico, rompiendo el contacto visual. Cuando volvió a mirar, ella ya estaba de espaldas, regresando a su casa.

El sonido del portazo que hizo temblar la casa, le sacó de su estupor. Su padre había vuelto y estaba realmente furioso. Escuchó cómo subía la escalera y se apresuró a sentarse en su escritorio, dejando a un lado el trabajo de literatura y cogiendo el libro de matemáticas. Instintivamente sabía que *Drácula* no ayudaría a calmar a su padre, por más que fuera un trabajo del colegio.

Su padre entró en tromba y se dirigió a la ventana, clavando su vista en la figura de la mujer que se alejaba. Logan le miraba curioso, pero sin decir ni una sola palabra. Había algo que sabían en su casa: no había que molestar a su padre cuando estaba furioso, si no quería que su furia se dirigiera a él.

—¿Cuántas veces la has visto, Logan?

—¿Padre?

Henry se volvió hacia su hijo, con el rostro lívido.

—¿Cuántas veces has ido a ver a Naunet Relish a su casa?

—Yo no he ido a casa de la señorita Relish nunca, padre. —Logan le miraba realmente sorprendido y confuso.

—No me mientas. Eris Blackhurst me ha dicho que has ido a su casa.

Logan se quedó bloqueado durante un momento. ¿Eris? Una certeza se abrió paso en su mente. Eris sabía que su padre no soportaba a Naunet y si le había dicho que Logan había ido a su casa, solo podía ser una especie de venganza infantil porque no le hacía caso.

—Eris se equivoca, padre. Yo jamás he estado en casa de la señorita Relish.

Henry evaluó a su hijo con la mirada, como intentando leer su mente por si le mentía o no.

Logan le aguantó la mirada, sabiendo que si la retiraba, para su padre equivaldría a una confesión.

Finalmente, Henry asintió y se dirigió a la puerta.

—No quiero que te acerques a ella nunca. Es peligrosa —fue lo único que dijo antes de salir y cerrar la puerta con suavidad.

Logan supo que la tormenta, al menos en su casa, había pasado pero ahora era él quién estaba furioso con Eris, por la jugarreta que le había gastado. Si antes no apreciaba mucho a la muchacha,

ahora ese aprecio era cero. Incluso se había convertido en desprecio.

«No hay mayor desprecio que la indiferencia, Logan Evans», de nuevo, la voz de la hechicera se coló en su mente. Como si realmente estuviera allí y supiera absolutamente todo lo que pasaba por su mente.

Había algo en esa voz que le calmaba, una especie de ritmo antiguo en la forma de hablar, un tono que evocaba la sabiduría de la antigüedad y, al mismo tiempo, una musicalidad cristalina que llenaba de calor, como si le estuvieran abrazando.

Nunca había escuchado hablar a la señorita Relish, pero no le cupo ninguna duda de que esa era su voz y que sonaba exactamente de esa forma.

Se sentó de nuevo a la mesa, para terminar de hacer las tareas que tenía para el día siguiente, borrando de su mente todo lo relacionado con Eris, pero decidido firmemente a dejarle claro que ya sí que había perdido toda oportunidad con él. Incluso de ser amigos.

Drácula también quedó aparcado. Aunque sus ojos se desviaban bastante a menudo a cualquiera de los dos dibujos que tenía clavados en el corcho que tenía en la pared. Uno era el que él había hecho del rostro de Vio después de uno de los sueños que había tenido con ella; el otro era el dibujo que le había dado el profesor Martin, donde también aparecía ella.

Viorica se apretó la capa alrededor del cuerpo, mientras se apresuraba a ir al gallinero a por los huevos. Estaba acercándose el invierno con pasos agigantados y el frío se hacía notar ya. Una vez se encontró a resguardo, dejó caer los brazos y la capa se abrió. Se tocó con cuidado la mejilla, donde su padre la había golpeado justo antes de salir.

Esa mañana estaba saliendo todo mal. Ella y Doina se habían dormido, provocando la furia del padre, que ya estaba bastante irascible porque las continuas tormentas no lo dejaban salir al campo o al bosque, y lo mantenían encerrado en la casa, cosa que odiaba profundamente. Era un hombre que amaba la libertad que le daba el aire libre, por lo cual, llegando el invierno, se volvía más y más irascible, volcando su frustración en su familia.

Aunque desde que sus hijos se hicieron mayores, ya solo podía hacerlo con su mujer y sus hijas, porque sabía que si golpeaba a alguno de sus hijos, estos podrían devolverle el golpe.

Viorica se apresuró a recoger los huevos y volver, para no provocar aún más a su susceptible padre, aunque todo su ser gritaba interiormente por el trato que recibía. Su orgullo se revolvía ante la idea de entrar de nuevo en esa casa y saber que tendría que agachar la cabeza y acatar todas las órdenes que le dieran.

Desde que Viktor hablara con ella diciendo que le pediría a su padre su mano el día de Navidad, aceptaba cada vez menos las imposiciones familiares. Protestaba cada vez más por las más que evidentes diferencias que su padre hacía entre ellas y sus hermanos, y el resultado era que la golpeaban más.

Tanto su madre como Doina le decían que debía controlar su orgullo, su genio y su lengua; que no debía provocar a su padre. Incluso Marcel y Petre habían hablado con ella. Sobre todo Marcel estaba preocupado por su hermana, que sabía que si hubiera nacido en otra familia, más rica, con más posibilidades, Viorica podría haber florecido. Pero no era así. Su familia era la que era y su desmedido orgullo solo podía llevarla por el mal camino.

Cuando la joven entró por la puerta, vio cómo su hermana lloraba calladamente al lado del hogar y algo subió por su garganta, algo agrio que le impulsaba a tirarle todos los huevos a su padre a la cabeza. Pero la dulce mirada de su hermana la disuadió y con esfuerzo, se tragó las palabras que pugnaban por salir de sus labios y, agachando la cabeza, se dirigió hacia su hermana, afanándose las dos con el desayuno.

—¿Llueve? —la pregunta brusca y hecha con malos modos, le llegó desde la mesa.

—No, pero hace mucho viento —dijo con los dientes apretados. Se había planteado no responder, pero sabía que sería peor.

Su padre salió y oteó el horizonte, entrando de nuevo y sentándose a la mesa, donde comió con apetito el desayuno preparado por las mujeres. Marcel y Petre también se aplicaron a comer y las chicas veían cómo el desayuno desaparecía de la mesa, sin que ellas pudieran probar aún nada. Viorica se enervaba por momentos y más cuando vio que su padre, con una sonrisa cruel, cogía el último trozo de pan caliente para acabar los huevos.

La suave mano de su madre sobre su hombro la disuadió de lanzarse contra aquel hombre cruel, que adoraba y odiaba al mismo tiempo. En mañanas como aquella, le odiaba con toda su alma. Sin embargo, había días, había momentos, en que él se sentaba en una silla y le señalaba que se sentara a su lado. Viorica apoyaba la cabeza en las rodillas de su padre y él le contaba historias, historias bonitas mientras le acariciaba el cabello.

Cuando ella y Doina eran pequeñas, no era raro verlas a cada una sentada en una pierna de su padre, mientras él les hacía reír o las miraba correr por el prado frente a la casa, siempre con una sonrisa en los labios, orgulloso de sus pequeñas. Pero esos momentos se habían hecho cada vez más escasos con el tiempo. Ahora afloraba muchas más veces el hombre cruel que el bondadoso.

Sus hermanos las miraron afligidos, pidiéndoles perdón con los ojos porque ellas se hubieran quedado sin desayunar. Sin embargo, su padre se dirigió hacia la despensa y cogió un buen trozo de pan y un buen trozo de queso, los envolvió en un paño y lo echó en el hatillo en el que siempre llevaba el almuerzo cuando iba al campo.

—Voy al bosque, a ver si consigo cazar algo. —Miró a sus hijas irónicamente—. Aunque no sé para qué, si después lo estropeáis todo.

De nuevo, Viorica sintió cómo las palabras subían por su garganta, mientras su padre le miraba retándola a contestarle. Esta vez fue la mirada de Marcel lo que le impidió contestar. Bajó la mirada y escuchó la carcajada que soltó su padre ante su triunfo sobre su díscola hija y las lágrimas inundaron sus ojos.

Una vez que el padre se fue, ambos hermanos cogieron también algo de comida y anunciaron que se iban al pueblo y que intentarían traer algunas provisiones. Su madre asintió.

Cuando se quedaron las tres solas en la casa, suspiró y cerró la puerta. En ese momento, las tripas de Doina y las de Viorica, rugieron a la vez, provocando una sonrisa en las tres.

—Siempre a la par —dijo con suavidad la madre, pero sin rastro de reproche en la voz. Se dirigió hacia la parte de la despensa y, moviendo unos cacharros, sacó un paquete hecho con un paño. Lo abrió y apareció una hogaza de pan, así como algo de carne seca y queso.

—Madre —las dos hablaron de nuevo a la vez y abrieron mucho los ojos.

—Ay, hijas. Son muchos inviernos con vuestro padre. —Se dirigió al hogar y partió el pan, poniéndolo a calentar.

Las risas alegres llegaron de nuevo a la casita, mientras las tres comían el humilde desayuno,

pero que les sabía a gloria después de que pensaran que no tenían nada que llevarse a la boca.

Cuando terminaron, las dos hermanas fueron al río, a buscar agua. Ambas llevaban dos baldes, que después almacenarían en casa. Iban hablando alegremente, de todos los temas.

—¿Por qué padre nos odia? —preguntó de repente Viorica.

Doina frunció los labios y negó con la cabeza.

—Ay, Vio, no nos odia. Simplemente... —Se encogió de hombros como si no supiera expresar con palabras lo que sentía.

—Simplemente nos desprecia por ser mujeres —acabó la frase por ella, con voz dura.

—No es eso, Vio.

—Sí lo es. A Marcel y a Petre no les trata como a nosotras.

Doina sabía que su hermana tenía razón, así que no trató de rebatir ese argumento.

—Bueno, piensa que Viktor pronto pedirá tu mano y en primavera os casaréis. Tendrás tu propio hogar, Vio.

Viorica miró a su hermana y descubrió algo en sus ojos que no le gustaba.

—¿Doina? —Esperó que su hermana la mirara—. ¿Qué pasa?

—Nada. —La joven bajó la cabeza y negó—. No me pasa nada.

Viorica dejó los baldes en el suelo y se acercó a ella, forzándola a mirarla.

—Sé que te pasa algo.

—No quiero que te vayas, Vio. Sé que es lo mejor para ti, pero es que...

Las lágrimas empezaron a brotar de los dulces ojos de Doina y Viorica la abrazó, sintiendo que el miedo de su hermana a perderla era real y se iba a cumplir. Aunque siguieran siendo hermanas, ya no estarían juntas todo el día. Ya no cuchichearían sus secretos por la noche, ambas en la misma cama. Ni se buscarían en las noches frías del duro invierno para calentarse... A partir de la próxima primavera, Viorica compartiría el lecho con otra persona y Doina se quedaría sola en la cabaña familiar. Por segunda vez en su vida, ambas se separarían por causa de un matrimonio.

—Hasta que encuentres tu propio marido, Doina.

De mutuo acuerdo, ambas hermanas cambiaron de tema, pasando a los cotilleos sobre las chicas de la aldea, mientras alejaban los negros pensamientos de la separación después de unos pocos meses de reencuentro.

Ya por la tarde, mientras cosían junto a su madre, esperando que llegaran los hombres de la casa, Viorica no podía dejar de pensar en su futuro. No creía que fuera junto a Viktor, como todos en su casa parecían creer. Como ella quería creer. Sabía que estaba destinada a algo más, a algo más grande.

«Logan Evans».

Ese desconocido, ya no tan desconocido, era la clave de su futuro y su destino, y ella lo sabía.

De pronto, unos ojos aguamarina, en un rostro antiguo, rodeado por un halo de pelo rubio, apareció en su mente, a la vez que una voz musical que parecía abrazarla, susurraba unas palabras:

—Tu destino está lejano en el tiempo y en la tierra, Viorica Popescu. Pero sucederá antes de lo que crees.

Un estremecimiento la recorrió, sintiendo como esas palabras penetraban hasta lo más profundo de su corazón.

Capítulo 5

Logan golpeó la mesa a ambos lados de los brazos de Eris, con fuerza, sobresaltándola a ella y a algunas personas de alrededor. Logan nunca se enfadaba pero ahora se notaba que estaba furioso.

Eris le miró asustada. Sabía qué le pasaba pero no pensaba que se lo iba a tomar tan mal. De hecho, ahora que lo tenía enfrente, se planteaba si había sido buena idea o no. Definitivamente, no lo había sido. Pero tenía que apechugar con las consecuencias de sus acciones.

—¿Por qué hiciste eso? —Logan habló entre dientes, porque si intentaba hacerlo normal, le gritaría.

Todos empezaron a prestar atención de forma disimulada a la pelea que veía que se avecinaba. Rose miró de reojo desde su sitio, dispuesta a saltar si esa arpía le hacía algo a su primo.

Eris tragó saliva, totalmente consciente, al igual que Logan, de que, aunque aparentemente la gente iba a lo suyo, estaba más pendiente de ellos que de otra cosa.

—¿Hacer qué? —Puso cara inocente y le miró a los ojos un par de segundos.

—No te hagas la tonta, no te va nada. —Dio un golpe en la mesa, tan fuerte que no fue la única que brincó en el asiento—. Eris, ¿por qué intentas joderme la vida?

El brillo en los ojos de Eris la traicionó y Logan supo que había dado en el punto exacto.

—¿Que intento joderte la vida? ¿EN SERIO? —Eris se levantó furiosa—. No tienes ni idea, Logan.

—¿No? Pues ilumíname. —El tono de él era totalmente irónico.

Eris se quedó bloqueada. ¿Qué podía decirle? ¿Que estaba enamorada de él y que veía que lo perdía por alguien inexistente? ¿Que tenía miedo de que él buscara a la hechicera para realizar la búsqueda de un imposible y la perdiera de vista? Eso sería desnudar su alma delante de todo el mundo y no estaba dispuesta a eso. Quería a Logan, con locura. Quería estar con él por encima de todas las cosas, incluso no le importaba hacer un poco de daño para conseguir su objetivo, pero no iba a dar el poder a los demás expresando sus sentimientos y anhelos más profundos.

—Eso pensaba. —Logan se giró para dirigirse a la salida—. No te acerques a mí. Olvídame, Eris. Para ti no existo.

Salió de la clase entre el murmullo de la gente, con dos pares de ojos clavados en su espalda. Los ojos azules de Rose llenos de preocupación. Sabía que algo le pasaba a su primo, pero no sabía decir exactamente el qué. Tendría que hablar con Mariah y Victoria, para ver qué hacían. Las tres eran muy amigas de su primo y las tres estaban preocupadas por él.

Los ojos verdes de Eris estaban llenos de dolor y resentimiento. No sabía por qué Logan se comportaba así con ella, pero estaba segura que tenía que ver algo con la misteriosa chica del dibujo. Y nadie, jamás, la había tratado de forma tan desdeñosa como Logan. Se las iba a pagar. Iba a suplicar por ella y ella le iba a hacer pagar todas y cada una de las afrentas que le había hecho.

Logan bajó a la playa. Sabía, sin necesidad de haber intercambiado ni una palabra con ella, que Rose se inventaría una excusa para los profesores de por qué su primo no se encontraba en clase. Y, por mucho que alguien (Eris o Ariel) dijera que era mentira, sus compañeros apoyarían a su prima y no habría ningún tipo de problema.

Eso sí, se aseguró de sentarse en una zona alejada de las ventanas, donde nadie pudiera verle.

Era un día de mucho viento, así que buscó amparo en unas rocas. Hacía frío, pero el lugar donde se había resguardado estaba bien posicionado así que, al menos, la sensación térmica por el

viento no era mayor.

Mirar el mar siempre le relajaba. El vaivén de las olas, junto a su sonido, le hacía pensar mejor. Cerró los ojos, mientras disfrutaba de la sensación de paz y tranquilidad que le daba la playa vacía. El olor a salitre penetró en su nariz, haciéndole sonreír.

Recordó el sueño donde por fin había hablado con Viorica. Se oía el mar de fondo y se notaba su olor en el ambiente. Cuando ella preguntó, a pesar de que podía referirse a muchas cosas, supo que preguntaba por el mar y sintió algo de pena por ella, por no conocerlo.

«Yo la traeré aquí, le enseñaré la playa y el océano, y se enamorará igual de la misma forma en que lo hice yo».

Abrió los ojos ante ese pensamiento. Se mordió el labio y movió la cabeza, pensando que estaba totalmente loco, por pensar en el futuro con una chica irreal.

—Ella existe. —Se sobresaltó ante la voz que sonó delante de él.

Naunet Relish se encontraba enfrente de él, con una expresión soñadora en su bello rostro.

—El mar te tranquiliza, ¿verdad? —Sus ojos aguamarina eran cálidos y poseían una chispa de diversión cuando se sentó a su lado—. A mí también. Es algo sin lo que no podríamos vivir, nunca.

—¿Podríamos? —Ante todo lo que le había dicho ella, que parecía que conocía su mente y sus sentimientos mejor que él, Logan solo se sorprendió de ese verbo que incluía un nosotros.

—Sí, Logan Evans. —Se volvió a mirarle y Logan comprobó asombrado como su rostro parecía encerrar en él miles de años de antigüedad—. El mar está metido en nosotros mismos. Cierra los ojos y deja la mente en blanco. —Logan hizo lo que le decía, como hipnotizado—. Eso que sientes en tu interior es el ciclo marítimo. El vaivén de las olas. Tu cuerpo se acompasa al océano, adopta su ritmo y con eso consigues calmarte—. Logan abrió los ojos y se encontró los aguamarina de ella clavados en su rostro, sonriendo—. El ciclo marítimo es tan antiguo como el terrestre y antes sabíamos usarlo. Ahora hemos perdido ese conocimiento, por eso hay mucha gente estresada.

Logan supo que tenía razón. La gente estaba perdiendo el pulso a los ritmos primitivos, acelerando todo.

—¿Es magia? —la pregunta le salió sin pensar, provocando una musical carcajada.

Se quedaron mirando durante unos momentos, antes de que ella asintiera.

—Estás preparado, Logan Evans.

—¿Preparado? —Logan estaba muy extrañado. La verdad es que toda la conversación era muy extraña, aunque para ellos dos tuviera sentido.

—Preparado para tu destino. Pero aún no hemos de hablar de ello. Aún no es el tiempo de tu destino.

—¿Viorica tiene que ver en mi destino?

Ella se levantó grácilmente, con una sonrisa.

—Ella es tu destino.

—¿Y cuándo...?

Naunet se inclinó, poniendo un dedo sobre sus labios.

—Cuando sea el momento lo sabrás. Y vendrás a verme.

Logan asintió, sabiendo que aunque ahora no entendía nada, pronto estaría claro todo.

Se quedó el resto de la mañana en la playa, dejando que el mar le calmara. Pensando en todo lo que había hablado con la hechicera. Algo le decía que sería difícil, que habría problemas y no serían solo por parte de sus padres.

También sabía que una vez que estuviera con Viorica, perdería a su familia. No sabía con exactitud de qué forma o cómo pasaría, pero sabía que sucedería.

Oyó la campana que anunciaba el fin de las clases y se levantó. Se encontró con Rose en la puerta, que le dio sus libros y fueron andando juntos. Ese día estarían en casa de la abuela, hasta la noche.

—Logan... —Rose se mordisqueó el labio. Era algo que todos hacían cuando estaban nerviosos.

—No, Rose. Aún no.

Entre los dos no hacía falta palabras. Tenían una relación muy especial que no las hacía necesarias.

Rose asintió.

—Pero sabes que Mariah y Tory querrán saber también.

El suspiro de su primo fue audible.

—Lo sé. Cuando esté preparado.

Sin más palabras, entraron en la casa familiar.

Era día de mercado.

Doina y Viorica se encontraban curioseando con su madre por los puestos. Estaban mirando sobre todo las telas de invierno. Todos necesitaban capas nuevas e incluso su padre necesitaba un par nuevo de pantalones.

Los ojos de Viorica se iban detrás de una tela morada preciosa. Pero era demasiado cara, así que ni se atrevía a decir nada. Su madre la conocía demasiado bien, pero era imposible. Escuchó el suspiro de su madre, sabiendo en qué pensaba. No llegaba para toda la tela, así que las capas de Doina y la de ella serían un poco más cortas y su madre se quedaría sin capa nueva.

—No es justo, madre —el susurro de la chica fue escuchado por su madre, pero no hizo ningún gesto.

Cuando se alejaron un poco del puesto, su madre se paró y le quitó un mechón de pelo que se le había escapado de las trenzas.

—La vida no es justa, Viorica. Ojalá hubiera podido comprarte esa tela que te gustaba para tu capa, cariño. Trabajas duro y lo mereces. Pero sabes que siempre seremos las mujeres las que tendremos que ceder.

Viorica fue a decir algo, pero finalmente cerró la boca. Sabía que su madre acababa de decirle una verdad absoluta y no había nada que pudiera cambiar eso.

—Pero usted necesita también una capa nueva, madre —fue Doina la que habló, cosa que sorprendió a ambas.

—No importa, hijas. Puedo hacerme una nueva con las tres nuestras viejas.

Ambas hicieron gesto de protestar, pero se callaron cuando sus hermanos se acercaron a ellas.

—¿Habéis escuchado algo en los puestos del mercado?

Marcel les pasó un trozo de dulce a cada una mientras Petre les hacía esa pregunta.

—¿Algo? ¿Algo sobre qué?—Doina partió un poco de su dulce para dárselo a su hermano, mientras Viorica hacía lo mismo, al tiempo que su madre sonreía.

—No sé, algo. Es que hay mucha expectación en la aldea, pero nadie nos ha sabido decir por qué.

De repente, vieron como unos hombres a caballo se acercaban, cruzando al paso por el centro de la aldea. En primer lugar, iba un hombre de cabello negro, bigote y ojos negros que miraba todo con atención. Iba vestido con ropas lujosas y los demás le mostraban respeto.

Todos a la vez supieron que estaban ante el voivoda de Valaquia, su soberano, Vlad Tepes. Viorica tardó un segundo de más en bajar la mirada. Un segundo en el que sus ojos se cruzaron con los crueles ojos de él.

Rápidamente, inclinó la cabeza, como habían hecho los demás, y demostró una sumisión que estaba lejos de sentir.

El voivoda redujo aún más el paso de su montura al pasar por donde estaban ellos, hasta casi detener el caballo. Miró a uno de sus hombres mientras le hacía un gesto con la mano hacia donde estaban las tres mujeres. Este asintió y bajó del caballo, mientras el resto de la comitiva aceleraba y se perdía en el horizonte.

Se dirigió hacia los hermanos Popescu. Ambos se pusieron delante de las mujeres de la familia mientras el padre se acercaba con rapidez.

—Petre, lleva a tu madre y a tus hermanas a casa. —Ante el asentimiento del hombre del voivoda, Petre se apresuró a cumplir las órdenes.

Los tres se fueron con premura al hogar y en cuanto llegaron, las tres mujeres comenzaron a afanarse con las tareas, haciendo la cena, colocando las compras y demás, mientras Petre se asomaba a la puerta cada cinco minutos.

Cada una de ellas tenía un peso distinto en el corazón.

Doina pensaba que no le importaría trabajar en el castillo del voivoda. Sabía que no era el tipo de mujer que atraía a los hombres, así que su futuro en la aldea estaba bastante oscuro, por más que, si su hermana se casaba con Viktor Ionescu, ella subiera unos peldaños. Lo que más le asustaba era alejarse de su familia.

Viorica, por su parte, solo podía pensar en ese momento que sus ojos se habían cruzado con los crueles del soberano de Valaquia. Y, en su interior, supo que era ella la elegida. Ella la que tendría que partir al castillo y enfrentarse a un destino que le haría desear la muerte.

De todos era sabida la crueldad del soberano. Hacía dos años que había doblegado el orgullo de los boyardos, obligándolos a construir su castillo, después de haber matado a muchos de ellos. Había muchísimas historias acerca de él, de las orgías de sangre y muerte de su castillo. De sus ansias de hincar de rodillas a las personas más orgullosas.

Por su parte, la madre de ambas temía por sus hijas. Por las dos. Por Doina porque sabía cómo pensaba y por Viorica porque sabía que la podía perder el orgullo. Y no estaba segura de que ninguna de las dos saliera indemne si el voivoda las reclamaba.

Su marido llegó, acompañado de Marcel, pero no dijo ni una palabra de qué le había dicho el hombre del soberano.

Marcel les comentó que el caballero se había llevado a su padre a un lado y habían hablado en susurros, por lo tanto, él no les podía decir nada nuevo.

Mientras, el cabeza de familia estudiaba con disimulo a sus hijas. Se sentía profundamente alterado por la petición del voivoda. Aunque no lo demostrara, amaba a sus hijas tanto como a sus hijos y sabía que la enviaba a una muerte segura. Pero no podía negarse, porque si lo hacía, todos

morrían.

Sabía que tendría que decirle a su esposa lo que había pasado, cuál era la elección del soberano y le pediría que no dijera absolutamente nada. Se lo ordenaría más bien, porque si no, su preocupación de madre podría hacer que no obedeciera.

Observó que sus dos hijas parecían perdidas en sus pensamientos. De las dos, prefería a Viorica por encima de Doina, aunque jamás lo confesaría. Su espíritu salvaje y su naturaleza impulsiva, tan parecida a la suya propia, le hacía apreciarla más que a la dulce Doina, tan predispuesta a la sumisión.

A pesar de eso, sabía perfectamente que su hija menor saldría mejor parada en la vida que Viorica. Porque las cualidades que él apreciaba, la tenacidad y el orgullo de su hija mayor no serían valorados por la mayoría de los hombres. No de los hombres que él conocía, que preferían una esposa sumisa a una esposa orgullosa.

Esa noche todos tardaron mucho en dormirse.

Viorica se encontraba acostada al lado de su hermana, mirando al techo.

—¿A quién crees que ha elegido, Vio? —La voz de Doina le llegó en un suave susurro.

—No lo sé. —Pero interiormente sabía que era ella la elegida. Lo había leído en los crueles ojos del voivoda cuando habían cruzado miradas.

—¿Qué harás si eres tú, Vio? —Doina miraba hacia la pared, vuelta de espaldas a su hermana, porque ella también sabía que no era la elegida en el fondo de su alma. Y sentía celos de su hermana, celos de que siempre destacara ella. Y, por eso, un reguero de lágrimas humedecía sus mejillas y, por esas lágrimas, le daba la espalda a su hermana, para que no la viera llorar.

—Ir, porque no hacerlo significaría la muerte de nuestra familia. —Ambas volvieron a quedar en silencio—. Doina... no creas que es una bendición. Yo solo quiero ser feliz. —Viorica se volvió hacia su hermana, porque sabía, aunque no la viera, como se sentía. La abrazó como la había abrazado mil veces, consolándola por algo que ninguna de las dos podía evitar.

Viorica no podía evitar ser rubia, alta, con curvas y ojos azules, al igual que Doina no podía evitar ser bajita, rechoncha, castaña y con los ojos castaños.

—Lo sé. —Por eso Doina aceptaba el abrazo y el consuelo de Viorica. Porque no podían evitar ser como eran, ni hacer lo que hacían.

Doina sabía que Viorica envidiaba su naturaleza dulce y maleable, su predisposición a aceptar todo lo que le deparaba la vida, porque era como los hombres querían finalmente que fueran sus mujeres.

Viorica sabía que Doina envidiaba su natural gracia, su encanto natural y su sentido de la justicia que le hacía saltar cuando consideraba que algo no estaba bien, aunque eso significara ganarse una riña o un golpe.

Doina se dio la vuelta, abrazando a su hermana y ambas se durmieron así, una en brazos de la otra, buscando un consuelo que no encontraban. Como hacía mucho que no dormían.

Capítulo 6

Había nevado. Era raro que nevara en Penzance, siempre hacía mucho frío, pero nevar nunca. Por eso, era todo un espectáculo ver la playa nevada, la casa del acantilado coronada de blanco y los niños jugando en los parques con las bolas de nieve. Era un sábado muy divertido para todos.

En la casa de los abuelos Williams, el ambiente también era divertido.

La abuela cocinaba para todos, como tanto le gustaba hacer, y estaba como una gallina con sus polluelos porque toda su familia estaba allí con ella. Se habían reunido para celebrar el cumpleaños del abuelo Williams.

Gillian solía ir a casa de sus padres con bastante frecuencia, al igual que sus hijos.

Logan estaba en la buhardilla, un poco por evadirse de todo el barullo que había abajo, otro poco por pensar a solas y, más principalmente, por todos los libros que su abuelo guardaba en la buhardilla.

En una de sus visitas a casa de sus abuelos, jugando al escondite, había ido a parar al santuario de libros de su abuelo. Allí, el abuelo Williams tenía libros de todas clases, aunque los clásicos que toda biblioteca debía de tener estaban en la sala de abajo. Pero incluso allí arriba, se notaba el amor que profesaba su abuelo a los libros.

Estaban todos muy bien cuidados y puestos en sus estanterías, limpios de polvo y cualquier rastro de humedad o moho. Había un cómodo sillón al lado del tragaluz, con una pequeña estufa cerca, lo que indicaba que Albert Williams subía a menudo a leer alguna de sus rarezas.

Logan estudió los libros que tenía su abuelo allí, sabiendo que se encontraban fuera de la vista por una simple razón. La mayoría eran tratados sobre magia, mitología y esos temas sobre los que su padre, su abuela Mary y la familia en general no querían saber. Unos temas que a Albert le apasionaban y que a Logan le atraían.

Ese día buscaba algo sobre magia, algo que le aclarara un poco todo lo que estaba sucediendo en su vida.

Eligió uno de los tratados sobre magia y lo hojeó. Encontró una referencia a la magia del destino y se dirigió con él hacia el sillón.

Leía absorto el libro, sin darse cuenta de que tres chicas estaban allí y le miraban desde hacía un buen rato.

—Os lo dije, cuando se enfrasca en algo es peor que yo. —Rose puso los ojos en blanco, mientras Mariah se ponía en jarras y Victoria las miraba a ambas con una sonrisa.

—Bueno, habrá que sacarle de dónde está. —Con firmeza se dirigió al sillón y, sin previo aviso, cerró el voluminoso libro en las narices de su primo, haciendo que brincara en el asiento sobresaltado.

—¡¡Victoria!!

Rose y Mariah se partían de risa, apoyadas una en la otra, con las lágrimas corriéndoles por las mejillas, mientras Logan las miraba anonadado. A las tres, porque Victoria se dirigió dónde estaban sus dos primas, riéndose también, pero menos escandalosamente.

Movió la cabeza, sabiendo que si las tres estaban allí, no podría escapar del interrogatorio sin revelar su secreto, así que las miró, intentando intimidarlas, pero sabiendo desde un principio que era un intento inútil.

Mariah abrió unas tumbonas de playa que estaban por allí y las tres primas se sentaron

rodeándole.

Suspirando, se acomodó en el sillón, con los ojos cerrados, mentalizándose para el tercer grado que se le venía encima.

—¿Y bien? —Mariah era la más impaciente.

Logan observó a las tres. Y tres pares de ojos azules le observaron a él. Victoria, su prima mayor, combinaba esos profundos ojos azules, con un pelo rubio con reflejos rojizos. Era su tono natural, aunque la gente no lo creyera. Rose, su hermana elegida, tenía el pelo de un rojo encendido, que en verano parecía casi naranja. Y Mariah, tenía una melena larguísima de un castaño rojizo que parecía los rescoldos de un buen fuego.

Las miró una por una, durante un largo minuto y empezó a contarles todo, lo de sus sueños, lo del dibujo... Todo. Sin dejarse nada atrás, porque si de algo estaba seguro era de que sus primas harían todo lo posible, y también lo imposible, por ayudarle. Y que jamás le delatarían.

Cuando acabó de hablar, ellas estaban mudas de asombro.

Victoria movía la cabeza. Siempre había sido la más escéptica de todos y la historia de su primo le parecía bastante increíble.

—¿No me creéis? —La voz de Logan sonaba un poco suplicante. Necesitaba que sus primas le creyeran, porque ellas eran las que lo sostenían cuando lo necesitaba, igual que él las sostenía a ellas cuando era necesario.

Las tres primas Williams intercambiaron una mirada, comunicándose entre ellas de la forma especial que solían hacerlo.

Logan las miró, sin saber interpretar exactamente sus miradas.

—Yo prefiero a esa chica antes que la arpía de Eris, qué queréis que os diga. —Rose cruzó sus largas piernas de potrillo y se echó un poco hacia atrás—. ¿Libros de magia? —Señaló con la barbilla el volumen que tenía su primo en el regazo, el mismo que Victoria había cerrado de golpe.

—Sí... y no. —Se mordió el labio, sabiendo que lo más seguro era que a sus primas no les hiciera gracia su idea—. La persona que más sabe de magia del pueblo es la señorita Relish.

—¿La hechicera?! —Las tres primas exclamaron a la vez, con los ojos abiertos como platos.

Logan asintió, aun mordiéndose el labio. Estaba decidido a hablar con ella contra viento y marea, pero sería mucho más fácil si sus primas estaban de su parte porque si ellas pensaban que no era acertado, harían todo lo que estuviera en su mano para que no lo hiciera.

De nuevo, hubo un intercambio breve de miradas entre ellas, una corriente de entendimiento mutuo entre las tres.

—Siempre tuve curiosidad por ver esa casa por dentro. —Victoria se encogió de hombros—. Tiene pinta de ser muy grande.

Mariah sonrió pícaramente y Rose fijó sus ojos en él.

—Vamos, primo, ninguna queremos que Eris te eche la zarpa encima.

Los cuatro se echaron a reír, antes de que Rose cogiera el grueso volumen para llevarlo a su sitio.

—Creo que deberíamos organizarnos, Logan. —La cuadriculada mente de la pelirroja trabajaba a toda máquina—. ¿Por qué no investigamos un poco antes de ir a ver a la hechicera?

Logan se rascó la nuca pensando. Le había dicho que él sabría cuando tendría que acudir a ella pero, aunque sentía que el momento se acercaba, no estaba seguro de cuándo sería.

—No sé, Rosie. —Usó el diminutivo con el que ellos llamaban a Rose—. La señorita Relish

me dijo que sabría cuándo tenía que acudir a ella.

—¿Y aún no crees que sea el momento? —Mariah se estiró como un gato.

—No, creo que está cerca, pero...

—No estás seguro —Victoria terminó la frase por él.

—Bueno, eso nos da más tiempo para investigar. —Rose se puso en pie para examinar las estanterías, cuando la voz de su abuela se escuchó llamando a todos a comer—. Queda aplazado, o nos dejarán sin patatas.

Los cuatro bajaron a toda prisa, mezclándose con los demás. Nadie se dio cuenta de que el abuelo Albert los miraba especulativo. Había adivinado que estaban en la buhardilla y se preguntaba el por qué. Pero no dijo nada. Ninguno de sus hijos sabía que los libros, esos que tan poco les gustaba a la familia, estaban allí arriba y no iba a ser él quien se delatara a sí mismo.

La nieve ya tenía un palmo enfrente de su casa, lo que muchas veces imposibilitaba que pudieran salir. Iban las dos hermanas a coger agua del arroyo, pero los días de mucho frío o viento, entraban cubos de nieve que derretían junto al fuego.

Su padre y sus hermanos parecían animales salvajes enjaulados, dando vueltas por la casa. La nieve les limitaba mucho, a pesar de que todos los días que podían iban al bosque o a la aldea, para escapar del opresivo ambiente de la casita.

Un día, Viorica vio una figura bien abrigada que se acercaba a su casa. El corazón le dio un vuelco cuando reconoció a Viktor. La única razón por la que Viktor se acercaría a su casa sería para pedir su mano.

Se sintió aliviada. Si Viktor iba a pedir su mano, significaba que no era ella la elegida por el voivoda para ir al castillo. De golpe, se le olvidaron todas las preocupaciones a pesar del presentimiento que se había apoderado de ella y que no le abandonaba.

A Doina le extrañó que su hermana se quedara al lado de la ventana tanto tiempo y temía que su padre se enfadara con ella. Así que, rápidamente, se acercó ella también a echar un vistazo y averiguar qué era lo que tenía tan absorta a Viorica. Cuando vio al joven Ionescu acercarse, ella también sonrió, pero más tristemente.

Definitivamente, podría ser ella la que escapara de un destino que no quería. Porque lo que jamás le había dicho a nadie, ni quería que nadie supiera, era que ella no podría ser feliz en la aldea con ningún chico de allí. Amaba a Viktor Ionescu desde que tenía uso de razón y, por mucho que adorara a Viorica, no podría vivir en la misma aldea que ella, viéndola feliz con Viktor, como tenían hijos juntos... Teniendo todas esas cosas que ella solo podría anhelar y nunca obtener.

Viktor llegó a la casa y llamó a la puerta. Fue Viorica la primera en llegar a la puerta, porque Doina ni siquiera se movió. Su padre las miró evaluadoramente, viendo cómo la actitud de ambas era radicalmente distinta a la que normalmente tenían. Creía imaginar qué pasaba por la cabeza de cada una, aunque no podrían estar más equivocadas. Solo él sabía que era Viorica la que había sido reclamada por el cruel soberano valaco, haciendo que su corazón se encogiera de miedo. Sabía que Vlad se dedicaría a ensañarse con su hija, hasta que lograra doblegar su indomable orgullo, hasta que lograra quebrar su espíritu combativo y cuando ya la hubiera humillado de todas las formas posibles, convirtiéndola en una muñeca sometida a sus caprichos, la cedería a sus hombres para que

disfrutaran de ella todos. Después, cuando Viorica solo fuera una sombra de la mujer que había sido, solo entonces, podría llegarle la muerte, pero no una muerte dulce y piadosa, no. Teniendo en cuenta el carácter del soberano, sería una muerte lenta, agónica y cruel.

Todo por un solo segundo en el que sus miradas se habían cruzado.

Ante tan negro futuro para una de sus hijas, Ion Popescu se había asegurado del futuro de su otra hija. Al menos, que su esposa tuviera el consuelo de ver a Doina bien casada y posicionada en la aldea, cuidando de su propia familia. Incluso era posible que él pudiera ver crecer a alguno de sus nietos.

Así que se acercó a hablar con Stefan Ionescu y su hijo, y les expuso la situación. Viktor, al principio, se rebeló ante lo que ninguno de ellos tenía poder de rebelarse. El destino. Estaba enamorado de Viorica, afirmaba, y nadie, ni siquiera el voivoda, podría impedir que la joven fuera su esposa.

Finalmente, entre ambos hombres, lograron que entrara en razón e Ion consiguió su objetivo, asegurar el futuro de su hija, al lado del único hijo de la familia más pudiente de la aldea.

Así que Viktor no se dirigía a pedir la mano de Viorica esa tarde, como ambas hermanas se esperaban, iba a pedir la mano de Doina, que ya le había sido concedida, pero tenía que cumplir todos los rituales.

Sabía que Viorica no lo entendería, por lo que ni siquiera trataría de explicárselo. Sabía que se enfadaría con todos, con el mundo y consigo misma. Pero había fuerzas contra las que ellos, incluso enamorados, no podían luchar.

Cuando Viktor entró en la casa, los padres enviaron a las dos hijas al arroyo. Ambas refunfuñaron y se quejaron, hacía demasiado frío como para irse. Pero, finalmente, ante una mirada de su padre, obedecieron.

Se dieron prisa, a pesar de creer que sabían lo que estaban hablando, tenían curiosidad y querían que sus sospechas fueran confirmadas finalmente. Además, se había levantado algo de viento, que se colaba entre los resquicios de sus capas, helándoles hasta los huesos.

Cuando volvieron y dejaron los baldes cerca de la chimenea, ambas chicas tenían las manos enrojecidas por el frío. Las extendieron con rapidez hacia el fuego, mientras miraban de reojo a su padre, que en breve les daría una orden para que dejaran de calentarse. Pero su padre no dijo nada, se limitó a mirarlas con una sonrisa indulgente, mientras su madre parecía dividía entre un sinfín de emociones.

Cuando ambas se encontraban razonablemente cómodas, se giraron.

—Doina, Viktor ha venido a pedir tu mano. He aceptado en tu nombre y hemos fijado la boda para el primer domingo de abril.

La voz del hombre, anunciando el hecho que ambas hermanas esperaban, les produjo confusión.

—Padre... —Doina se adelantó con timidez—, creo que se ha equivocado y ha dicho mi nombre.

—No, hija mía. —Su padre negó suavemente con la cabeza—. Ha sido tu mano y no la de tu hermana.

Viorica se quedó extremadamente pálida y sin palabras.

Doina se quedó un momento sin saber qué hacer, hasta que las miradas de sus padres y su prometido, le animaron a intentar consolar a su hermana. Incluso Marcel y Petre se habían quedado a un lado, sabiendo que Viorica ahora era muy inestable y solo Doina podría intentar calmarla. Pero

ella se sacudió la mano de su hermana del hombro y salió corriendo de la casa, llevando la capa porque aún no se la había quitado de cuando volvió con el agua.

Corrió con los ojos arrasados en lágrimas, sin ver con exactitud por dónde iba, pero parecía que sus pies sabían dónde llevarla y acabó llegando a su claro especial. Era donde siempre iba cuando quería ir a pensar o llorar a solas. Nunca le había gustado que nadie la viera llorar.

Se derrumbó debajo de un enorme pino, cuya base estaba libre de nieve.

Su padre sabía perfectamente dónde había ido. Ambos habían descubierto el claro cuando Viorica tenía solo cuatro años y sabía que era el sitio especial de su hija. Por eso, y conociendo como conocía a su hija, no dejó que nadie saliera detrás de ella. Conminó a Doina para que hablara con su prometido y empezaran a planificar la boda con la ayuda de su madre, y Marcel y Petre se fueron al pueblo.

En ese momento fue cuando se dirigió hacia el claro de Viorica. Sabía que se encontraría a su hija deshecha, pero no porque realmente amara a Viktor, porque él había visto sus ojos y sabía que no estaba enamorada de él. A Viorica le dolía su orgullo, el haber sido rechazada, aunque no sabía la verdad.

Claro que si se hubiera casado con Viktor lo hubiera respetado. Pero su hija no conocía el amor y simplemente era que, siendo como era la muchacha más bella del pueblo, y eso era un hecho constatado, no entendería por qué alguien preferiría a Doina antes que a ella.

Le tocaba a él, a su padre, explicarle que el destino había sido cruel con ella.

La encontró en el suelo, llorando furiosamente. Se sentó a su lado y empezó a acariciarle el cabello, como cuando era niña. Poco a poco, los sollozos se convirtieron en hipidos y estos se fueron espaciando, hasta que ella levantó el rostro, surcado por lágrimas.

—El voivoda te reclamó.

Viorica asintió, sabiendo que su mal presentimiento había sido cierto desde un primer momento.

—¿Por qué Doina?

—¿Hubieras preferido que fuera Simona u otra? —el padre le cuestionó, mirándole a los ojos. Ambos tenían exactamente los mismos ojos y lo que Viorica vio en ellos fue la confirmación de que su destino estaba lejos de su familia, pero no de la manera que su padre creía—. Eso creía. —Su padre había leído la aceptación en los ojos de su hija y asintió—. El joven Ionescu no quería hacerlo, está enamorado de ti. —Eso arrancó una triste sonrisa a la chica, que se tumbó en el suelo, a pesar del frío, apoyando la cabeza en el regazo de su padre, como cuando era niña. El hombre siguió acariciándole, enredando los dedos en el suave cabello, masajeándole mientras la tranquilizaba—. Viorica, no sé a qué destino te enfrentarás. Solo hubiera deseado que no fuera así. Y, a pesar de que pensé en negarme, tengo que pensar en tus hermanos y tu madre.

—Lo sé. Pero sabes que moriré.

La sencilla y brutal afirmación de su hija, le cogió totalmente por sorpresa. Por un momento, pensó en mentirle, en decirle que eso no sería así, pero no podía engañarla.

—Es lo más posible, *printesa mic mea*^[2], pero sé que eres muy inteligente, Viorica, y sabrás evitarlo.

Ella le miró, confundida al principio, pero, al tiempo que veía lo que su padre quería decirle en sus ojos, el miedo se fue apoderando de ella.

—No soportarás las humillaciones. —Los dedos empezaron de nuevo a jugar con el pelo rubio—. Al igual que no lo haría yo. Viorica, tu mano no puede dudar.

Ella asintió, sabiendo que lo que le pedía su padre era un pecado, y que su alma inmortal quedaría en peligro si lo hacía, pero también sabía que tarde o temprano, su propia forma de ser no le dejaría otra opción.

Eso era lo que tan claramente había distinguido el voivoda en sus ojos durante ese segundo. Que Viorica preferiría la muerte, incluso por su propia mano, antes que dejar que nadie la humillase y ese era el reto que se había impuesto el soberano.

Suicidio, era lo que su padre le proponía, pero su mente la catalogó como la última opción de todas. Lo único que cabría hacer cuando no tuviera más esperanza.

Primero tendría que jugar la opción que ella consideraba más viable: Logan Evans.

De nuevo, estaba en el claro. Y, a pesar de que estaba totalmente cubierto por la nieve, no tenía nada de frío.

Miró a su alrededor y vio un hueco debajo de un pino que no tenía nieve. Se dirigió hacia allí y se sentó en el suelo.

Viorica llegó corriendo, asustada. Lo notaba simplemente por la tensión que transmitía su cuerpo. Se dejó caer a su lado, mirándole con los ojos azules abiertos como platos, con pánico en ellos.

—*învă ț a*^[3].

Capítulo 7

Rose se sacudió los pies en el umbral de la casa de sus tíos, antes de entrar. Hacía un frío horrible y se había levantado viento. El sms de su primo le había preocupado un poco y se apresuró a ir a verlo.

—¡¡Rose!! —Su tía se sorprendió al verla—. ¿Qué tal todo, preciosa?

—Bien, tía Gillian. —Rose besó la mejilla de su tía—. Logan me ha pedido que venga.

—¿Para hacer algún trabajo?

—Sí. —Subió antes de que su tía pudiera hacerle más preguntas y se encontró a su primo en la habitación, mirando por la ventana.

—Está en peligro.

No se giró, sabiendo que era su prima la que había entrado en la habitación y no su madre. Su prima le abrazó por la cintura, apoyando la mejilla en su espalda y sin preguntar nada. Sabía que si Logan lo aseguraba, era cierto. Él acarició las manos de su prima y se tranquilizó un poco.

—¿Hoy? —La voz de Rose sonaba ahogada porque mantenía la cara contra la espalda de su primo.

—Ahora.

Cogió el abrigo, el gorro y los guantes, mirando alrededor por si olvidaba algo.

Rose tomó un cuaderno y algunos bolígrafos, decidida a seguir con la farsa del trabajo escolar, y Logan la miró confundido, sin saber para qué cogía esas cosas.

—Le dije a tu madre que me habías llamado para hacer un trabajo escolar. —La joven cogió el libro de *Drácula* y el de Historia—. Además, puede ser que necesitemos tomar notas en casa de la hechi... señorita Relish.

Logan la miró y le revolvió el pelo.

—Piensas en todo, pecosa. —Rose odiaba las pecas de su cara, pero solo Logan podía llamarla pecosa sin que se molestara—. No sé qué haría sin ti.

—Meter la pata o acabar con la arpía de Eris, seguro. —Rose resopló antes de encasquetarse el gorro.

Bajaron con cuidado y salieron de la casa sin ser vistos por la señora Evans, evitando así que les preguntara. A pesar de ello, la madre de Logan les vio pasar por la ventana, tomando el camino que iba hacia la biblioteca. Cuando ya no se les veía desde la casa, se dirigieron hacia su destino: la casa del acantilado.

La casa era imponente una vez que te encontrabas frente a ella. La puerta, de madera labrada, se veía tremendamente pesada. No tenía timbre, sino una campanilla antigua, de la que Rose tiró con fuerza. Después de lo que pareció un tiempo tremendamente largo y, cuando Rose se disponía a llamar de nuevo, se abrió la enorme puerta.

—No es necesario que vuelva a llamar, señorita Williams. —Naunet abrió lo suficiente como para que ambos entraran.

—¿Cómo sabía que fui yo la que llamé? —Rose estaba realmente asombrada. Su analítica mente no le permitía tener un misterio sin resolver.

—Podría decirle que fue magia, señorita Williams. —La sonrisa que se veía en su rostro era cálida y pícaro—. Pero es algo más moderno.

Entraron a una sala donde ardía un buen fuego, que mantenía una temperatura muy agradable en la sala. En una de las paredes se veía un monitor que apuntaba a la puerta, que explicaba por qué

sabía Naunet que había sido Rose la que había llamado.

La sala tenía dos estanterías llenas de libros, la mayoría novelas. Rose, lectora empedernida, se fue directamente hacia allí e, inclinando la cabeza, se puso a leer los títulos, descubriendo que quería leer más de la mitad de los volúmenes que se encontraban en esa sala.

Mientras, Logan se mordía el labio, intentando descubrir cómo empezar a pedirle ayuda a una mujer a la que no conocía de nada y de la que solo tenía referencias negativas.

—Tranquilo, Logan Evans, las palabras llegarán. —Rose se volvió porque su primo no había pronunciado palabra ninguna ni había proferido ningún sonido—. Creo que lo mejor será un poco de té. Puede elegir algún libro para llevarse, señorita Williams.

Rose volvió a dirigir su atención hacia la estantería y Logan se acercó a un cuadro que había en la sala. Era un paisaje de Penzance y parecía estar pintado desde la terraza de la casa del acantilado. En la mesita que había debajo, estaban unas cuantas fotografías. En una de ellas aparecía la dueña de la casa junto a una mujer mayor, que tenía exactamente los mismos ojos que ella. El resto del rostro también era muy parecido. Supo, sin necesidad de mirarlo, que era la señora Isis Relish, abuela de Naunet, que la había criado después de la muerte de sus padres cuando tenía tres años.

—Mi abuela era una mujer muy especial. Ella me enseñó todo lo que sé. —Había entrado sin que la escucharan, con una bandeja de té. Rose se giró a mirar, alertada por la emoción contenida en las palabras—. Sentí mucho cuando murió.

Logan dejó la fotografía en la mesa y fijó sus ojos en los de ella.

—Se parecían mucho —dijo en voz baja.

Se dirigió al sofá, donde se sentó también su prima. En la bandeja había tres tazas de té y una tetera que olía especialmente bien.

—Mmmm... Huele rico. —Rose olisqueó el aire—. No logro identificarlo.

—Es una mezcla que hago yo misma. —Sirvió el té a cada una de las tazas—. Es té verde con un poco de Melissa. Es tranquilizante y reconfortante.

Rose lo probó cuidadosamente antes de sonreír satisfecha.

—Está muy bueno.

Logan tomó su taza y la mantuvo entre las manos, incapaz de participar en una charla trivial.

—Está en peligro —soltó a bocajarro.

Naunet arqueó las cejas mientras Rose soltaba un bufido exasperado y ponía los ojos en blanco. Su primo podía llegar a ser exasperante cuando quería.

—¿Sabes ya quién es? —inquirió suavemente Naunet.

—¿Usted no? —Logan estaba confundido. Por cómo habían hablado anteriormente, había tenido la impresión de que ella sabía quién era la chica.

—No puedo decirte tu destino. Tienes que averiguarlo tú mismo.

Rose les miraba sin decir palabra, como en un partido de tenis.

—Viorica. —Naunet asintió por lo que él continuó—. Es una campesina valaca de dieciséis años, que vive en la época del reinado de Vlad Tepes como voivoda. Y está en peligro.

Rose le miraba un poco preocupada, pero Naunet no había alterado la tranquilidad de su rostro.

—¿Y por qué crees que está en peligro?

—Me ha pedido ayuda. Y parecía... desesperada.

—Podemos ayudarla, pero a través de la magia.

—La magia es mala —los dos primos a la vez dijeron de golpe las palabras que tantas veces

habían escuchado en su casa.

Las musicales carcajadas de Naunet hicieron que ellos sonrieran un poco a pesar del bochorno que les había causado las palabras dichas sin pensar.

—La magia no es ni mala ni buena, es neutra. —Naunet movió los brazos y pareció que estaban en un claro del bosque en primavera. Se escuchaban los cantos de los pájaros, olía a pino y había flores diseminadas por la hierba—. Son las personas las que la hacen ser buenas o malas. —El claro desapareció y estaban de nuevo en la sala, pero el olor a pino seguía flotando en el ambiente—. Sin embargo, la magia es considerada mala. Los hechizos, a pesar de ser solo palabras que necesitan ser creídas para poder funcionar, son considerados «obra del demonio». —Sus labios se curvaron en una sonrisa porque sabía que esas palabras las habrían escuchado alguna vez.

—Eso...eso... —Por una vez Rose se había quedado sin palabras.

—Eso ha sido genial. —Logan estaba totalmente fascinado por lo que acababa de ver.

—Muy bien, chicos. Creo que debemos buscar la manera de salvar a Viorica. Creo que lo mejor es traerla a esta época. Yo puedo ocuparme de ella, pero necesitaré vuestra ayuda para que se adapte. Y, Logan, pregúntaselo cuando la vuelvas a ver. Es necesario que esté de acuerdo, si no tendremos que buscar una alternativa.

Así, los tres empezaron a buscar una solución para el problema de Viorica, que había pasado a ser el problema de Logan.

Viorica pasaba mucho tiempo en el bosque. En invierno, no tenía mucho qué hacer, ya que no podían salir al campo. Su madre y Doina estaban deshaciendo algunos bordados del ajuar de Viorica, para cambiar la V por una D, ya que su hija mayor se había empeñado. Habían empezado a hacer su ajuar cuando Viktor empezó a cortejarla y habían aparcado un poco el de Doina. Ahora, su madre había pensado, asustada, que no podrían afrontar el gasto de comprar toda la tela necesaria para el ajuar de su hija menor, pero Viorica insistió en que usaran el suyo.

No le había gustado nunca bordar y, por eso, la dejaban irse a su libre albedrío cada vez que le apetecía. Hacía sus tareas obligatorias y, a no ser que lloviera, nevara con intensidad o hiciera muchísimo viento, iba al bosque.

Siempre volvía con un par de haces de leña o piñas para encender el fuego o algún pequeño animal que encontraba congelado, pero sobre todo se dedicaba a pensar.

El representante del voivoda había vuelto y su padre había conseguido que dejaran que Viorica se quedase hasta después de la boda de Doina, alegando que necesitaban de su ayuda para prepararla. Después, tendría que abandonar para siempre a su familia e ir en busca de un destino que le llevaría a la muerte.

Sabía que su salvación estaba en Logan Evans y confiaba en que él pudiera sacarla de ese lío antes de llegar al suicidio. Había estudiado cómo hacerlo, de forma que nadie la encontrara con tiempo suficiente como para evitarlo. Sabía que si lo intentaba y no lo conseguía, las consecuencias serían terribles para ella.

Llegó a su claro y se sentó debajo del árbol que no tenía nieve. Hacía frío pero ella no lo sentía. Si moría congelada, tampoco sería tan mal final, después de todo.

Poco a poco, se fue deslizado por el tronco para acabar hecha un ovillo al pie del árbol,

quedándose dormida.

El sol brillaba, era un maravilloso día de primavera, y el día era cálido, pero no en extremo. Viorica, abrió los ojos con lentitud, oliendo a pino. Había algo raro, notaba como si alguien le estuviera acariciando el pelo. Abrió los ojos, ya del todo, con un bostezo y se encontró cara a cara con la sonrisa luminosa de Logan.

—Hola.

—Hola. —La sonrisa de Viorica era adormilada. Se dio cuenta de que la mano de Logan seguía acariciándole el pelo.

—Eres preciosa siempre, pero cuando duermes pareces un ángel.

Viorica se ruborizó violentamente. Nadie, excepto su propia familia, la había visto dormir nunca y, desde luego, nadie la había comparado nunca con un ángel. Lentamente, levantó la mano y acarició su mejilla. Nunca había acariciado así a ningún chico, ni siquiera a Viktor. No simplemente porque quisiera hacerlo. Las caricias que le había dado al joven Ionescu habían sido calculadas, exigidas por las circunstancias. En ese momento, solo quería comprobar si la piel de Logan era tan suave como parecía.

Logan se quedó parado, disfrutando del leve tacto de los dedos de Viorica sobre su cara. Cerró los ojos para disfrutar aún más de la caricia. Subió una de sus manos y la puso sobre la de ella, presionando con suavidad, provocando una nueva sonrisa en el rostro de la chica.

Con lentitud, fue inclinándose hasta encontrar sus labios y la besó. No fue un beso profundo, simplemente un suave roce de labios contra labios, pero que erizó la piel de ambos. Se separó enseguida, al tiempo que Viorica se acariciaba los labios con un dedo, asombrada.

—Lo siento, no debí hacer eso.

Acababa de recordar que ella era de una época distinta, donde las normas de comportamiento y de decoro eran muy distintas a las suyas. Y a pesar de que en su tiempo, ese pequeño roce de labios ni siquiera sería considerado un verdadero beso, en la época de ella podría considerarse un auténtico atentado contra su honor.

Ella sonrió y fue la que realizó el movimiento para volver a posar sus labios frescos sobre los de él. Y esta vez sí que fue un beso.

Después de separarse de ese beso, Logan se acomodó mejor, apoyando la espalda en el tronco del árbol y Viorica se tumbó, de nuevo con su cabeza sobre el regazo de él.

—¿Esto es un sueño?

—Probablemente. —El pelo rubio miel de ella era tan suave como parecía desde el principio.

—¿Por qué nos vemos en sueños?

—No lo sé, Vio. —El diminutivo provocó que ella le mirara con una sonrisa entre divertida y pícara en los labios—. Lo siento.

—No, me hace gracia. Es como me llama mi hermana Doina. —Su rostro se ensombreció al nombrar a su hermana.

—Cuéntame qué pasa. Necesito saberlo para ayudarte.

Viorica suspiró y se sentó frente a él para poder mirarlo a los ojos.

—Había un chico que me cortejaba. El hijo del hombre más importante de mi aldea. El

voivoda, Vlad Tepes —se estremeció al pronunciar su nombre— pasó por el pueblo, un día de mercado. Yo no suelo bajar a no ser que sea día de mercado o domingo para ir a misa. El caso es que él pasó y yo... —Se mordió el labio, en un gesto tan tremendamente adorable y conocido por Logan que sintió deseos de volverla a besar— tardé demasiado en bajar la mirada. Se fijó en mí y uno de sus hombres se quedó para indicar a mi padre que yo iría de doncella al castillo del voivoda.

—Pero eso no es todo, ¿verdad? Eso no es lo que más te asusta. —Logan sabía que no podía ser el trabajo. Por lo que había estudiado y sabía de la Edad Media, si Viorica era de una familia campesina, estaba acostumbrada a trabajar duramente. Así que no le podía asustar trabajar de doncella en el castillo, asegurándose un techo y un plato de comida todos los días.

—No. —Volvió a morderse el labio y Logan estiró la mano para acariciárselos con un dedo de forma suave—. Es un torturador. Él... él quiebra el orgullo y a las personas. Y cuando ya no puede sacar más diversión, los mata de forma cruel.

—Entiendo.

Efectivamente, por lo que había estudiado de Vlad en historia y para el trabajo de literatura, era una persona cruel. Su mandato se había basado en el terror y en el miedo que provocaba en sus súbditos y enemigos. Se dio cuenta del peligro real al que se enfrentaba la muchacha y eso fortaleció todavía más su determinación a salvarla de su destino.

Cogió las manos de la chica, tratando de tranquilizarla. Viorica temblaba, pero poco a poco se fue calmando.

—Creo que puedo ayudarte. Pero necesito saber si estás de acuerdo en lo que te voy a proponer o no.

Viorica le miró con sus ojos llenos de confianza hacia él, lo que hizo que algo cálido se extendiera por su pecho.

—Puedo llevarte a mi época, conmigo. Una amiga me ayudaría y además, entre mis primas y ella, te ayudaríamos a adaptarte a nuestro tiempo.

Viorica bajó un momento la mirada, procesando lo que acababa de oír.

—¿Magia?

—Magia —le confirmó Logan.

Ella asintió, pensativa.

—Supongo que la alternativa es infinitamente peor. Y aunque está mal que lo diga, Logan Evans, creo que estoy enamorada de ti —esa confesión la hizo con los ojos bajos y tremendamente ruborizada.

Logan le alzó el rostro, poniendo un dedo bajo su barbilla.

—Yo también estoy enamorado de ti, Viorica.

Capítulo 8

Empezaron a ir todos los días a la casa del acantilado. Estudiaban todos los libros de magia que podían, buscando una solución para poder traer a Viorica al presente sin que hubiera ningún tipo de problema.

Naunet se había comprometido a acoger a Viorica en casa y enseñarle todo lo preciso para poder desenvolverse en ese mundo que para ella sería extraño. Y era lo mejor, porque era la única que sabía rumano, así que nadie más podría hacerlo, ya que, aunque en los sueños Logan la entendía cuando hablaba, según les había explicado Naunet, eso era posible gracias a la magia de los sueños.

Logan estaba muy preocupado. Por una parte, temía que no llegaran a tiempo de poder salvarla del destino que la esperaba en el castillo de Vlad y, por otra parte, temía que no se adaptara a vivir en esta época. Para él, cualquiera de las dos opciones le aterraba, porque ya había admitido que estaba tan profundamente enamorado de ella, que no podía imaginar la vida sin verla, aunque fuera en sueños, que sería lo que sucedería si moría a manos de Vlad Tepes.

Le intentaban tranquilizar como podían. Tanto Victoria como Mariah no estaban muy convencidas de todo el asunto, pero estaban sorprendidas del cambio que había dado la escéptica Rose. La más inteligente de las Williams había pasado de considerar la magia como algo que no existía y que solo servía para comerle la cabeza a la gente, a investigar sobre el tema como si no hubiera un mañana, interesándose por todo. Este cambio de actitud les pareció muy raro, incluso le preguntaron un par de veces, pero la pelirroja les ignoró.

Naunet les miraba a todos con una sonrisa bondadosa. Sabía que dos de las jóvenes estaban allí nada más que por su primo, pero Rose se había interesado vivamente por la magia y sabía que la pelirroja no descansaría hasta que supiera todo lo que tuviera que saber.

Sin embargo, ella también estaba preocupada. La magia de los sueños, la del destino y la del tiempo, eran magias peligrosas de por sí. Mezclarlas las tres, era lo más peligroso que se podía hacer en su mundo. Pero no era ella la que había elegido, era el destino el que había puesto en contacto a esas dos personas, puesto que la magia del destino era la más poderosa.

Había leído todos los libros de hechizos que poseía. Buscando el hechizo correcto para traer a Viorica a esta época sin alterar todo lo demás. El problema de la magia del tiempo era ese, que no se podía alterar lo demás, porque entonces, todo era alterado.

Se rompía la cabeza en busca de la fórmula correcta, de lo que de verdad le diera seguridad al cien por cien de que el futuro del mundo no sería cambiado. Un solo error y todo estaba perdido.

Las tres magias más peligrosas unidas en una misma situación y ella no tenía poder suficiente como para manejarlo todo.

Fue Rose la que dio con la solución.

—Tiene que ser Viorica la que pronuncie el hechizo durante un sueño.

Todos levantaron la cabeza de los libros que estaban estudiando.

—Rose, Vio no sabe hacer magia. —Logan había hablado con ella todas las noches, en sus sueños, y estaba totalmente seguro de que la muchacha no sabía hacer más magia que él mismo.

—Os encontrasteis a través de los sueños, eso significa que sois el destino el uno del otro. — Rose buscó durante un momento en el libro que leía—. Eso es la magia del destino, ¿verdad, Naunet? La interpelada asintió sin saber a dónde quería llegar la pelirroja.

—Os encontraréis en el mundo de los sueños, algo que la magia del destino no puede hacer por sí

sola. Ese tipo de magia solo puede actuar por sí sola cuando dos personas se encuentran en una misma época y puede darse la circunstancia de que se puedan encontrar en algún lugar.

Naunet volvió a asentir.

—Por eso la magia del destino es ahora más poderosa que antiguamente. —Se levantó y fue hacia la ventana, para observar el océano del que sacaba su poder—. En las épocas antiguas era más difícil que la magia del destino se diera espontáneamente, porque para las personas era más difícil poder encontrarse en un lugar predeterminado, en un día predeterminado.

Las otras dos chicas Williams negaron con la cabeza. No se enteraban de nada.

—¡Ay! —Rose se estaba desesperando. Se levantó y se fue hacia una pizarra que tenían allí para tal efecto—. Mirad. Ahora A, que es la chica, y B que es el chico, viven cada uno en una punta del mundo. Sin embargo, gracias a los transportes es muy fácil que A y B se encuentren en... por poner un ejemplo, Roma el 15 de julio porque ambos han ido de vacaciones allí.

—Ah, ya. —Mariah dio palmas—. Antes era más difícil porque no se podía viajar a tan larga distancia.

—¡Exacto! —Rose volvió a su sitio—. Por eso la magia del destino es tan rara y poco estudiada, porque hay pocos casos.

—¿Cómo funciona la magia?— fue Mariah la que formuló la pregunta.

—A ver... —Naunet se calló durante un momento, intentando ordenar sus palabras—. La magia del destino básicamente la ha descrito Rose. Normalmente nuestro destino está escrito desde que nacemos. Podemos alterarlo en pequeñas cosas, pero no en los grandes acontecimientos.

—¿Amor, familia...?

—Exactamente. Cuando decimos que cada persona tiene su media naranja es cierto. Hay veces que no se encuentra, y las parejas formadas se rompen, pero desde que nacemos, tenemos escrito en nuestro destino cual es la persona con la que tendremos un amor eterno. La magia del destino es la magia más fuerte, porque el destino final de una persona es inalterable.

—El destino final de toda persona es la muerte —apuntó Rose con la cabeza metida en un libro.

—Sí, Rose. —Naunet se permitió una sonrisa—. Pero me refiero a que el destino está escrito. Por ejemplo, si tu destino es estar con un chico rubio que se llama Mark, puedes intentarlo con muchas personas, pero esas relaciones se romperán antes o después. Sin embargo, si encuentras un chico rubio que se llama Mark, esa pareja funcionará.

—¿La magia del destino está solo relacionada con el amor?

—No. Ese es el ejemplo más obvio. —Pensó durante un momento—. ¿Sabéis esos atentados de los que Hitler salió indemne? —Todos asintieron—. Eso fue básicamente porque el destino escrito de Hitler era ser conocido por sus atrocidades y morir por su propia mano. Nada podía alterar ese destino.

—Pues vaya asco de destino. —Rose seguía sumergida en el libro.

—¿Y la magia del tiempo?

—Esa es una de las magias más complejas, porque se trata de alterar el tiempo.

—¿Cómo se altera el tiempo?

—Se puede hacer de muchas maneras. Las sensaciones de los *déjà vu* suelen ser pequeñas muestras de la magia del tiempo. Cuando notáis que estáis pasando por algo que ya habéis vivido, seguramente sea cierto. Sin embargo, habéis vuelto hacia atrás, porque posiblemente algo de lo que hayáis hecho ha alterado algo de vuestro destino. Son magias relacionadas.

—El efecto mariposa.

—Exactamente. —Naunet se echo a reír al ver la cara de los demás—. «El aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo». Es un proverbio chino que ejemplifica que en la teoría del caos, que la más mínima variación de las condiciones iniciales de cualquier sistema caótico, cambia el devenir de los acontecimientos.

Ante la cara de asombro de todos, Rose resopló.

—Cualquier mínimo cambio en el pasado, por ejemplo, que tus padres no se conocieran, podrían cambiar el resultado. Es decir, que tú nacieras.

—¡Eso no es un mínimo cambio! —protestó Victoria.

—Mmmm... —Rose seguía pasando páginas de forma distraída.

—¿Y la magia de los sueños? —Mariah estaba interesada.

—Todo el mundo sueña. ¿No te ha pasado nunca que algo que has soñado se ha convertido en realidad? —Ante el asentimiento de la chica, sonrió—. Eso es porque lo que has soñado es un deseo tan profundo, que sin querer haces magia.

—Oh, ¿todo el mundo puede hacer magia?

—Claro que sí. Lo que no entiendo... —Naunet se giró—. No entiendo cómo la magia del destino ha podido poner en marcha la magia de los sueños. Normalmente, hace falta una persona que ponga en marcha ese tipo de magia.

—Creo que hemos sido los dos. —Logan hizo que todas levantaran la cabeza al hablar, porque llevaba mucho rato callado.

—¿Cómo? —Rose se sentía realmente confundida y odiaba sentirse así.

—Creo que ambos nos hemos buscado inconscientemente y el único lugar donde podíamos encontrarnos, eran los sueños. Por eso, sin saberlo, ambos pusimos en marcha ese tipo de magia.

Naunet y Rose le miraron totalmente asombradas. Lo que decía tenía todo el sentido del mundo y las dos lo veían totalmente lógico.

Por el contrario, Victoria y Mariah estaban totalmente perdidas, pero no iban a preguntar porque veían en los ojos de Rose que estaba totalmente embalada y, en esos momentos, ambas sabían que era mejor dejarla a su aire.

Empezó a revisar libros como loca, buscando algo que sabía que había visto. Naunet también comenzó a pensar y salió en busca de un libro de hechizos donde sabía que encontraría lo que buscaba. Entró justo cuando Rose lanzaba una exclamación de triunfo.

—¡Lo tengo! —La pelirroja estaba exultante—. Mirad, aquí. Una persona que activa la magia de los sueños de forma inconsciente, dentro del mundo onírico tiene poder. Aunque en su vida normal no sea capaz de realizar el hechizo más sencillo, dentro del mundo de los sueños, podrá hacerlo, ya que es un mundo creado por ella y para ella.

—Es exactamente como decías al principio, Rose —Logan estaba asombrado de la capacidad de su prima de entender algo que la semana anterior no creía ni siquiera que existía—. Vio tiene que hacerlo.

—Sí, y tiene que ser en uno de los sueños —Naunet se acercó a él con un libro en la mano—. Lo único es que tenemos que encontrar el hechizo correcto para formularlo, de forma que no altere el tiempo.

—Pero el tiempo se alterará igual, ¿no? —Logan hablaba pensativo—. Es decir, Viorica va a alterar su tiempo desapareciendo.

—Tienes razón, Logan. —Naunet miraba con el ceño fruncido el libro—. Pero no será una alteración real. Ella iba a desaparecer igualmente de su tiempo y lugar, si las cosas siguen como deben de seguir. Iría al castillo del voivoda y allí desaparecería.

—Pero... ¿no es ese su destino?

Las cuatro mujeres le miraron.

—No lo es, Logan. —Naunet le miró de forma bondadosa—. Si lo fuera, no habría podido contactar contigo. El destino de Viorica eres tú, al igual que ella es el tuyo.

—Tengo miedo, Naunet.

Eso era lo que le pasaba. Tenía miedo de que saliera mal y Viorica quedara atrapada o de que no lo logaran, y ella se enfrentara a un destino peor, solo porque él le había dado esperanzas.

Victoria le miró y suspiró.

—No va a pasar nada, Logan. —Se acercó a su primo y le acarició el pelo, como hacía cuando era pequeño y le reñían—. Estoy segura de que esto pasa por algo. No creo que conozcas a la chica de tu vida para que ahora se te escape.

—Además —Mariah fue la que habló entonces—, la arpía de Eris está esperando su oportunidad y no creo que debas dársela.

Se echaron a reír, al recordar como Eris buscaba al chico y él la rehuía. Había llegado hasta el extremo de darle notas a sus primas para que se las dieran.

Después de que dejaran de reír, miraron el reloj, y viendo que era demasiado tarde, se despidieron rápidamente de Naunet.

—Buscaré un hechizo para Viorica. Lo único es que no sé cuánto tardaré. —Naunet miró el cielo que amenazaba tormenta.

—No queda mucho tiempo, Naunet. —Logan estaba preocupado, sabía que se les acababa el tiempo a ambos.

—La magia del tiempo es muy delicada, Logan. —Sabía que estaba preocupado, pero no podía apresurar las cosas o podría salir muy mal—. Pero daré lo mejor de mí misma.

El chico asintió antes de irse con sus primas a cenar a casa de sus abuelos. Esa noche, cuando se asomó a la ventana antes de ir a dormir, vio que las luces de la casa del acantilado, lucían en una de las habitaciones de la planta de arriba.

Naunet estaba trabajando para ayudarle.

Viorica estaba más animada desde que se veía todas las noches en sus sueños con Logan. Los sueños habían dejado de ser esporádicos para ser continuos. Logan le explicaba cómo iba a ser su nueva vida y ella estaba deseando empezarla.

Le daba miedo dejar su casa, su familia, el entorno que conocía... pero sabía que de una forma u otra lo acabaría haciendo. Prefería hacerlo así, yéndose con una persona en la que confiaba y de la que estaba enamorada.

A su familia no se le había pasado por alto su cambio de actitud. Todos asumieron que la más rebelde de los Popescu había conseguido asumir su destino con resignación y se alegraron por ello. Internamente, sus padres habían tenido sus dudas de que Viorica se fuera al castillo y sabían que de no hacerlo, todos sufrirían las consecuencias.

Pero ahora la veían más contenta, participando en los preparativos de la boda, lo cual hacía

feliz a su hermana. Doina seguía teniendo remordimientos porque Viktor hubiera pedido su mano. No podía olvidar que había sido el enamorado de su hermana durante año y medio. Pero su propia felicidad, de haber conseguido al hombre que amaba, se imponía sobre todo y se tranquilizaba a sí misma diciéndose que Viorica estaría muy bien en el castillo del voivoda, aunque ella misma no estaba segura de eso.

Lo que más cuesta arriba se le hacía a Viorica eran las visitas del prometido de Doina. No por ella, porque ya había asumido que estaba totalmente enamorada de Logan y en su corazón no cabía nadie más, pero Viktor se empeñaba en mirarla con ojos de adoración, por más que esas miradas ya estuvieran prohibidas entre ellos y debiera dedicárselas a Doina. Sabía que su hermana se había dado cuenta y que le dolía, por eso intentó hablar una vez con él acerca del asunto, pero Viktor no quiso escucharla, e incluso se lo tomó por donde no era, intentando besarla. Así que, como costumbre, salía de la casa cuando veía que se acercaba por el camino. Sabía que él no se atrevería a seguirla, porque invariablemente, Doina salía a la puerta a recibirlo en cuanto le veía aparecer por el camino. Era la mejor solución.

Aprovechaba esos ratos que estaba a solas para ir practicando las extrañas palabras que Logan estaba empeñado en que aprendiera. Había entendido algo de que en sueños se entendían porque era un mundo creado por ellos y allí no tenían barreras, pero en cuanto él la sacara de allí, la llevaría a un lugar donde todo sería extraño para ella. Empezando por el idioma y terminando por las costumbres. Pero también sabía que la ayudarían.

Confiaba ciegamente en él. Podía parecer una locura pero ella confiaba en él, aunque no le conociera realmente, aunque no tuviera ni idea de quién era y dónde la iba a llevar. Confiaba en él porque se lo decía el corazón, porque se lo decía el instinto y porque parecía que había una fuerza superior a ellos que los había llevado a encontrarse.

Vio acercarse a Viktor por el camino y se levantó de inmediato. Su madre y Doina levantaron la cabeza. Ambas sabían que se iba cuando venía Viktor y ambas sabían por qué era, aunque no se lo hubiera dicho a ninguna. Los chicos y su padre, sin embargo, seguían creyendo que era porque seguía enamorada de él y ella prefería no sacarlos de su error.

Saludó a Viktor con la cabeza y se dio cuenta de que estaba frustrado, como últimamente. La verdad es que el joven realmente iba a ver a Viorica. Aún no podía creer el giro que había dado su vida. No es que le desagradase Doina, sabía que sería una esposa estupenda, pero no era Viorica. No tenía ese cuerpo que le volvía loco, ni esos ojos pícaros que prometían el cielo y la tierra en un mismo sitio. Y, a pesar de todo, sabía que acabaría casándose con Doina y aceptando su vida con ella, porque era lo que su padre había aceptado para él. Pero no podría amarla de la forma que amaba a Viorica.

Vio se internó en el bosque y, cuando estuvo fuera de la vista desde su casa, se desvió. Sabía que pensaban que iba a su claro y quería que lo siguieran pensando. Su padre siempre les había advertido sobre la laguna del bosque, prohibiéndoles que fueran allí solas, sobre todo en invierno, porque era traicionera. Pero allí se sentía en paz, porque esa superficie helada era como un espejo donde podía estudiar su rostro, pensando en si Logan se cansaría de ella o no.

Ese era su mayor y único miedo: que él finalmente se cansara de ella y quedara sola en un sitio que no conocía ni entendía. Estaba dispuesta a dejarlo todo por él y darle todo lo que le pidiera, pero no estaba segura de que eso bastara.

Quizá... quizá debería preguntárselo esa noche, cuando soñara con él. Siempre le había gustado

tener claro dónde se metía, así que debía hacerlo.

Pensativa, volvió a su casa, y se encontró con que Viktor la estaba esperando en el sendero del bosque, justo en el sitio que ya no se veía desde la casa.

—Viorica.

Se sobresaltó al verlo y escucharlo. Había temido ese enfrentamiento, por eso le evitaba siempre que podía, aunque esta vez era inevitable.

—No deberías estar aquí, Viktor.

—Necesito hablar contigo. —El chico se acercó a ella rápidamente, temeroso de que escapara y la cogió las manos—. Te sigo amando. Yo...

Viorica soltó sus manos con suavidad y con un dedo le acalló.

—No debes decir esas cosas. Eres el prometido de Doina.

—Pero yo... —De nuevo, un dedo de la chica sobre sus labios le silenció.

—Ni tú ni yo tenemos opción sobre esto, Viktor. El voivoda me reclama y es mi deber ir al castillo o todos sufriréis las consecuencias. Haz feliz a Doina, por favor.

—Pero es que yo te amo a ti. —Parecía un crío pequeño al que se le estuviera negando un capricho.

—No lo hagas. Olvídame, Viktor. Es lo mejor para todos.

—Nunca me has querido, ¿verdad? —Ahora estaba furioso—. Solo querías la posición que podía darte.

—Eso no es cierto. —Realmente hubo un momento en que le había amado, algo que cayó en el olvido en cuanto Logan apareció en sus sueños—. Te he amado, Viktor, pero ahora debemos resignarnos a que no nos pertenecemos.

—Demuéstramelo. —La cogió del brazo y la arrinconó contra un árbol, manoseándola por encima de la ropa—. Entrégate a mí y demuéstreme que me amas.

No intentó quitárselo de encima, pero tampoco respondió a sus caricias. Dejó que la tocara, al menos le debía eso, aunque por dentro se revolvía, porque la única persona que quería que la tocara, estaba muy lejos de ella físicamente en ese momento.

Viktor apoyó su frente sobre la de ella, con los ojos cerrados, conteniendo las lágrimas. Estaba volcando sobre ella la frustración que le embargaba por no poder tenerla, y había estado a punto de forzarla. Él no quería eso. Quería que lo deseara igual que él la deseaba. Pero, por lo visto, su amor por su hermana, su miedo a herirla, era más fuerte que todo lo demás.

—Sé que me has amado. Pero también sé que ahora no lo haces —dijo con los dientes apretados y sin querer abrir los ojos para no derramar las lágrimas que amenazaban por desbordar.

—Eres el prometido de mi hermana —lo dijo con suavidad, constatando lo obvio. Intentó hacerle el menor daño posible y esa era la mejor opción. Decir que era por Doina era mentir, pero mejor esa mentira piadosa que explicarle una verdad que ni ella misma lograba comprender del todo.

—No es necesario que vuelvas a irte de tu casa, Vio. —Acarició su mejilla con ternura, aceptando la realidad que ella había aceptado hacía demasiado tiempo: que no iban a ser el uno para el otro—. Prometo que me dedicaré a Doina.

Viorica sonrió, sabiendo que era cierto, pero, a pesar de ello, necesitaba esos ratos a solas para sí misma.

—Algunos días estaré, otros no. —Le devolvió la caricia, pero era como la que se le podía hacer a un niño pequeño. Una caricia tierna, en la que se decían adiós.

Se quedó allí, en la linde del bosque, mirando cómo se iba.

—Sigue enamorado de ti. —La voz de Doina le sorprendió. Sonaba resignada, cosa que no le extrañaba.

—Pero yo no de él. —Se giró a mirarla, con una sonrisa—. Y él ya lo sabe, Doina. Seréis felices, lo sé.

—¿Y tú? —cuestionó su hermana.

—Yo también lo seré. —La sonrisa de Viorica estaba llena de confianza y seguridad, lo que hizo que Doina sonriera también, sabiendo que todo estaba bien.

Capítulo 9

Logan llevaba el hechizo aprendido y sabía que debía soñar con un papel escrito con la fecha y lugar al que quería que Viorica llegara. Era el cuarto intento que hacían de trasladar a Viorica al año 2012 y todos habían fracasado. A cada nuevo intento, estaban cada vez más nerviosos. La primavera se acercaba y, aunque a Viorica le dolía perderse la boda de Doina, quería irse cuanto antes. No estaba muy segura de que el voivoda respetase su promesa de esperar a que pasara la boda. Había visto varias veces al enviado y estaba cada vez más angustiada, al igual que su madre.

Al mismo tiempo, sabía que su desaparición no provocaría ninguna pregunta en su familia, ya que asumirían que el enviado del voivoda se la había llevado. Por eso, todos los experimentos los habían llevado a cabo las tardes que se escapaba al bosque. Hubiera sido difícil de explicar cómo habían ido a por ella a su casa y nadie se había dado cuenta.

Para poderse quedar dormida en el bosque, Viorica pasaba las noches en vela, siempre procurando que su familia no se diera cuenta. A medida que dormía por la tarde, esas noches se le hacían más fáciles de estar despierta.

Logan, por su parte, pasaba todas las tardes en la casa del acantilado. Ya habían decidido qué historia iban a contar para la aparición de Viorica y, dado que la iban a hacer pasar por una familiar de Naunet, lo mejor era que apareciera directamente allí.

Rose y Naunet se afanaban con el rumano. Naunet lo hablaba bastante fluidamente y le enseñaba a Rose, para que entre las dos pudieran enseñarle más fácilmente a Viorica el idioma.

Mariah y Victoria se encargaban de la ropa. Entre ambas, y poco a poco, habían ido reuniendo una colección de vaqueros, camisetas, faldas y demás, de varias tallas, para ver qué era lo que mejor le quedaba a la chica y, en base a eso, conseguirle un buen guardarropa.

Todos estaban emocionados ante la idea de que esa vez saliera bien y, por fin, pudieran traerla con ellos. Logan era el único nervioso. No ya porque saliera mal y no funcionara de nuevo, aunque aún les quedaba algo de tiempo para poder volverlo a intentar, sino porque una vez que estuviera aquí, y ya sin la presión de saber que iba a morir, Viorica no quisiera saber nada de él.

La amaba tanto que dolía y sabía que no dejaría de amarla en ningún momento. ¿El porqué de esta afirmación? No podía decirlo, porque no sabía explicarlo. Pero simplemente, en el fondo de sí mismo, sabía que jamás dejaría de amarla. Por eso le daba tanto miedo que ella no sintiera lo mismo, que se enamorara de otro una vez se encontrara a salvo.

—Sois el destino uno del otro. —No se había dado cuenta de que se había acercado a la ventana hasta que Naunet llegó hasta él y le habló suavemente—. Tus miedos, y los de ella, son infundados.

—¿Ella también tiene miedo? —Seguía mirando el mar, sin verlo realmente.

—Ella tiene los mismos miedos que tú, Logan. —Posó una mano liviana en su hombro, reconfortándole con ese simple toque—. Ella también teme que tú no le ames cuando finalmente esté aquí.

—Pero yo...

—Tú sabes lo que sientes y estás seguro de ello. Al igual que ella sabe lo que siente y está segura. Pero ni tú ni ella sabéis lo que siente el otro y, por eso, no podéis estar seguros.

—La cuidaré toda la vida —esa afirmación, hecha a media voz, tenía la fuerza de la sencillez, que le daba veracidad.

—Lo sé. Y ella lo sabrá con el tiempo.

—Será difícil, ¿verdad?

—Todas las relaciones lo son, Logan. Todos tenemos nuestros momentos buenos y los malos. El secreto está en hacer que los momentos buenos superen a los malos y en no dejar que las discusiones, que las tendréis, envenenen todo lo demás.

—Parece fácil dicho así.

—No lo es, ya te lo he dicho. Tenéis un carácter fuerte, los dos y mucho orgullo. Pero os amáis por encima de todo y eso es lo que cuenta. Algunas veces tendrás que ceder tú y otras veces lo hará ella. Pero siempre sabrás, en el fondo de tu corazón, que aunque la discusión sea grave, estará siempre a tu lado. Y ella sabrá lo mismo.

—Ella renuncia a más cosas que yo.

—No estés tan seguro, Logan. Es cierto que no verá a su familia nunca más, pero ya sabes lo que le esperaba en su mundo. No creas que para ti va a ser fácil. ¿O crees que tus padres no pondrán ningún impedimento?

El dedo de Naunet señalaba hacia la playa, donde su padre daba un paseo. A pesar de que sabía que no podía verlo, se escondió un poco más tapándose con la cortina. Era un acto reflejo de alguien que tenía miedo de una reacción. Reflexionó acerca de lo que acababa de oír y supo que estaba en lo cierto. Su padre no dejaba de repetirle que Eris Blackhurst era una buena elección para él.

Jeff se encontraba en casa hacía un par de noches, cuando su padre le soltó eso en la cena. Simplemente dijo que la joven había ido a verle para hablar con él porque Logan se comportaba de un modo extraño con ella. En el tono de su padre se notaba la censura y no miró en ningún momento a su hijo mayor. Por eso, quizá por eso, no vio el dolor que aparecía en los pardos ojos de Jeff al oírlo nombrar. No lo miró precisamente porque sabía lo que iba a ver. Si le hubieran preguntado el año anterior, Logan hubiera puesto la mano en el fuego porque su padre no sabía lo enamorado que estaba Jeff de Eris y que no le haría daño deliberadamente. Ahora ya no estaba tan seguro.

—Tu padre es una persona extraña, Logan. —Parecía como si Naunet pudiera leer lo que estaba pensando exactamente—. Siempre lo ha sido. Le gusta que las cosas salgan exactamente como él quiere que salgan, y si no lo hacen... —La joven hizo un gesto con la mano y no hizo falta decir nada más. Logan conocía de sobra a su padre.

—¿Es cierto que él y tú...?

—Sí. Tu padre duda de que lo ame, pero lo hice y mucho.

—¿Y por qué...? —El chico se mordió el labio. Presentía que se estaba adentrando en terreno pantanoso y no quería hacer más daño.

—La herida está curada y cicatrizada, al menos en mi corazón. Pero creo que en su orgullo... — Señaló de nuevo al hombre que estaba en la playa—. No lo está. Él nunca ha creído en la magia y la magia es una de las partes más importantes de mí misma. Me pidió que renunciara a ella, que era una paparrucha.

—Pero eso era como pedirte que renunciaras a ser lo que eres.

—Exactamente. Tú lo entiendes, pero él no lo entendió ni lo entenderá jamás. No puedes pedirle a una persona que renuncie a una parte muy importante de sí misma. No si la amas de verdad.

—Entonces, ¿crees que mi padre no te amaba?

—Oh, sí. Creo que me amaba, pero a su manera, Logan. Y esa forma de amar es distinta de la mía. Yo jamás le habría pedido que renunciara a la religión, porque sé que es parte de lo que es

como persona. No creo en la religión, porque la mía es la magia.

—Entiendo, ¿y mi madre?

—Tu madre... —La voz de Naunet se hizo triste—. Tu madre es una historia diferente. Ella sí sabe lo que es amar con locura. Tu madre no me odia, ni me desprecia, como vosotros creéis que hace. Tu madre simplemente... me tiene miedo.

Logan se giró a mirarla, un poco incrédulo, y vio dolor en su bello rostro; un dolor antiguo, como de una herida cicatrizada.

—El amor da un poder muy grande a las personas, Logan. —Los ojos de Naunet mostraban sabiduría de siglos, sabiduría adquirida—. Tu madre me tiene miedo porque ama a tu padre con locura y eso le da poder a él sobre ella.

—Si mi padre te ama... Ella teme que la deje por ti.

—Exactamente ese es su temor. Eso le impide darse cuenta de que Henry no me ama. Ya no.

—¿Ya no?

—No. El amor que sentía por mí, se ha convertido en rabia. Rabia por su orgullo herido, aún después de tantos años.

—¿Pero era amor?

—El amor adopta muchas formas. Cada persona ama de una forma distinta. Hay amor egoísta, que es el que siente tu padre, y amor entregado, que es el que siente tu madre.

—Si hubieras renunciado a la magia, podrías haber sido mi madre.

—Pero no sería yo, Logan. Tu madre es una mujer extraordinaria, nunca lo olvides.

—Tú...

Naunet le puso un dedo en los labios antes de que pudiera finalizar la frase. Antes de que pudiera decir algo de lo que se arrepintiera.

—Yo jamás sería mejor que tu madre. Nunca, porque si tú no fueras hijo de Henry y Gillian, no serías tú. Al igual que yo no sería yo sin la magia. Recuérdalo siempre.

Logan se giró de nuevo para ver la playa y se sorprendió de ver a su padre mirando hacia la casa, con expresión indescifrable.

—Por esto mamá sigue teniendo miedo —murmuró para sí mismo, y fue acompañado de la suave risa de ella.

—Sí, pero ten en cuenta una cosa, Logan. El amor de madre es el más fuerte de todos.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo más seguro es que Gillian te sorprenda.

Con estas últimas palabras, se separó del muchacho, volviendo junto a Rose para seguir practicando el vocabulario rumano.

Viorica se apresuró hasta llegar al claro del bosque. Se había entretenido un poco hablando con Viktor, el cual ya no la buscaba tanto. Parecía que por fin se había hecho a la idea de que no iban a estar juntos y parecía mirar con otros ojos a Doina.

Escondida en la falda llevaba una de las mantas viejas que su padre se echaba por encima cuando salía las tardes de invierno a sentarse al banco de fuera, para tallar un poco tranquilo.

La primera vez que se había quedado dormida en el bosque, cogió frío y estuvo resfriada una

semana, por lo que había extremado las precauciones y ahora llevaba siempre la manta, que era una de la que más abrigaba.

Llegó a la laguna y buscó un sitio resguardado y sin nieve en el suelo, donde pudiera ver la superficie helada y, a la vez, si alguien se aventuraba por allí, no la viera de inmediato. Se echó en el suelo, envuelta en la manta, y se fue quedando dormida, mientras miraba cómo la luz del sol invernal incidía sobre la superficie de la laguna, congelada.

En el sueño lucía un sol maravilloso, no hacía absolutamente nada de frío. El lago ya no estaba y el mar se escuchaba de nuevo cerca. Estaba en el claro de sus sueños.

Miró hacia todos los lados y comprobó que Logan aún no había llegado, por lo que se sentó a esperarle, mientras tarareaba y hacía una guirnalda de flores.

Logan apareció detrás de ella y sonrió al escuchar su dulce voz desgranando una canción, que adivinaba que era una balada tradicional rumana.

—Cantas muy bien —dijo mientras veía como se sobresaltaba y soltaba una profunda carcajada.

—Me has asustado. —Se levantó de un salto, yendo hacia donde estaba él para abrazarlo, pero en el último segundo, se arrepintió y se quedó quieta ante él.

Logan estaba acostumbrado ya a que Viorica hiciera esas cosas, cuando la moral que le habían enseñado desde niña se antepone a lo que de verdad quería hacer, así que fue él quien la abrazó y la besó, como muchas otras veces.

—Eres preciosa, ¿lo sabías?

Viorica se echó a reír. Se lo había dicho tantas veces que se lo iba a acabar creyendo.

—No tanto, Logan. Seguro que en tu época hay chicas más guapas que yo.

—Puede ser. —Le levantó la barbilla—. Pero, ¿sabes qué? Lo tuyo es todo natural. Lo de las chicas de mi época... No estoy tan seguro.

Viorica frunció el ceño ante esas palabras. No lo entendía del todo bien.

—Tranquila, ya te darás cuenta cuando vengas.

—¿Cuándo será?

—Pues... —Sacó del bolsillo un papel y una caja de cerillas—. Podemos intentarlo ahora si quieres.

Viorica miró el papel, que simplemente ponía “Penzance, 14 de febrero de 2012”.

—¿Qué hay que hacer con esto?

—Quemarlo mientras repites el hechizo. Te lo voy a decir y lo repetimos juntos hasta que te salga, ¿de acuerdo?

Viorica asintió, poniendo toda su atención.

«A ti te envío esta señal, a mi destino en el futuro voy a encontrar, en otro tiempo y en otro lugar».

La chica lo repitió cinco o seis veces, hasta que ya lo dijo de memoria y con una sonrisa.

—Vamos. Estoy preparada.

Logan asintió y encendió una cerilla para quemar el papel.

—A ti te envío esta señal, a mi destino en el futuro voy a encontrar, en otro tiempo y en otro

lugar —recitó con voz segura mientras el papel ardía.

Ambos miraban como ardía el papel, cuando de repente, Logan se encontró solo en el claro.

—¿Viorica?

Pero solo el silencio le respondió.

Viorica despertó sin sentir frío. Se desperezó y se asustó al ver que se encontraba en una sala totalmente desconocida, donde ardía un fuego. Tres chicas y una mujer la miraban sonrientes, mientras una figura masculina dormía en el sofá.

—*În cazul în care sunt eu? A funcționează? Cine ești tu?*^[4]

—*Liniște te, Viorica. Vraja a lucrat. Sunteți în epoca de Logan și acestea sunt verișorii ei.*^[5]

Rose sonrió, había comprendido perfectamente lo que Naunet le había dicho a la joven. Mariah y Victoria no habían entendido absolutamente nada de nada, pero notaban que la chica estaba nerviosa, así que sonrieron también, intentando tranquilizarla.

Viorica sonrió también. El hechizo había funcionado. Esas chicas eran primas de Logan y sabía que no le harían daño. Miró a su alrededor con curiosidad, empapándose de todo. Examinó, sobre todo, la ropa de las chicas, sabiendo que tendría que vestir así para adaptarse a la época.

Instintivamente, supo que solo la de ojos aguamarina la entendería si hablaba. La chica pelirroja podría entender un poco, pero las otras dos no entenderían nada de nada. Así que, con cautela, extendió la mano para rozar la blusa que llevaba la chica rubia más joven, maravillada de su tacto.

—Camiseta —dijo enseguida Rose—. *Tricou*^[6] —pronunció lentamente—. Camiseta —volvió a decir, esperando que Viorica entendiera.

—Ca...cam...camiseca. —La palabra salió titubeante de los labios de la chica.

Las tres chicas más jóvenes rieron, mientras Naunet sonreía.

—Ca—mi—se—ta —Mariah vocalizó exageradamente de forma que Viorica pudiera entender bien todos los sonidos.

—Ca—mi—se—ta —repitió con lentitud la chica rubia.

—¡¡Muy bien!! — Mariah palmoteó y aunque Viorica no entendió, supo que lo había hecho bien por los gestos de alegría de la castaña.

—Ha funcionado.

No se habían dado cuenta de que Logan había despertado y las miraba visiblemente contento. Viorica le miró inmediatamente. Ahora ya no le entendía, pero le daba igual. Estaba allí y sus ojos verdes la miraban con la misma intensidad que en sus sueños.

Capítulo 10

Viorica aprendía rápidamente con la ayuda de Rose y Naunet. Al cabo de dos semanas, ya era capaz de entender la mayoría de las palabras y hacerse entender. Victoria se encargó de ayudarla con la ropa. Una vez pasado el asombro que sentía la chica ante las vestimentas, tan distintas de las de su época, se aficionó rápidamente a ellas.

La enseñaron cómo maquillarse un poco, aunque a ella no es que le entusiasmara demasiado. Era tan natural que las chicas la adoraron enseguida.

Logan estaba encantado con que se llevara tan bien con sus primas. Pronto se hicieron inseparables.

Rose la acosaba con preguntas sobre su época, preguntas que Viorica respondía encantada, porque le ayudaba a recordar su vida y a su familia. Victoria le preguntaba cosas sobre la moda de su época, pero sobre ese tema no se podía explayar tanto porque, al haber sido una campesina, no tenía mucha idea de las cosas que podían usar las damas de alta alcurnia de su época.

Mariah se contentaba simplemente con estar con ella. Al ser la que menos preguntaba, Viorica buscaba su compañía, sobre todo para poder hablar de Logan. Mariah no lo conocía tanto como Rose, pero se esforzaba mucho en contestar a lo que la chica preguntaba.

Naunet, por su parte, estaba encantada de tenerla en la casa. Así no se sentía tan sola. Viorica se sentía muy a gusto en su compañía. Se empezó a interesar por la magia y aprendió sencillos hechizos. Y, sobre todo, aprendió a ser una chica de ese tiempo.

Logan pasaba todo el tiempo que podía con ella, ayudando en todo lo que podía. A Viorica le encantaba el tiempo que pasaba con él. Todo el tiempo. Daba igual que le estuviera hablando apasionadamente de deportes o de cine. Ella absorbía absolutamente todo lo que él decía.

Le encantaba acurrucarse en sus brazos viendo ese aparato que llamaban televisor. Veían juntos series, películas... cualquier cosa siempre que le permitiera estar abrazada a él. Y Logan adoraba esas veladas, porque le permitían simplemente estar con ella. A veces estaban sus primas, pero normalmente estaban a solas.

Llegó el día en que Naunet decidió que era hora de que Viorica empezara a mezclarse con la gente.

—Vio —entró en el dormitorio de la chica, que levantó el libro que leía—, creo que deberías ir a la peluquería mañana. Ya te he pedido cita.

—¿Peluquería? —La chica la miró un poco sorprendida. Ese término no lo conocía.

—Sí, es el sitio donde te arreglan el cabello. —Naunet se sentó a su lado y levantó un poco del espeso pelo de la chica, que le llegaba por debajo de la cintura—. Deberías cortártelo un poco, más a la moda y que sea un poco manejable.

La muchacha la miró consternada. En su época, solo las mujeres de mal vivir y las monjas se cortaban el pelo.

—No pongas esa cara. Lo primero es que tienes las puntas abiertas y hay que sanearlo. Y, también, ten en cuenta que al lavártelo después en casa, es difícil de manejar.

Viorica asintió, aún un poco triste. Sabía que los hábitos higiénicos de esa época eran muy distintos de los de la suya. La primera vez que vio una ducha, se asustó y más cuando Naunet la abrió.

Mariah tuvo que demostrarle que no pasaba nada, mojándose ella el brazo. Le enseñaron a

regular el agua y la dejaron sola. La primera vez fue un auténtico desastre, pero a pesar de ello, Viorica se aficionó con rapidez, sobre todo por la comodidad del agua caliente. Era cierto que le había costado muchísimo secar su enorme mata de pelo.

—¿Muy corto? —Señaló con el dedo la foto de una actriz con el pelo estilo chico que salía en una revista que le había dado Victoria.

—No. Yo lo llevo más largo. —Naunet señaló su propio cabello—. Rose, Mariah y Victoria, también lo llevan largo. Quizá lo mejor sea que te lo dejen por mitad de la espalda. —Indicó más o menos el trozo a cortar—. ¿Ves? Te queda lo suficientemente largo como para que puedas hacerte diferentes peinados. Más adelante, si te sientes cómoda, puedes volver a cortártelo.

—¿Me acompañarás? —Aún no se sentía del todo cómoda ella sola y la mayor lo entendía.

—Claro —le acarició con suavidad el pelo—, pero intentarás ser tú la que te expliques y, si te atascas, yo te ayudo.

Viorica asintió y sonrió.

Al día siguiente, se presentó en la peluquería. Naunet explicó que era una prima suya de Rumanía, que había quedado huérfana y se había ido a vivir con ella. Las chismosas del pueblo asintieron, pero por dentro estaban deseando salir para ir a esparcir el rumor de que la hija bastarda de la hechicera por fin había aparecido en el pueblo.

Naunet no hizo caso, aunque sabía qué era lo que iba a ocurrir. Se limitó a sentarse con una revista, mientras Viorica intentaba explicar que quería que le cortaran el pelo por mitad de la espalda, nada de más corto.

La peluquera asintió y le lavó el pelo.

—Tienes un cabello precioso y el color es maravilloso.

—Muchas gracias.

Cuando le estaban cortando el pelo, Eris entró. Echó un vistazo aburrída, y enseguida se puso tensa al ver a Viorica. No sabía por qué, pero esa chica le sonaba muchísimo, a pesar de estar segura de que no la conocía.

Al acercarse más a ella la reconoció. Era la chica del dibujo de Logan. La estudió disimuladamente y se enfureció al llegar a la conclusión de que esa chica no valía ni la mitad que ella.

Viorica sentía algo extraño. La última persona que había entrado en el local, «peluquería», se recordó a sí misma, le daba malas sensaciones. Intentó atisbar quién era, pero no se podía mover, ya que podían hacerle un trasquilón si lo hacía, como le había advertido la peluquera.

Intentaba seguir la conversación que la chica había iniciado con ella. Le era un poco complicado, pero la chica se tomaba a bien sus equivocaciones y ambas reían divertidas. Pero desde que había entrado esa última persona, se sentía un poco tensa.

Naunet la escuchaba reír y sonreía para sí misma. Viorica era una persona tan especial y ponía tantísimo de su parte, que no tenía ninguna duda de que se adaptaría muy bien a aquella vida. Ella también notó la corriente de animosidad cuando Eris entró en el local. Sin embargo, ella sí que pudo echar un vistazo alrededor y localizar a la persona que emitía esa energía negativa.

—Eris, eres la próxima. —La otra auxiliar de peluquería estaba terminando con una de las señoras que más deseando estaba de salir de allí para empezar a cotillear.

Viorica la miró con los ojos muy abiertos a través del espejo. Ambas habían reconocido el nombre de la chica que acosaba a Logan y Naunet, que sabía que Eris había visto el dibujo que el

chico había hecho de la joven Popescu, supo que ella también sabía quién era Viorica. De ahí la energía negativa y la furia que sentía en torno a la joven rumana.

Hizo un gesto inapreciable con la mano, despejando un poco las energías a su alrededor, e intentó tranquilizar a Viorica con la mirada. La joven asintió, asimilando de inmediato que era mejor no hacer caso a la chica morena y seguir a lo suyo, como si no supiera quién era.

Eris se las ingenió para acabar sentada al lado de la rubia.

—Hola, eres nueva en Penzance, ¿verdad? —Intentó imprimir simpatía a su voz, pero le salió forzada.

—Sí, soy Viorica Popescu. —La chica rubia esbozó una sonrisa—. Soy prima de Naunet Relish y he venido a vivir con ella —se ciñó a la historia que habían ideado.

—Ah, ya decía que no te había visto por aquí nunca. Soy Eris Blackhurst. Te daría la mano, pero no sería seguro para nuestras melenas.

Ambas se echaron a reír, pero se notaba que no estaban a gusto la una con la otra.

—¿De dónde eres? —la chica morena prosiguió con sus preguntas.

—De Rumanía. De la región de Valaquia.

Eris frunció el ceño. ¿De qué le sonaba ese nombre? Valaquia... No le venía a la mente pero sabía que lo conocía.

—¿Vas al instituto?

Viorica tomó aire. Se estaba poniendo muy nerviosa y, de esa forma, se trababa más. No quería darle esa satisfacción.

—¿El curso? —Ante el mudo asentimiento de Naunet, sonrió imperceptiblemente—. El curso que viene.

—¿Y eso? Podrías ir ya este año. Yo podría presentarte a gente.

Naunet se tensó, esperando el momento para intervenir.

—Oh, gracias. Es muy amable por tu parte —el acento extranjero de la chica daba una musicalidad original a sus palabras—, pero mi dominio del idioma no es suficiente como para entender las clases —hablaba lenta y cuidadosamente—. Y mi prima y yo hemos considerado que era mejor esperar al curso que viene. En este tiempo, mejorar mi idioma.

—Hablas muy bien. —La oficial de peluquería que atendía a Eris las escuchaba con atención y su compañera sonreía ante las palabras de Viorica—. Un poco extraño, por tu acento, pero muy bien.

—Oh, muchas gracias. —La sonrisa de Viorica se acentuó.

—De todas formas —Eris volvió a reclamar atención con sus palabras, un poco enfadada—, necesitas conocer gente.

En ese momento, Rose, que había visto a Naunet desde la ventana, entró a tiempo para escuchar las últimas palabras de Eris.

—Oh no, no lo necesita. —La voz de la joven Williams sonaba mordaz—. De hecho, es mejor que no le presentes a los que tú consideras tus amigos a Viorica o te quedarás sin ellos. Ella es mucho más interesante que tú. Estás muy guapa, Vio.

Eris asesinó con la mirada a Rose a través del espejo, deseando poder responderle, pero antes de que pudiera decir nada, la auxiliar que peinaba a Viorica, encendió el secador, impidiendo la conversación.

—¿Quieres hora, Rose? —La recepcionista, un par de años mayor que la pelirroja, le sonrió.

—Oh no, Sheryl. Hoy no. Aún aguanto. —Agitó su pelirroja melena un par de veces,

provocando más sonrisas.

Cruzó un par de miradas con Naunet antes de asentir y salir. El tema estaba controlado allí, así que no se preocupaba mucho.

Fue en busca de su primo para indicarle lo que había visto y escuchado en la peluquería. Logan se rio mucho al ver el corte que le había dado Rosie a Eris, pero temía que la tomara con Vio después de eso, pero Rose le tranquilizó. La joven tenía suficientes recursos como para defenderse.

Se encontraron en una de las cafeterías del pueblo y Logan se quedó sin aliento al ver a la chica que le había robado el corazón. Estaba preciosa con ese nuevo corte de pelo. Ya no se le veía tan pesado ni tan tirante hacia abajo. De hecho, incluso se le veía algo alborotado. Cuando Mariah y Victoria llegaron, también alabaron el cambio.

Se quedaron allí, entre risas y bromas, y Eris los vio al pasar. Se le encendió la sangre, sobre todo cuando vio a esa desconocida, que no lo era tanto, acariciar la mejilla de «SU» Logan. Eso no iba a tolerarlo.

Con una sonrisa malvada en el rostro, se dirigió al despacho del pastor Evans.

—Disculpe, pastor. —Puso su mejor cara de no haber roto un plato en su vida.

Henry levantó la cabeza y se encontró con la joven Blackhurst, a la cual apreciaba.

—Hola, Eris. —La invitó a pasar con un gesto.

—Sé que es meterme donde no me llaman —la joven puso cara de preocupación y se sentó frente a él. Henry alzó una ceja, sorprendido—, es que esta mañana me he encontrado a la señorita Relish en la peluquería. Acompañaba a una chica que dice ser su prima, pero...

Dejo el resto de la frase en el aire, sabiendo que ya habrían llegado los rumores a oídos del pastor.

—Eso son habladurías, Eris. —Su tono no era tan duro como pretendía. Por lo que había oído, la chica se parecía demasiado a Naunet como para ser una simple prima.

—Lo siento, pastor. —Se encogió de hombros con un gesto de disculpa—. Pero realmente lo que quería decirle es que he visto a su hijo y a sus sobrinas con la señorita Relish y su... pupila —fijó sus ojos en él, llenos de preocupación—, en una cafetería. Sé que no es nada malo, pero pensé que le gustaría saberlo.

—Sí... gracias, Eris. —Henry se había quedado pensativo. Logan le había dicho que no había ido a la casa del acantilado, pero si la veía fuera...

—Pastor, tengo que irme. —Eris se levantó, sabiendo que había logrado su objetivo y a Logan le prohibirían ver a la desconocida rumana.

—Eris, un momento —Henry alzó la vista hacia ella—, ¿hablaste con la chica esta mañana?

—Sí. —Se extrañó ante la pregunta.

—¿Y es...? —Se quedó pensando un momento—. ¿Es extranjera?

Eris valoró la pregunta. No sabía por qué la había hecho, pero no le hacía ningún mal responder con la verdad. Al fin y al cabo, la misma chica lo había admitido.

—Sí, me dijo que es de Rumanía.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé, pastor. No me lo dijo. Pero me dijo que iría al instituto el año que viene, así que creo que tiene nuestra edad o un año más pequeña.

—Gracias, Eris. —Le cuadraba. Naunet se había pasado cuatro años en Rumanía y se había ido el año antes de nacer Logan. Así que sí que podría tener una hija rumana de esa edad o un año más

pequeña.

Cerró los ojos mientras se obligaba a relajarse. No se dio cuenta de cuando salió Eris del despacho. Abrió los ojos y se levantó, tomando una decisión. Tenía que alejar a su familia de la influencia de Naunet y de su hija, porque en el fondo, él ya había decidido que la chica era su hija.

Llegó al centro del pueblo y, mirando a través de las ventanas de los locales, los vio. Naunet reía de algo, mientras su hijo seguía hablando. Parecían todos felices y contentos. La furia empezó a crecer dentro de él. Le había dicho a Logan que se mantuviera alejado. Su hijo nunca le hacía caso, nunca, y encima, esa vez, arrastraba a sus primas. Tendría que hablar con sus cuñados, pero sabía que se pondrían de su parte.

Como si le presintiera al otro lado del cristal, Naunet levantó la mirada y se enfrentó con los ojos furiosos de Henry. Se levantó enseguida y salió para intentar calmarlo y que no montara el espectáculo dentro del local.

—Henry.

—Le dije que se mantuviera alejado de ti, que no eres buena influencia. —Los ojos oscuros del hombre echaban chispas, pero ella no se arredró.

—Lo que pasara entre nosotros no tiene por qué afectar a tu hijo.

—¡Nuestros hijos, querrás decir! —Estaba alzando demasiado la voz.

—¿Nuestros?

—¿En serio te has creído que alguien de este pueblo no sabe que esa chica es tu hija, Naunet? ¿En serio?

—Viorica no es mi hija. Es la hija de una prima rumana. —Naunet seguía ciñéndose a su historia, esa que sabía que nadie creería, pero la verdad era aún más increíble.

—Naunet. Te fuiste cuatro años a Rumanía hace dieciocho años. ¿Cuántos tiene? ¿Diecisiete, dieciséis? —Había un tono de suficiencia en su voz, un tono de «ya sabía que no eras lo que parecías».

Eso la enfureció. Sabía que todo el pueblo la juzgaba, que todo el mundo hablaba de ella, pero Henry no era nadie para adoptar ese tono con ella.

—Tiene dieciséis, Henry. No, no es mi hija por mucho que te empeñes en ello. Pero si quieres creerlo, allá tú, pastor Evans.

—No quiero que mi hijo se acerque a ella. Voy a hacer todo lo posible para impedirlo.

La dejó allí, en la calle y entró en la cafetería, sacando a su hijo y a sus sobrinas a rastras, mientras Viorica le miraba asombrada y asustada.

Logan se revolvía contra su padre, mientras intentaba disculparse con la joven, pero era imposible.

Todo el mundo en la cafetería miraba el espectáculo.

Naunet había entrado, intentando poner orden para finalmente quedarse con la joven Popescu, las dos desoladas. Cogió aire y se enfrentó a las miradas de todos, yendo dignamente a pagar.

—Va a ser más difícil de lo que pensaba —dijo cuándo se encontraron finalmente a solas en la calle.

—¿Por qué me odia?

—Porque tiene el orgullo herido y quiere herirme a mí.

Se cogieron del brazo para ir a casa.

Capítulo 11

Se apartó de la ventana cuando Naunet entró en la habitación. La sonrió tristemente, mientras ella le acariciaba el pelo.

—Pasará.

—¿Cómo puedes estar segura? —Sus ojos volvieron a buscar la luz encendida de una habitación, en la casa de al otro lado de la playa.

—Porque nadie puede con el destino.

—Les echo de menos. —Apoyó la cabeza en el hombro de la que ya consideraba su hermana mayor, casi como su madre.

A Naunet no se le pasó por alto el uso del plural. Sabía que echaba de menos a Logan, pero no se había dado cuenta hasta qué punto también las chicas se le habían hecho indispensables.

—Nunca tuve amigas. —Parecía que Viorica le había leído el pensamiento—. Nuestra vida era más...

—Lo entiendo. ¿Tú hermana tampoco?

—No vivíamos en la aldea, sino un poco alejadas. En invierno solo íbamos dos veces a la semana. El resto del tiempo, había mucho que hacer.

—La vida era dura, ¿no?

Viorica se giró, con una sonrisa nostálgica.

—Visto desde la perspectiva de ahora, sí que lo era. —Se sentó en la cama y Naunet lo hizo en una silla frente a ella, dispuesta a escucharla—. Nadie me ha preguntado por esto hasta ahora. Era feliz, por supuesto que sí. —Su mirada se perdió en algún punto de la ventana—. Pero era duro. No te lo voy a negar. Teníamos que trabajar mucho y sabíamos que jamás tendríamos para tener más de dos vestidos o una capa simplemente porque nos gustara. No teníamos lujos ni caprichos, pero al menos teníamos un techo y comida.

—¿Te hubiera gustado que fuera diferente?

—No sabría decirte. Si me hubiera quedado, mi vida hubiera cambiado para mal, lo más seguro. Pero habría chicas que hubieran matado por tener la oportunidad de servir en el castillo del voivoda.

—¿A pesar de la fama que ya tenía?

—A pesar de eso. Siempre piensas que puedes tener la suerte de librarte o de que no va a ser tan malo. Incluso eso es mejor que lo que dejas atrás.

—No era tu caso.

—No, no lo era. —Volvió a mirarla, con una sonrisa sincera—. Mis padres nos amaban, a pesar de que de vez en cuando mi padre nos golpeará o nos gritará. Mis hermanos mayores eran agradables y nos cuidaban. Y Doina... —Se mordió el labio—. Doina era lo mejor.

—¿Los echas de menos?

—Mucho. No es que me encuentre mal o sola aquí —se apresuró a afirmar, para no provocar un malentendido—. Eran mi familia.

—Es lógico que los eches de menos, son tu familia.

—Gracias. —Su sonrisa fue más amplia y más sincera—. Lo único que querría saber es qué fue de ellos después de que yo me fuera. El voivoda no se tomaba muy bien que no se cumplieran sus órdenes.

—Supongo. Bueno, déjame ver si puedo averiguar algo. Será algo complicado, pero puedo intentarlo.

—Gracias, Naunet.

—Y tranquila —se levantó de la silla—, todo volverá a estar bien. —Señaló la ventana sonriendo.

Logan estaba tirando una pelota contra la pared cuando entró su padre.

—Baja a cenar.

—No.

—Logan, baja a cenar ahora mismo.

—No.

Henry se enfrentó a los ojos verdes de su hijo.

—Es por tu bien.

—No, es por tu orgullo.

Se retaron de nuevo con la mirada.

—No comerás nada hasta mañana.

—Perfecto.

—Tu madre hizo tu plato favorito.

Logan adoraba el asado que hacía su madre. Con su acompañamiento de puré de patatas y tan jugoso que se deshacía en la boca. El fantástico olor del asado le llegó desde abajo.

—Dale las gracias de mi parte, pero me estropearás la cena.

Henry entrecerró los ojos, pero respiró profundo antes de decir nada.

—Tú verás, hijo. Es por tu bien.

Cerró la puerta tras de sí, dejando a Logan furioso.

—No, es por tu orgullo y nada más.

Volvió a tirar rítmicamente la pelota contra la pared. Llevaba sin salir de su cuarto, excepto para lo más absolutamente imprescindible como ir a clase o al baño, cerca de dos semanas. Iris le subía comida cuando su padre no estaba e intentaba animarle a salir.

No podía hablar con sus primas, excepto en clase, y allí solo con Rose y Mariah. Ambas estaban también castigadas, aunque Rose había podido mandarle un par de sms a Naunet y supo que Viorica también les echaba de menos. Victoria estaba en Londres, con su tía Alison, y su tío Bill estaba furioso.

Lamentaba el lío en el que había metido a sus primas. Pero todos sabían de quién había sido la culpa y Eris ya empezaba a sentir las consecuencias de ello. Si Logan era antes frío con ella, ahora el trato era totalmente gélido e inexistente.

Rose se las apañaba para hacerla quedar como una idiota siempre que podía, que era muchas veces, y Mariah incluso la dejó encerrada en el baño de forma que se perdió un examen muy importante, mientras todo el mundo pensó que se lo estaba montando con Ariel, ya que el chico tampoco asistió al examen. Ambos suspendieron sin que el profesor tomara en cuenta sus excusas.

Pero eso no aliviaba a Logan de su tristeza. Quería ver a Viorica. Abrazarla, hablar con ella y simplemente... estar con ella.

La puerta se volvió a abrir y Logan se preparó para otro enfrentamiento con su padre, pero se llevó una sorpresa. Era su madre la que entraba, llevando una bandeja con un plato completo y un vaso con agua.

—Logan, tienes que hacer las paces con tu padre. —Dejó la bandeja encima de la mesa y se sentó a su lado, acariciándole el pelo como cuando era niño.

—Mamá —la abrazó y escondió la cabeza en su regazo—, ¿por qué es tan cabezota?

Gillian no pudo más que sonreír ante la pregunta de su hijo, que era igual de cabezota que su marido.

—¿Y tú?

—Viorica no ha hecho nada. Y yo tampoco.

—Te prohibió... te prohibimos ver a la señorita Relish.

—Me lo prohibió él y porque es un orgulloso.

—No hables de lo que no sabes, Logan.

Logan suspiró. Su madre no le entendía.

—Naunet me explicó.

Gillian apretó los labios al oír a su hijo llamarla por su nombre.

—Te explicó su versión, supongo.

—Mamá... —Logan se incorporó un poco para mirarla a los ojos—. Ella me dijo que tú tenías miedo.

Cerró los ojos para no enfrentarse con la mirada de su hijo. No podía hacerlo, no podía admitir frente a él que después de 20 años de matrimonio, no estaba segura de que su marido la amara o la hubiera amado en algún momento.

—Ella se equivoca.

—No creo que se equivoque. También me dijo que tú eras una persona especial.

Le miró. Jamás había sentido aprecio por Naunet Relish. Siempre se había sentido celosa de ella, porque era lo que jamás lograría ser, y porque Henry, a pesar de todo el tiempo que había pasado, aún seguía pensando en ella.

—Ella no piensa ya en papá de esa forma. —De alguna manera, Logan había conseguido averiguar lo que estaba pensando su madre—. Ella solo le recuerda con cariño, nada más.

—Pero tu padre... —Suspiró, no quería abrirse con su hijo, pero todo lo que llevaba dentro amenazaba con desbordarse.

—Mamá, lo que sucedió con ella hirió el orgullo de papá. Sabes lo rencoroso que puede llegar a ser.

Nadie mejor que ella conocía al pastor Evans. Sabía que podía llegar a ser muy rencoroso y más si herían su orgullo.

—Supongo que sí.

—De todas formas, Viorica no tiene culpa de lo que pasó entre papá y ella. Y yo tampoco. Ni las primas. Nos estáis castigando por algo que ni provocamos ni fuimos culpables.

La lógica de lo que decía era aplastante.

—Anda, cena, que se enfría. —Le dio un beso en la frente—. Hablaré con él pero no te prometo nada.

—Gracias, mamá. —Logan la abrazó, con una sonrisa de oreja a oreja. Sabía que lo más seguro era que su madre no lograra nada, pero también que lo intentaría.

Se comió con apetito todo lo que había en el plato, ante la atenta mirada de su madre. Gillian se sentía triste. Sus hijos crecían, pronto abandonarían el nido y ella se encontraría allí, sola, con un hombre que no sabía si la amaba o no. Sabía solo lo que Henry le dejaba saber y no se había preocupado nunca de averiguar nada más. Había sido su culpa, pero se sentía tan feliz de ser su esposa, que no pensó en absolutamente nada más.

Ahora se veía ante la tesitura de pasar el resto de su vida con un hombre que ni conocía, ni creía que llegaría a conocer nunca. Era su cruz, era lo que había decidido en su momento, y tampoco se arrepentía, porque tenía a sus tres maravillosos hijos.

—Logan —esperó a que su hijo le mirara—, ¿Eris Blackhurst no fue esa chica con la que salió Jeff?

Asintió mientras tragaba, antes de hablar.

—Sí, estuvo con ella el verano antes de ir a la universidad.

—Pero es de tu edad, ¿no? —Se esforzó en recordar a la chica que había ido de vez en cuando por su casa.

—Sí, estamos juntos en clase.

Asintió, recordándola por fin. Una morena de ojos verdes, que desde el primer momento no le dio buena espina, pero que Henry decía que era por su instinto maternal, que jamás le caerían bien ninguna novia de sus hijos. Pero el tiempo le había demostrado que ella tenía razón, ya que había visto sufrir mucho a su hijo mayor por esa chica, aunque él intentaba ocultarlo.

—¿Es amiga tuya?

Logan estudió a su madre. Se preocupaba más por los amigos de Iris que por los suyos, sobre todo porque él solía ir con sus primas. Supo que su madre lo estaba intentando, estaba intentando ser una madre con él y sonrió.

—No. Le hizo demasiado daño a Jeff. Además... —Se quedó un momento callado. Pero por otra parte, no era culpa suya—. Bueno, creo que Eris dejó a Jeff porque... porque le gusto yo —dijo esto último con la mirada baja, ruborizado.

Gillian frunció el ceño.

—Pero tú no hiciste nada por fomentarlo, ¿no?

El chico abrió los ojos como platos y negó repetidamente con la cabeza.

—Por supuesto que no. Además... no me gusta. Pienso que es demasiado artificial, demasiado... —buscó el término correcto.

—¿Arpía? —terminó ella con una sonrisa, sin saber que era exactamente como sus sobrinas la llamaban.

Logan se echó a reír y abrazó a su madre.

—Mariah y Rosie la llaman así.

Estuvieron hablando un buen rato, antes de que ella se fuera, llevándose la bandeja a la cocina.

—Es hora de dormir, Logan.

El chico asintió y le dio un beso.

—Mamá...

—Dime.

—Gracias.

Gillian sonrió.

—Pero no te prometo nada.

—Lo sé, pero lo intentarás y es lo que importa.

Salió de la habitación y lo dejó solo.

Pensativo, se cambió de ropa y, en pijama y con la luz apagada, se acercó a la ventana.

—*Te iubesc, Viorica.* [\[7\]](#)

Se metió en la cama y permaneció un buen rato aún despierto.

Su madre bajó a la playa. Se quedó allí, en la oscuridad, mirando la casa de la mujer que se suponía que odiaba. Se había dado cuenta de que no la odiaba. Como bien había dicho su hijo, le tenía miedo.

Capítulo 12

Logan se sentó en la arena fría de la cala. Había cogido la bicicleta para irse a la cala que consideraba su lugar especial, fuera del pueblo, para reflexionar sobre todo lo que estaba ocurriendo en su vida y cómo se estaba descontrolando todo.

Las cosas se habían tranquilizado un poco. No sabía cómo, pero su madre había conseguido ablandar algo el castigo e incluso había invitado a Viorica a cenar. La cena fue todo lo bien que podría haber ido, teniendo en cuenta que su padre estuvo toda la velada con cara seria y hablando solo con monosílabos. Pero su madre y su novia congeniaron bastante bien, y Gillian estaba encantada con la novia de su hijo. Iris también había empezado a adorarla y le preguntaba por ella a menudo. Henry... bueno, su padre simplemente fruncía los labios cuando escuchaba a su hija preguntar por la joven o su esposa decía algo sobre ella.

Eris seguía intentando hacer las paces con él, con nulos resultados. La verdad es que la obstinación de la morena le molestaba. Había llegado al punto de interrumpir un par de citas que había tenido con su novia y la joven rubia cada vez tenía menos paciencia con la pretendiente de su novio. Más de una vez, había visto una expresión de puro odio en los ojos claros de la chica. Más le valía a Eris no tocarle mucho las narices a su novia o conseguiría salir mal parada, según le parecía a él.

La relación con su prima Victoria también se había resentido. Le echaba la culpa de su castigo en Londres y estaba enfadada, con él y con sus otras dos primas, por seguir siendo unos inconscientes. Pero tanto Mariah como Rose seguían a su lado, apoyando y ayudando.

Sin embargo, lo que más le preocupaba era su propia relación con Viorica. Se habían estabilizado, ya eran una pareja normal. Bueno, todo lo normal que podría ser una pareja cuando uno de sus miembros había nacido en 1444. Había veces que la sentía demasiado lejos, que sentía que jamás lograría entenderla.

Hacía todo lo posible por adaptarse a ella, por intentar seguirla y ponerse en su lugar. Al fin y al cabo, era ella la que había renunciado a su familia y su vida para estar con él. Sabía, que era muy difícil adaptarse de la Edad Media al siglo XXI. No solo había cambiado hábitos y costumbres, sino que el papel de la mujer era totalmente distinto. Ya no se limitaban a estar bajo el yugo del hombre, ya fuera su marido o su padre, sino que eran totalmente independientes.

Era una de las cosas que menos le había costado a la joven de asimilar, quizá. Su naturaleza impulsiva, reflexionó para sí mismo, le había hecho aceptar mejor el hecho de que no tenía que rendir cuentas a nadie más que a sí misma de lo que hacía. Un mundo de posibilidades se le había abierto. Ya no tenía que ser lo que le dijeran que fuera, podría ser lo que ella quisiera ser.

Logan intentaba ayudarla en esa transición, dejándole libertad de acción, pero aún se sorprendía, quizá un poco dolorosamente, de lo poco que la joven parecía depender de él para algunas cosas. Ya no le pedía tanta opinión como al principio, para todo. De hecho, ahora parecía apoyarse mucho más en Rose o en Mariah que en él.

«Estás celoso de tus primas», sonrió tristemente al llegar a esa conclusión. A ver, obviamente quería que su chica fuera independiente, que fuera lo que ella quería ser. Estaba muy orgulloso de todo lo que había conseguido. Había aprendido el idioma en un tiempo récord. Había conseguido que sus primas la quisieran simplemente por ser ella. Su madre y su hermana la adoraban por ser natural. Y él... él estaba enamorado como un tonto de ella. Le daría todo. Todo lo que pidiera y mucho más.

Pudiera ser que el problema fuera que no le pedía nada. Es más, era siempre ella la que daba.

No dudaba que ella estuviera igual de enamorada de él. Para nada. De hecho, se lo demostraba siempre. Todos los días tenía algún gesto, alguna mirada, alguna sonrisa especial para él que conseguía que su corazón saltara de alegría y que sonriera como un idiota, que se quedara sin palabras. Simplemente con mirarla, recibir una de sus naturales sonrisas que le prometían mucho más, se sentía el hombre más poderoso del mundo. La tenía a su lado y le dedicaba esas sonrisas. Esas miradas. Esos gestos. Por eso se sentía el hombre más poderoso y más afortunado del mundo.

Sabía que le envidiaban. Algunos compañeros suyos les habían visto y a la mañana siguiente le preguntaron por «esa chica tan preciosa que ayer estaba contigo». Él había sonreído orgulloso, hasta que Eris se metió... y Ariel se metió... y acabaron discutiendo los tres, ganándose una reprimenda del profesor y una visita al despacho del director. Afortunadamente, el caso no pasó a mayores y se libró con eso nada más.

Esa era otra. Ariel. Porque ya no era solamente Eris la que intentaba malmeter, de ella podría entenderlo, no del todo, pero podría simplemente entender que le gustaba y era de esas personas sin escrúpulos que le importaba tres pimientos los sentimientos de los demás siempre que ellos consiguieran lo que querían. Le daban pena las personas así, pero si ella era así, no podía hacer nada por impedirlo. Pero... ¿Ariel? No había tenido nunca ningún problema con él, quitando la pelea por el tema de Rose, pero esa pelea había sido lógica. Nadie en su sano juicio se metía con su prima y no esperaba que él saliera a dar la cara por ella. No entendía el por qué de su acoso y derribo. Después de la escena en la que él se fue con Eris a la playa, no habían tenido ningún roce más. Habían seguido cada uno con su vida, sin meterse en la del otro. Incluso se podría decir que se toleraban, pero con la aparición de Viorica en Penzance, el chico había vuelto a recibir sus ataques.

«Tendrá celos de ti. De que tú tienes una chica preciosa a su lado y él no».

Un golpe de brisa le despeinó. El olor a océano inundó sus fosas nasales y cerró los ojos, respirando profundamente el aire marítimo tan vivificante. Las gaviotas sobrevolaban la pequeña playa cuando él se levantó para andar un poco. Se quedó mirando al horizonte, despejando un poco la mente de todo lo que le preocupaba. Simplemente disfrutando de un momento de paz y tranquilidad pero no podía.

No podía dejar de pensar en lo que de verdad le preocupaba. El motivo por el que realmente se encontraba en la cala esa mañana de sábado, en vez de estar en su casa o en casa de su abuela, refugiado en la buhardilla con los libros de su abuelo.

Lo que le preocupaba realmente, lo que le hacía sentirse culpable, era lo sucedido la noche anterior.

Había ido a pasear con Viorica a una de las playas del pueblo. Allí, bajo la luz de la luna, y con el sonido de las olas de fondo, se habían sentado. Habían hablado un poco de todo y de nada, porque lo que realmente les importaba era estar juntos, nada más. Entonces, por un golpe de viento, ella se había refugiado entre sus brazos, riendo, protegiéndose un poco del frío y él la había besado. Un beso había llevado a otro y las hormonas de ambos habían tomado el control. La sentó sobre su regazo, sin dejar de besarla, y metió la mano por debajo de su camiseta, acariciando suavemente su espalda. Ella se tensó un poco, pero aun así, siguió respondiendo a sus besos y caricias. Fue cuando llevó su mano hacia el frente, cuando acarició su vientre cerca de sus pechos cuando ella se levantó como si quemase.

—Esto no está bien.

No fueron sus palabras lo que le dolieron. Fue su tono y ver sus ojos llenos de lágrimas. Le dolió porque pensó que la había llevado demasiado lejos. Sabía, lo sabía perfectamente, que ella tenía una forma de pensar completamente distinta a la suya en estos temas, que lo que para él era normal, para ella era algo que solo se debía hacer una vez estuvieran casados.

Ella se lo había explicado, que la educación que había recibido le impedía que se dejara llevar en algunas cosas. ¿Y qué hacia él? Meterle mano como un desesperado a la primera ocasión que había encontrado. La deseaba, claro. A ver, tenía ojos, su novia era preciosa y tendría que estar muerto para que no le pusiera. Pero, incluso aunque no fuera tan bonita, él la seguiría deseando, porque él no amaba a Viorica por su cuerpo, por sus preciosos ojos o por su carita de muñeca. Él la amaba porque era divertida, natural, amable y se comía la vida a bocados. Amaba el sonido de su risa y la forma que tenía de girarse y guiñarle el ojo. La amaba porque ella era tan bella en su interior como lo era en su exterior o incluso más.

Tenía miedo. Miedo de presionarla a hacer algo que ella no deseara o no viera correcto. Miedo de obligarla, simplemente por pensar que le pudiera perder. Sabía que eso pasaba. Chicas que por miedo a perder a su pareja, se entregaban sin estar seguras de hacerlo. Él no quería eso. Logan quería que Viorica tuviera todo y eso incluía hacer el amor cuando ella estuviera preparada, por mucho que él se quemara en su deseo.

Hablaría con sus primas. Quería preguntarles su opinión acerca de cómo proceder y también quería saber si Vio les había comentado o preguntado algo. También hablaría con Naunet, porque si había alguien con quien la joven tuviera confianza, y para estas cosas se necesitaba mucha confianza, era ella. E incluso, sí, también podría hablar con su madre, que quizá fuera la persona que mejor le podría aconsejar acerca de cómo tratarla. Seguro que su madre podría orientarle.

Con esa determinación, volvió hacia donde había dejado su bicicleta. Miraría a ver qué películas ponían en el cine esa noche e invitaría a Viorica a ver alguna. La haría reír y olvidar lo que había sucedido la noche anterior. La mimaría como se merecía, solo por el placer de hacerlo y porque podía.

Mucho más tranquilo y más aliviado con sus decisiones, fue hacia su casa.

Viorica paseaba también por la playa. Había pasado una mala noche, se sentía mal por lo que había sucedido la noche anterior con Logan. No sabía qué le había pasado, bueno, sí que lo sabía. Se había dejado llevar por el pasado, en vez de limitarse a vivir el presente. Se sentó en una roca, pensativa, mirando el mar pero sin verlo realmente.

Los besos estaban bien. Es decir, ella había besado a Viktor cuando él la había cortejado y no era considerado un pecado muy grave. Si bien, era cierto que hubiera cogido un poco de fama de chica «ligera» si alguna de las matronas la hubiera visto besándose con él, era algo que se solía pasar por alto. No era algo que afectara a tu reputación realmente.

Las caricias por encima de la ropa... bueno, eso siempre era algo que había que manejar con cuidado. Es decir, un chico podía rozarte un pecho por encima de la blusa, pero dependiendo de las circunstancias, podías quejarte o no o quejarte solo un poquito. Lo suficiente como para que el chico pensara que estaba con una chica que se respetaba a sí misma y que cuidaba de su honor pero, sin embargo, dando margen para hacerle saber que te había gustado. Solo porque era él. No obstante, si

alguien veía a un chico que te rozaba así, debías darle una bofetada inmediatamente. Porque esto sí que podía manchar un poco, bastante poco en realidad, tu reputación.

Sin embargo, lo de la noche anterior, bueno, eso sí que te arruinaba por completo. Lo primero era haber estado a solas por la noche. Nunca, nunca, nunca, una buena chica se quedaba a solas con un chico que no fuera de su familia de noche. Cuando Logan le acarició la espalda, sintió que estaba mal, pero no demasiado mal. Es decir, la espalda no era uno de esos sitios por los que los chicos perdían la cabeza, ¿verdad? Por el contrario, cuando él acarició su vientre, tan peligrosamente cerca de sus pechos... Bueno, ahí sí que se había asustado.

El graznido de una gaviota la sacó de sus cavilaciones. Se estremeció un poco y se cerró la chaqueta. No es que hiciera frío realmente, pero la brisa marina venía húmeda y no era cuestión de coger un resfriado. Miró a su alrededor, pero la playa estaba tan vacía como cuando había llegado. Sonrió, dándose cuenta de que ahora sabía por qué le gustaba tanto el mar a Logan y lo mucho que le había llegado a gustar a ella. Su ritmo era relajante y no había problema, por pesado o grande que fuera, que no quedara un poco aparcado por el rítmico sonido de las olas.

Suspirando, volvió al tema que ocupaba sus pensamientos, porque el problema no era que Logan le hubiera acariciado. El problema era que a ella le había gustado. Al sentir su mano sobre su vientre, le había recorrido un escalofrío de placer por todo el cuerpo. Por un instante, deseó entregarse, ser suya allí, sobre la arena de la playa, con el sonido de las olas como única música. Eso era lo que realmente le asustaba. No estaba acostumbrada a desear tan vehementemente el pecar.

Siempre le habían dicho que si ella misma no cuidaba de su honor, ningún chico la querría. Ningún hombre quería una esposa que se dejara llevar por la lujuria. Debías mantener tu honra por encima de todo o serías una mujer perdida y de mala vida, y entonces solo te quedaba una salida. A pesar de ser una campesina, no quería acabar siendo una descarriada de la vida. Eso era lo que siempre le habían dicho, lo que le habían enseñado desde que era niña y lo que se había quedado grabado en su mente.

«Al único hombre que debes entregarte es a tu marido». «Una mujer no puede ser lujuriosa, ni siquiera con su propio esposo o este la despreciará». «Debes mantener tu honra, porque la honra de una doncella es el honor de su familia». Así una y otra vez.

En un hombre, era lógico que sintiera deseo, era natural que buscara aliviarse en una de las mujeres de mala vida que vivían en la cabaña de ventanas rojas de las afueras de la aldea. Allí solo vivían dos mujeres, pero alguna más, a veces, se quedaba allí un par de noches, de paso hasta [Târgoviște](#). Esos días, eran más hombres los que iban a la cabaña.

Eso era lógico, pero no que una mujer decente sintiera el mismo deseo. Una chica que sentía eso mismo o se dejaba llevar y perdía su honra, sabía que su destino era esa casita o una parecida en otra aldea o en la misma ciudad. Pero ya era una mujer perdida y condenada al infierno para siempre.

Eso era lo que le había asustado la noche anterior. La propia intensidad de su deseo. Saber que habría cerrado los ojos y se habría entregado a Logan sin ningún tipo de vergüenza o pudor. Y si hacía eso, no le cabía ninguna duda de que él la dejaría, por ser una mujer sin moral. Ningún chico querría estar con una mujer que se entregaba así, aunque fueran pareja. Esas cosas se hacían después del matrimonio.

No entendía muy bien los conceptos que regían para las parejas en esa época. Veía a chicas mostrando bastante más de lo que una chica decente en su época mostraría. Ella misma, a veces, se ponía cosas que su sentido del decoro le decía que no estaba bien llevar, pero entendía que las cosas

habían cambiado en ese sentido. Las chicas estaban más liberadas en ese aspecto y no sabía si eso regía para todos los aspectos de la vida.

Paseando por el pueblo, había escuchado a las mujeres mayores hablar sobre la ligereza de cascos de alguna chica o criticar que a alguien la habían encontrado con su novio en una situación embarazosa, por lo que había llegado a imaginar que ciertas cosas no habían cambiado y que a los chicos se les seguía perdonando el dejarse llevar por la lascivia, pero a las chicas no.

Había cosas que la confundían muchísimo, pero no se atrevía a preguntar. Es decir, ahora veía a muchas parejas besarse de una forma totalmente... bueno, de una forma que la hacía ruborizar. Ella besaba a Logan de la misma manera, pero únicamente cuando estaban a solas. Incluso los gestos más sencillos de cariño la hacían ruborizarse cuando estaban con las chicas o con Naunet.

Le daba vergüenza preguntar sobre esas cosas y, además, no sabía a quién hacerlo. No quería parecer una tonta con Rose y Mariah. Se moriría de la vergüenza si le tuviera que preguntar a Logan. La opción más sensata era Naunet. Además, era la que mejor la podía entender y le explicaría todo lo que necesitara. Sí, tendría que hablar con ella, y cuanto antes mejor.

Pero antes, incluso esa misma noche, tendría que disculparse con Logan. Se había comportado terriblemente mal con él la noche anterior. Si tenía mucha suerte, no la dejaría. No podría soportar que la dejara. Sin él, nada tendría sentido. Si no estaba con él, lo mejor para ella hubiera sido seguir en Valaquia y que el voivoda hubiera hecho lo que hubiera querido con ella.

Reflexionó sobre lo mucho que le amaba, porque realmente le amaba. No era como con Viktor que pensaba que le amaba. A Viktor le había tenido cariño, pero más bien era la sensación de seguridad que le hubiera proporcionado.

Logan era más. Simplemente más. No era solo que fuera guapísimo o que su sonrisa de niño travieso le derritiera o que le pudiera llegar al alma con una sola mirada de sus profundos ojos verdes.

Era como se sentía cuando la estrechaba entre sus brazos, como si por fin hubiera llegado a casa después de un largo viaje o la manera que tenía de coger su mano cuando iban todos juntos, a pesar de que no estuviera hablando con ella, solo para mantenerla cerca de él o como sonreía animándola cuando jugaba a algún juego de mesa con Rose y respondía bien a una pregunta. La hacía sentir... en las nubes. Eso era lo que más amaba de él, que la hiciera sentir en las nubes, pero estando allí con ella.

Se levantó de la roca y se estiró, dispuesta a volver a casa. Primero, hablaría con Naunet, le explicaría lo que había sucedido la noche anterior y le pediría consejo para poder solucionarlo. Después, intentaría hablar con Logan, porque si no estaba muy enfadado, a lo mejor le apetecería que se vieran esa tarde. Si estaba muy enfadado... Bueno, prefería no pensar en esa posibilidad.

—Vaya, vaya, vaya. Si está aquí la gitana rumana. —La voz de Eris la sobresaltó, sobre todo porque estaba llena de veneno—. ¿Qué haces aquí solita? ¿No están los guardaespaldas Williams para protegerte?

Era la primera vez que Eris la encontraba a solas. Normalmente iba con Naunet o con las chicas Williams o, y eso era lo que más le enfurecía, con Logan. Odiaba verla de la mano con él o cualquier gesto de cariño que tuvieran el uno con el otro. Lo odiaba porque Logan era suyo, no de esa zorra rumana que se había metido en medio, aún no sabía cómo, pero ya se las apañaría para que las cosas volvieran a ser como debían de ser.

—No sé a qué te refieres. Tengo prisa. —Viorica intentó irse, obviando el insulto.

—O tan deprisa. —Se puso delante de ella cortándole el paso.

—Mira Eris, no sé qué problema tienes conmigo, pero es mejor que te apartes.

—No te vas a ir hasta que me escuches.

Viorica puso los ojos en blanco y se cruzó de brazos, esperando a que la otra hablara.

—No sé cómo lo has hecho, pero realmente me da igual. Te has metido entre dos personas que tenían algo muy bonito porque no sé si lo sabes, pero Logan y yo teníamos una historia muy bonita y especial, que tú has jodido.

La joven rubia bufó, pero esperó pacientemente, porque suponía que había más.

—Su padre no te soporta y, sin embargo, a mí me quiere. —La morena se estaba encendiendo al ver que no conseguía sacarla de quicio—. Te lo advierto, se cansará de ti y entonces se dará cuenta de que no eres nada en su vida, porque eso eres nada.

Las últimas palabras habían alcanzado en el blanco, pero Viorica no lo demostró. Se mantuvo firme y la miró, cogiendo aire antes de contestar:

—Yo no he hecho nada. Si de verdad hubierais tenido una historia tan bonita, no se hubiera roto. Despierta, cuando a una persona le importas y tenéis algo en común, es muy difícil que porque otra persona aparezca eso se rompa. Si sucede, no era tan bonito o tan maravilloso cómo se creía. De todas formas, en el amor no se manda Eris, aunque tú creas que sí. Si finalmente, Logan y yo rompemos y esto no llega a ninguna parte, pues se ha roto. Si vuelve contigo, ojalá sea feliz. No entiendes una cosa, y quizá hasta que no la entiendas, no puedas seguir adelante. En el amor, no se trata solo de recibir. No es todo como tú quieres. Cuando realmente amas a una persona, lo darías todo por ella. ¿Lo darías tú todo por Logan?

La morena se quedó estática. ¿Daría todo por Logan? No lo sabía. Solo sabía que quería estar con él pero no sabía nada más.

—Eso imaginaba. —Viorica le dio la espalda, dispuesta a irse.

—¿Tú lo darías todo por él?

—Ya lo he hecho —fue la enigmática respuesta.

Eris se quedó mirándola, sin entender a que venía esa respuesta. Pero ella ya tenía la respuesta a la pregunta. No, no lo daría todo por él, porque no tenía por qué hacerlo.

Viorica fue hasta el pueblo pensando. Era cierto que lo había dado todo por él y volvería a hacerlo. Una y mil veces. Y sabía que Logan también lo haría por ella, así que Eris estaba equivocada, ella era algo para Logan. No llegaría a la temeridad de decir que lo era todo para él, como él lo era para ella, pero sí algo, algo importante.

Eris le daba mucha pena, pensándolo bien. Era una persona egoísta, que tenía una forma egoísta de amar. No puedes amar a una persona solo exigiendo, sin dar nada a cambio, porque ese amor acaba muriendo. La otra persona se cansa de dar sin recibir. Sobre todo había que entender que en una relación, siempre había alguno que tiene que ceder y hacerlo siempre el mismo, desgasta.

No era tan ingenua como para suponer que Eris se rendiría y los dejaría en paz. No, la morena estaba obsesionada con Logan y no pararía. Pero sabía que era difícil que pudiera entrometerse en su relación. Simplemente porque Logan era una persona que no merecía un amor semejante. Se merecía alguien que realmente le amara con todo su ser.

Quizá estaba equivocada o quizá no. Pero sabía que lo suyo con Logan era mucho más verdadero de lo que Eris pensara que había tenido con él o que pudiera tener si realmente en algún momento del futuro llegaran a estar juntos. Pero eso a ella ahora mismo no le preocupaba, porque

ahora, en ese preciso momento, lo que más le preocupaba era hablar con Logan, que se acercaba en bicicleta por la carretera.

—¡Logan! —le llamó con una sonrisa y su corazón saltó de alegría al ver la sonrisa con la que le respondía.

Capítulo 13

—Es una encerrona, Henry.

—No, no lo es. Tu hijo no se da cuenta de lo que de verdad necesita y es nuestro deber como padres enseñárselo. Esa chica no es buena para él.

Tu hijo. Siempre que su esposo no estaba de acuerdo con algo que hacían los niños, eran sus hijos, como si ella tuviera la culpa de que no cumplieran sus expectativas. Movi6 la cabeza, negando. En realidad, hicieran lo que hicieran, siempre serían sus hijos, en eso su marido tenía razón.

—Henry, no creo que traer a cenar a Eris sea la mejor idea.

—Tú invitaste a cenar a esa chica, ¿no? Pues ahora yo invito a Eris a cenar. Gillian, por favor, sabes que tengo razón.

No, no lo sabía porque no la tenía. Se enfrentó a la dura mirada de Henry, sin acobardarse. Tenía ese tono de censura que siempre la había hecho encogerse. Siempre había tenido miedo de perderle y eso se notaba en como cualquier mínima cosa que él le censuraba, ella se apresuraba a hacerla a gusto de su marido. Pero ahora no podía, porque estaba en juego la felicidad de su hijo. La de sus hijos, si era sincera consigo misma.

—¿Has pensado en Jeff?

—¿Qué tiene que ver Jeff con todo esto?

Obviamente, su cara de asombro y la pregunta desabrida le daba la respuesta que necesitaba. No, no había pensado en su hijo mayor porque jamás se había planteado que los sentimientos de Jeff por esa chica fueran más profundos de lo que el propio chico había querido aparentar después de la ruptura.

Henry no profundizaba en lo que no quería profundizar.

—Jeff sigue enamorado de esa chica, Henry. ¿Cómo crees que se sentirá tu hijo cuando sepa que estás empujando a su hermano a salir con la chica que él quiere?

—Eso es una tontería, Gillian. —Sí, lo consideraba una tontería. Jeff había roto con Eris, así que enamorado de ella no podía estar—. Jeff dejó a Eris. Además, fue hace dos años ya. No me vengas con excusas baratas. No te cae bien la chica, admítelo.

—No, no me cae bien, pero no por lo que piensas —se apresuró a seguir antes de que pudiera decirle nada—, sino porque le rompió el corazón a mi hijo mayor y no deja ser feliz a mi hijo pequeño.

Sus miradas se enfrentaron. Estaba sucediendo lo que nunca sucedía en esa casa. Le estaba plantando cara.

Henry no entendía por qué su mujer se empeñaba en alentar una relación que no era buena para Logan. Él sabía muy bien que esa chica solo le podía provocar problemas a su hijo, como a él le había provocado problemas su relación con Naunet y dudaba mucho que la hija se diferenciara de la madre en ese sentido, porque para él, Viorica era la hija de Naunet, por mucho que ambas lo negaran.

—Eso es una tontería. Eris vendrá a cenar esta noche y no se hable más.

Salió por la puerta de la cocina sin dar tiempo a su esposa a que dijera o hiciera nada más. Había dado sus órdenes y esperaba que las cumpliera. No entendía la tozudez de Gillian en este asunto, pero no iba a dejar que le estropeará lo que él consideraba el plan perfecto para que su hijo menor entrara en razón.

Por su parte, Gillian se había quedado en la cocina, sabiendo que nada que lo que dijera o

hiciera haría cambiar de opinión a Henry. Había tomado una decisión y, cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no había hombre más obstinado sobre la faz de la Tierra. Presentía que esa cena provocaría más problemas entre su marido y su hijo, aunque ella ya tenía muy claro de parte de quién estaba, por supuesto: de parte de su hijo.

Desganada, se puso a preparar la cena. A pesar de todo, no quedaría como mala anfitriona, aunque lo que en realidad quisiera hacer era poner a esa insufrible chica de patitas en la calle.

Logan se apresuró a llegar a casa. Se había retrasado con su prima Rose en casa de su abuela y si había algo que su padre odiara con toda su alma, era que llegaran tarde a cenar y más cuando tenían invitados, como esa noche. Aunque no sabía quién sería la persona que estaría en casa.

Entró por la puerta de la cocina, encontrándose a su madre allí, terminando de dar los últimos toques.

—Lo siento, mamá, estuve en casa de la abuela con Rosie.

—No te preocupes, Logan. Escucha, tu padre ha invitado a cenar a...

Pero antes de que su madre pudiera finalizar la frase, entró su padre interrumpiendo. Le miró con el ceño fruncido, reprendiéndole con la mirada, por lo que se apresuró a lavarse las manos en la pila.

—Llegas tarde.

—Lo siento, estuve en casa de la abuela.

—Ven a saludar a nuestra invitada.

—Pero... ayudo a mamá a sacar las cosas de la cena.

—No, ya lo hace ella.

Eso le dejó helado. Su padre siempre era considerado con su madre, al menos con ellos delante y más si tenían invitados. Esa forma de tratarla no era normal. La miró en busca de una explicación, pero su madre solo le sonrió, animándole a que fuera con él.

Logan salió de la cocina, sin decir ni una palabra más, siguiendo a su padre hasta el salón.

—Vaya Logan, ya pensaba que no querías cenar conmigo. —La voz de Eris sonaba divertida.

Vio a Iris en el sofá, que le ponía los ojos en blanco. Eso le decía que su hermana ya llevaba un rato aguantando la charla de la chica. Pero, ¿a santo de qué estaba Eris en su casa esa noche? ¿Por qué la habían invitado a cenar? En su mente se abrió paso la sospecha. Había sido su padre, claro. Por eso su madre estaba tan seria y su padre estaba tan raro con su madre. Habían discutido por la invitación a Eris.

Apretó los puños levemente, tratando de que no le dominase la ira. Justo en ese momento, su madre entró con una bandeja. Una sola mirada le bastó para saber que la tenía de su parte y eso le calmó un poco.

La velada fue tensa. Logan se dirigía a la invitada con el mínimo de educación y cordialidad para que su padre no le regañara.

Iris bufó un par de veces. La chica no le caía bien y no hacía nada por ocultarlo.

Henry les miraba a todos con el ceño fruncido. La noche no estaba saliendo como él quería y era algo que odiaba, que las cosas no transcurrieran de la forma que había planeado.

Eris se sentía incómoda. Era cierto que cuando el pastor Evans le había invitado a cenar a su

casa, ella aceptó encantada porque era una forma de estar junto a Logan y saber que el pastor la prefería a ella en vez de a la rumana, le hizo concebir esperanzas de que quizá no estuviera todo perdido, pero la noche no se había desarrollado de la forma que ella esperaba.

Logan estuvo apenas cordial con ella y ni su madre ni su hermana se las notaba entusiasmadas como al pastor. Bueno, pensó para sí misma, a la señora Evans tampoco le gustaba cuando estaba con Jeff.

Como pudo, pasó la velada hasta que llegó la hora de irse. Logan ni siquiera sugirió acompañarla a casa y tuvo que ser su padre el que la llevara. Durante el corto trayecto, el pastor se deshizo en disculpas por la actitud de su familia, disculpas que ella aceptó con una sonrisa.

Durante el camino de vuelta, Henry fue pensando en todo lo que había sucedido esa noche. Ni su mujer ni sus hijos se habían comportado con la corrección y la educación que habría cabido esperar. Era algo que no se esperaba de ninguno de ellos. Le habían arruinado la noche y habían hecho que una maravillosa chica, como él consideraba a Eris Blackhurst, lo pasara mal. No iba a quedar así. Obligaría a su familia a comportarse de la forma correcta y a disculparse. Logan tendría que invitarla a salir un par de veces.

En cuanto llegó a su casa, se dirigió a la cocina. Su hijo ayudaba a su esposa a recoger y ambos estaban hablando de la cena.

—Os habéis comportado de una forma horrible.

Gillian no dijo nada, pero movió la cabeza negativamente. Logan tenía más ganas de guerra que su madre o, simplemente, ya estaba cansado de que su padre pensara que podía manejar su vida como le diera la gana. No estaba dispuesto. Podía tomar decisiones propias acerca de su vida sin que nadie le dijera qué tenía que hacer.

—No. Eres tú el que se ha comportado de una forma horrible preparándome esta encerrona. ¿Creías que me echaría en sus brazos solo porque tú digas que es la chica adecuada para mí?

—No me hables en ese tono, jovencito. Únicamente me estás demostrando lo que ya sé, que no tienes dos dedos de frente.

—No tienes ni idea. No te preocupas por lo que yo pueda sentir. Te has empeñado en que Viorica no es buena para mí, solo porque tú tienes el orgullo herido y no eres lo suficientemente hombre como para admitir que una mujer no quiera estar contigo.

Su padre le cruzó la cara de una bofetada. Era la primera vez que le pegaba y los tres se quedaron parados. Henry no sabía cómo lo había hecho y cuando se quiso dar cuenta, su brazo estaba extendido después de haber pegado a su hijo.

—¿Te sientes mejor ahora?

La respiración de los dos era agitada. Logan miraba a su padre con gesto contenido y Henry estalló.

—Eres un insolente. Vete a tu cuarto, estás castigado. Tendrás que disculparte con Eris y compensarla. Y te prohíbo, terminantemente, que tengas ningún trato con la rumana esa.

—Ni lo sueñes. No, no voy a dejar de ver a Viorica porque tú seas un amargado. No voy a disculparte por nada, porque no he hecho nada mal y tu prohibición, ya sabes qué puedes hacer con ella.

—¡Logan! —Su padre avanzó de nuevo hacia él.

—¡No! —Salió corriendo por la puerta de la cocina hacia la playa.

—¡Logan, vuelve aquí!

Pero el chico no le hizo caso. Desapareció en la noche.

—¿Estás contento, Henry? —La voz de su mujer le sobresaltó—. Supongo que ya habrás visto que en esta casa, eres el único que piensa que Eris es buena para Logan.

Henry la miró, extremadamente cansado. Había perdido el control de la situación y no estaba contento con todo eso, pero no consideraba que fuera su culpa. Le echaba la culpa a Gillian y a su forma de alentar a su hijo para que hiciera lo que pensaba que era correcto.

—¿Debería estarlo? Es tu culpa, Gillian. —Su esposa abrió unos ojos como platos, totalmente incrédula—. Sí, no me mires así. Tú le diste alas invitando a esa chica a cenar y le hiciste creer que aceptamos esa relación.

—YO acepto esa relación.

—No te entiendo, Gillian, de verdad que no. —Se frotó el puente de la nariz, cansado—. Esa chica no es buena para Logan.

—No lo sabes.

—Es la hija de Naunet, claro que lo sé.

Se quedaron mirándose a través de la cocina. Entonces fue cuando Gillian se dio cuenta de que el abismo que la separaba de su marido cada vez era más grande y más profundo. No había sido capaz de enfrentarse a Henry por sí misma, para conseguir su propia felicidad, pero sí que lo haría por su hijo. Por cualquiera de sus hijos.

—Me voy a dormir.

La dejó allí, recogiendo. Esperando que regresara su hijo, aunque sabía que no lo haría. No esa noche, al menos. Al filo de las tres de la mañana, se preparó un té y se sentó en la mesa de la cocina, reflexionando, pero sin sueño.

—Mamá.

Iris estaba en la puerta de la cocina. Su pequeña que ya no era tan pequeña, a punto de cumplir los quince años, había dejado de ser una niña, a un paso de ser mujer.

—Dime, cariño. Deberías estar dormida.

—¿Qué pasa?

¿Qué pasaba? Que su matrimonio siempre había sido una mentira, desde el momento que ella se puso la venda, dispuesta a dar su vida por Henry Evans, pero él no le había dado nada a cambio. No sabía cómo impedir que su marido hundiera la vida de su hijo. No sabía cómo actuar para que su hijo fuera feliz al lado de la persona a la que amaba. Había cometido muchas equivocaciones a lo largo de su vida y estaba a punto de pagarlas todas, porque esa noche suponía un antes y un después en su vida, y en la vida de su familia.

—Nada grave, cariño. Papá y Logan han discutido.

Iris se encogió de hombros. Su padre a veces no los entendía, aunque ella lo adoraba. No entendía que realmente Jeff no quería ser abogado, sino que hubiera sido mucho más feliz estudiando Económicas. No entendía que ella ya no era una niña a la que le podía mandar a la cama con una muñeca, porque con casi quince años, ella ya pensaba más en chicos de lo que nunca admitiría delante de sus padres. No se daba cuenta de que el corazón de Logan pertenecía a esa extraña, pero a la vez, dulce chica rubia que se había colado en sus vidas, enamorando a todos menos a su padre.

—Entiendo a Logan. Yo tampoco soporto a Eris.

Porque ella también se había dado cuenta, quizá tarde, como su madre, del daño que esa chica le había hecho a Jeff. Del daño que podía hacerle a Logan si no se ponían de su parte. Por mucho que

quisiera a su padre, quería más a sus hermanos, y no sería ella la que ayudara a que ninguno de los dos saliera más herido de lo que ya estaban. Sobre todo Jeff.

—Vamos a dormir, anda.

Esperó a que su hija pequeña se acostara antes de entrar a su propio dormitorio y coger el camisón. Fue al baño a cambiarse y después dudó, con la mano puesta en el picaporte de la habitación. Dudó entre si dormir con su marido o irse al cuarto de su hijo mayor. Al final, la costumbre y su corazón, decidieron por ella, entrando suavemente, intentando no despertar a Henry, y se deslizó a su lado en la cama. Su marido se giró inmediatamente hacia ella, abrazándola contra su cuerpo, cosa que le hizo sonreír.

Quizá el abismo no era tan grande.

En una bolsa pequeña de viaje, metió algo de ropa y artículos de aseo. Además, metió en una mochila los libros y cuadernos de su hijo. Llevaba tres días sin aparecer por casa y Henry le miraba desde la puerta, no muy contento con lo que estaba haciendo.

—Es menor de edad, podríamos obligarle a volver.

—¿Y qué conseguiríamos con eso, Henry? Simplemente que cuando tenga la edad legal se vaya para siempre y lo perdamos definitivamente.

Henry jamás había pensado que su hijo llegaría tan lejos, nunca. Quizá le había juzgado mal. Quizá sí que amara a esa chica tanto como para elegirla por encima de su familia.

Movió la cabeza. Gillian también había cambiado y ahora era él quien tenía miedo de perderlo todo. Ya no se sentía seguro de que su familia continuara como él quería que continuara y se estaba dando cuenta de que no podía estar sin Gillian.

La noche que Logan se fue esperó bastante tiempo a que ella subiera a acostarse. Mientras más tiempo pasaba, más asustado se sentía de que ella decidiera abandonarle. Respiró, solo pudo respirar cuando ella se acostó a su lado. Por eso hizo lo que jamás había hecho antes, abrazarla fuerte contra él, para asegurarse de que realmente seguía a su lado.

—¿Es lo mejor?

—Creo que sí, Henry. Si le damos tiempo, si no le presionamos, seguro que vuelve.

—Pero querrá seguir con esa chica.

—Lo prometiste. —Le miró, deteniéndose un momento en lo que estaba haciendo.

—Sí, pero...

—Lo prometiste —le volvió a decir—. Henry, prometiste que no te meterías en su relación.

La miró y asintió. Lo había prometido.

—Voy a llevarle esto. No te preocupes, volverá a casa.

Pesadamente, Henry se acercó hacia la ventana y vio cómo su esposa salía de la casa, cargada con la bolsa de viaje y la mochila escolar de su hijo. La vio andar por la playa camino de la casa del acantilado y por enésima vez en esos tres días, se preguntó si no llevaba demasiado tiempo equivocado con todo.

Capítulo 14

Dos semanas después, Logan seguía en casa de Naunet. No había querido ir a casa de ninguno de sus familiares, porque estaba totalmente seguro que cualquiera de ellos le mandaría de nuevo a su casa. Buena prueba de ello había sido su abuela, que según entró por su puerta dos días después de haberse ido, le dijo que por allí no quería verlo hasta que no demostrase que era un buen hijo con sus padres. Su abuelo simplemente movió la cabeza, apesadumbrado, pero, según creía él, más por la forma en que su esposa había tratado a su nieto, que por lo que había hecho él.

Rose y Mariah le dijeron que en sus casas tampoco es que le recibieran con los brazos abiertos y menos en casa de Rose. Su tío Robert era íntimo amigo de su padre y no le había hecho gracia que su sobrino le hubiera desafiado de esa manera, menos por Naunet y su tío Paul era el más estricto de todos, así que ni se lo planteaba.

Incluso si hubiera podido ir a cualquiera de esas casas, no habría ido. Porque, en realidad, desde que salió de su casa, fue sin pensar hacia la casa del acantilado. Aún recordaba la cara de susto de Naunet cuando le abrió, porque claro, a las doce y media de la noche si llamaba alguien de esa forma era por algo grave. Le vio en tal estado que no preguntó nada, solo le hizo entrar y le dio una de sus reconfortantes infusiones de melissa. Viorica también se había levantado, pero tampoco preguntó nada, se limitó a acariciar su mano, hasta que se tranquilizó. Le llevaron a un dormitorio y se quedó inmediatamente dormido. Hasta el día siguiente, no les explicó qué había pasado.

—Mi padre no ha cambiado mucho, ¿verdad? —Se acercó al sillón donde Naunet leía y se sentó en el suelo.

—La verdad es que no.

—Ya me parecía.

Naunet esperó pacientemente. Sabía que Logan no había ido allí solo para preguntar algo que ya sabía. Había algo más que le rondaba la cabeza, pero quería darle tiempo para que él le explicara lo que pasaba por su cabeza.

—¿Por qué?

Solo esa pregunta, pero ella ya sabía a qué se refería y lo que necesitaba oír. Algo que ella no podía decirle, porque lo que Logan necesitaba era la certeza de que su padre acabaría cediendo, algo de lo que ella no estaba segura. No podía decirle que todo iría bien, porque no lo sabía y no era un niño al que se le pudiera mentir.

—No lo sé, Logan. Puede ser que el odio hacia mí tape todo lo demás o que realmente esté convencido de que tiene razón y Vio no es buena para ti.

—¿Piensas que no soy buena para él? —La joven sonaba dolida.

Ambos alzaron la mirada y Naunet suspiró.

—No he dicho eso, Vio. El único que puede saberlo realmente es Logan. Solo he dicho que puede ser que su padre esté convencido de eso.

—¿Soy buena para ti? —La joven necesitaba confirmarlo, necesitaba saberlo.

—Eres lo mejor para mí. —Extendió los brazos para que ella pudiera refugiarse en ellos.

Naunet se levantó y los dejó solos, con una sonrisa en los labios. Hubo un tiempo en el que ella había estado igual de enamorada. Deseó, con todas sus fuerzas, que la historia de ellos fuera mejor que la suya propia.

Salió de la casa y se dirigió hacia la playa, con la intención de reflexionar. Se notaba que

empezaba a hacer más calor, porque había más gente paseando por allí.

Se abstraigo de las voces de la gente, centrándose solo en sus recuerdos, los cuales habían dejado de doler hacía ya mucho tiempo, pero pensar en ello, la entristecía un poco. Le hubiera gustado que las cosas hubieran sido diferentes, claro, pero desear cambiar el pasado era simplemente eso, un anhelo que sabía que no podría conseguir nunca.

—Hace un buen día para pasear por la playa.

Definitivamente, aún seguían existiendo cosas en este mundo que lograban sorprenderla. Jamás hubiera pensado que Gillian Evans se acercaría a hablar con ella, por más que Logan y Viorica aseguraran que había cambiado.

—Supongo que sí, que es sorprendente que después de tantos años me acerque a ti como si nada. —Se sentó a su lado con una sonrisa. No le había pasado desapercibida la sorpresa que había reflejado el rostro de la mujer rubia—. Me alegra saber que todavía soy capaz de sorprender a la gente.

—Nunca has dejado de hacerlo, Gillian. —Sonrió a la pelirroja, contenta de que por fin pudieran tener esa conversación tantos años aplazada—. Lo que sucede es que no lo demuestran.

—Quizá —se quedó mirando hacia el mar, pensativa—, ¿Logan está bien?

Claro, la preocupación de una madre siempre era lo primero. La imitó, fijando su vista en el horizonte, mientras a su alrededor la gente charlaba y las gaviotas graznaban.

—Sí, lo está. Os echa de menos, pero... — se interrumpió. No sabía aún muy bien a qué atenerse con ella, así que era mejor no decir más de la cuenta.

—Pero no volverá hasta que no esté seguro de que su padre acepta sus decisiones —terminó Gillian por ella—. Es lógico, de alguna manera. Aunque todavía no me acostumbro a que mi hijo ya sea una persona independiente en algunos aspectos. Me cuesta con Jeff así que imagínate con Logan.

—O con Iris.

—O con Iris, exactamente. Aunque con ella aún me quedan algunos años, espero.

De nuevo, el silencio se instaló entre ellas, mientras Gillian buscaba la forma de abordar lo que quería decirle y Naunet le dejaba su espacio para hacerlo. Ambas sabían sobre qué tema iba a versar su conversación, pero no tenía absolutamente ningún sentido forzarla.

—¿Qué pasó?

De todas las formas que había de empezar, había escogido la más directa. De nuevo la sorprendió. No esperaba que le preguntara eso, de hecho, era lo que menos se esperaba en el mundo.

—Supongo que su versión sí la sabes. —Ante el mudo asentimiento de la pelirroja, suspiró—. Lo amaba, Gillian. No sé si tanto como tú, pero lo amaba. Me pidió que renunciara a algo que era tan intrínsecamente mío, que si lo hubiera dejado, hubiera dejado de ser yo misma.

—La magia.

—Sí, la magia. —En ese momento la miró a los ojos—. No sé si entiendes lo que soy o no. Realmente, no sé si alguien que no sea de mi familia, alguien que no haya vivido lo mismo que yo, puede llegar a entenderlo de verdad, pero hay cosas que, si renuncias a ellas, se llevan tanta parte de tu alma, que nunca serás la misma persona.

—Henry nunca llegó a entenderlo. Él siempre ha dicho que si de verdad le hubieras amado, lo habrías hecho. Yo, egoístamente, me alegraba de que no lo hubieras hecho. Ahora, con sinceridad, me alegro aún más que no lo hicieras. No porque yo lograra mi objetivo, estar con él, como me pasaba antes, sino porque tú fuiste lo bastante fuerte como para dejarle ir para seguir siendo tú.

—Sé que nunca llegó a entenderlo, y sé que, aún hoy, tiene el orgullo herido por lo que sucedió.

—Le conoces demasiado bien, Naunet. —Su sonrisa fue triste—. No, no te ha perdonado y dudo que lo haga alguna vez. Yo sí renuncié a mí misma para estar con él.

Naunet la miró en silencio. Gillian siempre había sido una niña alegre, extrovertida, divertida y pícara, con un punto de traviesa. Sin embargo, al casarse con Henry, hubo algo de ella que murió. Ya no se dejaba llevar tanto por la alegría. Incluso, su picardía sana y natural había quedado atrás. Se había convertido en alguien un poco aburrido. La persona adecuada para ser la mujer del pastor.

—Tú me conociste, Naunet. Sabías cómo era yo. —La rubia asintió—. Conseguí a Henry y para mí eso fue un gran triunfo, pero perdí parte de mí misma en el proceso. ¿Sabes cuántas veces he deseado salir con mis hijos a jugar al jardín riéndonos a carcajadas? ¿O he deseado hacer un muñeco de nieve con ellos? Dejarme llevar por la vida, como hacía antes. Sin embargo, no lo he hecho. Por miedo.

—Por miedo a que Henry lo censurara.

—Sí. Henry siempre ha estado por mi casa, ya lo sabes. Es el mejor amigo de mi hermano Robert y pasaba mucho tiempo allí. No recuerdo ninguna época en la que él no esté presente en mi vida. Era lógico que me enamorara de él. Te odiaba tanto... por tener lo que yo deseaba. Porque tú podías besarle y yo no. Porque te veía revolverle el pelo y, a pesar de que él te reñía, sus ojos reían. Yo no he tenido eso.

—Henry te ama, Gillian.

—A su manera. —Ambas mujeres sonrieron—. Ya sabes cómo es su manera. A veces pienso que si no me hubiera dejado llevar tanto por él, yo también conseguiría que sus ojos rieran después de revolverle el pelo.

—Aún puedes hacerlo.

—No sé si puedo recuperar a esa Gillian. No sé si se ha perdido para siempre.

—Esa Gillian siempre estará dentro de ti, solo tienes que encontrarla. —Le puso la mano en el brazo—. Siempre he envidiado la familia que formasteis. Incluso hubo veces que pensaba en que podría ser yo la que estuviera así, cuando te veía con alguno de los niños.

—¿Te arrepientes?

—No y no me arrepentiré. Mi abuela siempre decía que había que arrepentirse de las cosas que dejabas de hacer, porque son las que te hacen preguntarte qué hubiera pasado «¿y si...?». Yo sé lo que hubiera pasado si hubiera renunciado a la magia. Mi alma se habría amargado y le habría echado la culpa a él.

—Entiendo.

—Cada persona es responsable de sus decisiones, pero siempre tiendes a echarle la culpa a los demás, y más si te sientes empujada a ello.

—Gracias. Gracias por explicármelo todo. Siento que todo este tiempo...

Se interrumpió, pero no hacía falta que siguiera para que Naunet entendiera lo que quería decir.

—Ahora es el momento adecuado, Gillian.

Supo que era verdad. Esta conversación era imposible que la hubieran tenido antes, porque no fue hasta que Logan se enfrentó a su padre, hasta que no se vio en la disyuntiva de tener que elegir bando entre su marido y su hijo, no se dio cuenta de lo que había perdido. Había perdido a la Gillian despreocupada, simplemente enamorada, que caía rendida con una sonrisa y una mirada. Esa Gillian había sido reemplazada por la Gillian miedosa, que tras cada ceño fruncido, cada gesto tenso de

Henry, se asomaba al abismo de perderlo. Quería recuperar la sensación de sentirse plena con solo una sonrisa. Tendría que enseñar a sonreír de nuevo a su marido.

—¿Le dirás a Logan que pase a vernos?

—Lo haré. Pero no te preocupes, volverá antes de lo que piensas.

Porque Naunet sabía que si Gillian cambiaba y ya había empezado a hacerlo, también lo haría Henry. Porque aunque él no lo supiera, tantos años de dolor y orgullo herido le estaban pasando factura, y en el fondo de sí mismo, estaba deseando dejar atrás la amargura.

Era algo de lo que se había dado cuenta hablando con Gillian, porque, si ella era capaz de dejar atrás esos sentimientos, él también lo haría.

Logan entró en su casa. No había nadie en la cocina, así que aprovechó a coger una de las galletas que había hecho su madre. Como siempre, estaban deliciosas. También, ya de paso, se sirvió un vaso de leche fría.

—Sabía yo que las galletas de tu madre te harían volver.

La voz de su padre le sobresaltó y se giró a mirarle con el ánimo dispuesto a la lucha. Pero su padre no le miraba con el ceño fruncido, ni con los labios tensos. Es más, parecía ¿divertido?

—Hola, papá —dijo de forma cautelosa.

—Hola, Logan. —Henry avanzó y se sirvió él también un vaso de leche y cogió una galleta—. No se lo digas a tu madre. Las ha hecho esta mañana y no nos deja comerlas aún.

Logan sonrió y le guiñó un ojo a su padre divertido, llevando el vaso de leche a la mesa para sentarse. Henry lo hizo a su lado y le miró, dudando.

Ambos se comieron la galleta en silencio. Henry sin saber cómo empezar y Logan temiendo que esa breve tregua llegara a su fin.

—¿Qué tal en la casa del acantilado? —No era mal comienzo.

—Bien. —Logan se encogió de hombros—. Es enorme, no sé cómo Naunet se las apaña.

Allí estaba. Había dicho su nombre en voz alta y miró a su padre esperando la reacción.

—Sí, yo también me lo he preguntado muchas veces. Me lo preguntaba cuando la señora Relish vivía y Naunet se fue.

—La crió su abuela, ¿verdad?

Henry miró a su hijo a los ojos.

—Sí. Su madre murió en el parto y su padre... bueno.

—¿Bueno?

Se notaba a la legua que Logan no sabía de Naunet más que lo que ella había querido contar.

—No sé si soy la persona adecuada, Logan.

—Por favor. Prometo que no diré nada.

—Isis Relish, la madre de Naunet era una joven preciosa. Siempre se había dicho en el pueblo que las chicas Relish eran las más bonitas. —Se rindió con un suspiro cuando empezó a contar la historia—. Habrás comprobado, con ella, que tienen una belleza etérea y antigua. —Ante el asentimiento de su hijo, Henry prosiguió—: Isis era muy soñadora, según me dijo mi tía Margaret, que la conoció muy bien. Eran muy amigas. Hubo un joven que llegó al pueblo, revolucionando a todas las chicas. Su nombre era Matthew, Matthew Derringam, y, según la expresión de mi tía

Margaret, «volvía tan locas a las chicas que nuestra ropa interior salía sola detrás de él». —Logan se echó a reír. Esa expresión era tan de la tía Maggie que no dudó ni por un momento que fuera realmente suya—. El caso es que Isis fue la única que no cayó rendida a sus encantos y eso fue como una especie de desafío para él. No paró hasta enamorarla y seducirla.

—¿Y la abandonó?

—Sí. La abandonó tres meses antes de que naciera su hija. La señora Relish se enfureció, pero no con Isis, sino con él, por la forma de tratarla.

—Era su hija, era algo lógico.

—Sí, pero creo que si hubiera sido alguna de las chicas del pueblo, habría sido lo mismo. Coqueteó con todas y fueron más de una las que se entregaron a él. Solo Isis fue la que tuvo la mala suerte de quedarse embarazada.

—¿Naunet nunca conoció a su padre?

—Oh sí, lo conoció. Volvió al pueblo cuando ella tenía nueve años. Estaba enfermo, se moría y pensaba que aquí encontraría un sitio donde pasar sus últimos días.

—¿La señora Relish no lo dejó?

—No, fue Naunet. —Ante la mirada de asombro de su hijo, Henry rio—. Siempre ha sido muy dura con los que se aprovechan de las mujeres, ¿no te has dado cuenta? Ella simplemente... Percibió el egoísmo en su padre. Si hubiera vuelto porque estaba arrepentido, lo habrían aceptado sin duda, pero volvió porque no le quedaba más remedio.

—Entiendo.

Volvieron a quedarse en silencio.

—¿Habla de mí? —Su padre le miraba con miedo, esperando una respuesta demoledora.

—A veces. —Logan clavó sus ojos verdes en él—. Siempre con cariño.

—Ya. —Una sonrisa de alivio apareció en su rostro—. Le hice daño al ser tan egoísta.

Logan asintió.

—No cambio mi vida con tu madre. Hubiera deseado que todo hubiera sido de otra forma, pero no me arrepiento de haberme casado con ella, pero ojalá no le hubiera hecho tanto daño.

—Eso no me lo tienes que decir a mí, papá. Aunque creo que ya lo sabe.

—Sí, yo también creo que lo sabe. —Miró por la ventana de la cocina—. Siempre ha sabido esas cosas.

—Papá...

Henry le miró y vio ese gesto tan suyo de cuando era niño. Morderse el labio cuando estaba nervioso; cuando quería hacer algo y no se atrevía a pedir permiso. Sintió que la ternura le invadía por completo.

—Háblame de esa novia tuya, hijo. No conozco nada de ella.

Capítulo 15

Esa noche iban a hacer una maratón de cine en casa. Verían *Drácula* y *Van Helsing*.

Viorica había dicho que quería verlas, después de que le explicaran el argumento. Naunet les dijo que ella se iría a Londres ese fin de semana y que tendrían la casa para ellos solos. Los padres de Logan no habían puesto problema alguno en que su hijo se quedara allí y los de Rose y Mariah, después de algunas trabas, finalmente autorizaron también a sus hijas a dormir en la casa del acantilado.

Las cosas se habían normalizado para ellos.

Ahora eran una pareja feliz, con un grupo de amigos encantados de que estuvieran juntos. La única persona que no estaba feliz con eso era Eris, pero realmente había dejado de importarles. Además, las clases se acabarían en breve para ellos, lo que significaba para Logan y Rose que sería su último verano antes de la universidad. La pelirroja aún no se había decidido por una carrera y los tenía a todos locos. Logan había decidido estudiar Historia y, aunque no fue una decisión muy del agrado de su padre, este se calló prudentemente.

Estaban los cuatro en el salón de la casa, sentados en el suelo y rodeados de chucherías, palomitas, patatas y refrescos. Por votación, la primera película que verían sería *Van Helsing*. Se sumergieron en la trama.

De vez en cuando, Viorica comentaba algo de los escenarios o del vestuario. Se declaró fan absoluta del personaje de Marishka, a pesar de ser la primera que moría. Logan, por chincharla, decía que Anna le gustaba mucho más. Rose y Mariah se declaraban enamoradas de Velcan. Con el personaje de Vlad, sin embargo, había muchas más discrepancias.

—No era así.

—¿Así cómo? ¿Así de guapo? ¿Así de...? —Las palabras de Vio les habían dejado un poco... que no sabían por donde quería ir, vamos.

—Era más cruel, más... —La joven movió las manos intentando explicarse—. Todo el mundo que se encontrara frente a él lo percibía.

—¿La maldad?

—Sí, pero la maldad absoluta. Era mirarle a los ojos y saber que si le apetecía te cortaba la cabeza en ese instante. Solo porque le apetecía.

Se quedaron callados ante sus palabras. Ninguno de ellos había sentido eso nunca. Es decir, sabían que existían personas malas y crueles, pero ¿hasta ese punto? Volvieron a darse cuenta de que realmente la joven rumana era más sabia que ellos en algunos aspectos, aunque en otros, era una niña aún.

—¿Vemos ahora *Drácula*? —preguntó Mariah enseguida, intentando despejar el ambiente.

Todos estuvieron de acuerdo, aunque Viorica estaba un poco más reticente. Había leído la novela de Bram Stoker y sí que había reconocido rasgos del cruel voivoda en el conde que daba nombre a la novela. Sabía que era ficción, por supuesto, pero había escenas en las que le parecía que el escritor había estado frente a frente con Vlad Tepes.

Se acurrucó en el sofá, contra Logan y no disfrutó de la película tanto como con *Van Helsing*. Los escenarios eran más reales para ella y ese vampiro lo veía más cercano al voivoda que ella había conocido. Logan se dio cuenta de que sus primas se habían quedado dormidas.

—Vio —la chica levantó la mirada—, se han dormido.

La joven rubia sonrió al ver a sus amigas dormidas en el suelo. Se levantó y las cubrió con una manta ligera, poniéndoles cojines bajo la cabeza para que estuvieran más cómodas.

—No quiero seguir viéndola —susurró después de acomodarlas.

—¿No te gusta?

—No es eso, es... —Hizo un gesto extraño con los hombros.

—Entiendo.

Paró la película y apagó el reproductor de DVD. Sus primas ni se enteraron. Extendió la mano para ayudarla a levantarse. La abrazó un momento, aspirando el olor de su pelo, un poco cítrico.

—Vamos a dormir, Logan.

Fueron hacia los dormitorios, despidiéndose con un largo beso frente a la puerta de Viorica.

—*Te iubesc*^[8].

Los dos lo dijeron a la vez, sonriendo por la coincidencia.

Cada uno se fue a un dormitorio, pero ambos se quedaron sin poder dormir. Harta de dar vueltas en la cama, Viorica se levantó y entró sin hacer ruido donde dormía Logan o donde se suponía que dormía, porque él tampoco podía hacerlo.

—¿Pasa algo, cariño? —Suponía que la película la había alterado, que tendría pesadillas o algo así. No estaba preparado para que se deslizara en la cama con él, abrazándole—. ¿Vio?

—Te amo más que a nada en este mundo. —Temblaba abrazada a él.

—Lo sé, cariño. Y yo a ti. —Le acariciaba el pelo sin saber qué hacer o cómo actuar.

—Pero quiero demostrártelo.

Eso era lo que le pasaba. Logan se dio una bofetada mentalmente. Se había dado cuenta del cambio de su novia en ese aspecto. A pesar de que muchas veces la notaba reticente, ella había permitido que él avanzara en sus caricias, cada vez más audaces. Lo hacía por miedo....

Logan se sintió fatal.

—No tienes que demostrármelo, princesa. Yo lo sé y con eso vale.

—Yo... —Viorica tragó saliva—. ¿Puedo quedarme? ¿Dormir contigo?

—Claro que sí. —la abrazó fuerte contra su cuerpo, durmiéndose los dos al instante.

Viorica paseaba por la playa. Había descubierto que la ayudaba a pensar. Lo había hablado con Naunet, que le había explicado algo muy complicado de ciclos y ritmos. En realidad, le daba igual. Lo único que le importaba era que la relajaba y podía pensar bien.

No entendía qué pasaba con Logan. Había hablado con Naunet, así como con Rose y Mariah, acerca de todas sus dudas y sus miedos acerca de su relación con Logan. Tenía miedo del deseo que sentía cuando estaba con él. Miedo de que la viera como una chica fácil y la abandonara. Pero, objetivamente, sabía que eso no tenía por qué ser así. Las normas morales habían cambiado bastante y quería dejarse llevar por su deseo, entregarse a él. Estaba convencida.

Pero él no.

Ahora la trataba con mucha más delicadeza. No sentía su deseo como antes. ¿Había dejado de gustarle? No creía que fuera eso, porque la seguía buscando. La noche que durmieron abrazados, cuando vieron las películas, ella notó el amor que Logan sentía por ella en la forma que tuvo de abrazarla. Entonces, ¿qué iba mal? ¿No quería estar con ella de ese modo?

¡Las relaciones eran tan complicadas! Pero aun así, a pesar de todas las dudas, de todos los pensamientos que se arremolinaban en su mente, no dejándola dormir por las noches, no cambiaría ese tiempo con Logan por nada. Nada de lo que había vivido anteriormente podría compararse a esos magníficos meses junto a él.

No solo por él, también por las chicas y por Naunet. Se sentía... bien. Aceptada por ser como era simplemente. No solo porque fuera la chica más guapa de la aldea o por su trabajo en el campo. No, ellas la admiraban por su forma de ser, por su naturalidad. Por ella misma, realmente. Y con Logan le pasaba lo mismo. Solo por cómo la miraba sabía que la miraría igual aunque no tuviera los ojos azules, el cuerpo que tenía o el pelo rubio, porque Logan había sabido mirar más allá y verla a ella. En su conjunto.

Le gustaba su forma de mirarla, como si fuera algo extremadamente valioso que hubiera tenido la suerte de encontrar; como si estar con ella fuera un regalo maravilloso que la vida le daba; como si fuera el hombre más afortunado del mundo solo porque ella estaba a su lado y eso la hacía sentirse especial y poderosa. Pero quería que él supiera que ella sentía lo mismo por él y quería demostrárselo de todas las formas posibles.

La brisa marina alborotó su pelo alrededor de la cara, haciendo que riese como una niña. Le recordaba la forma que tenía Logan de acariciar suavemente su rostro, como si fuera de porcelana. Alzó la mano para tocarse la mejilla, como hacía él, y automáticamente otra sonrisa, esta vez más soñadora, iluminó su rostro.

Jamás se había sentido así.

Viktor no la había mirado o tratado, nunca así. De hecho, con Viktor se sentía como un premio, como un trofeo y seguramente habría sido eso para él. El mayor premio de la aldea, la chica más guapa, en su cama. Solo para él. Pero a veces, su mirada de deseo la hacía sentirse incómoda.

Sin embargo, las veces que Logan la miraba así, no la hacía sentirse mal. Al contrario, aumentaba su propio deseo y posiblemente esa fuera la fuente de sus problemas. No estaba acostumbrada a sentir deseo o a sentir que se podía dejar llevar. En realidad, desde que era una niña pequeña no se había dejado llevar por nada.

Se levantó sin haber aclarado nada sus ideas. Al contrario, se sentía aún más confundida. Porque si ella sentía deseo, él podría sentirlo también. De hecho, creía que lo sentía, por las veces que la miraba cuando pensaba que ella no se daba cuenta. Esas miradas le hacían saber que no estaba desencaminada y que Logan la deseaba. Pero ¿por qué no se dejaba llevar? Le había insinuado varias veces que ella estaría dispuesta a entregarse. A lo mejor tendría que decírselo más claramente.

Miraba la fotografía que, por fin, había conseguido que Vio se hiciera. Se la veía tan hermosa... Era hermosa. Su natural alegría se reflejaba en sus ojos, haciendo que toda ella brillara. Miraba directamente a la cámara, como si aún le asustara la idea de que le pasara algo malo.

Aún recordaba cómo les había costado convencerla.

A Vio no le gustaban las fotografías, pensaba que el alma quedaba atrapada en el papel. De hecho, le gritó a Logan cuando él le enseñó fotos suyas, asustada. No sabía cómo era posible que el rostro de su novio estuviera en un papel y que no le hubiera pasado nada. En el momento en que Rose se acercó con una cámara... salió corriendo, gritando que no quería perder su alma por ese invento

del diablo. Les llevó una temporada que aceptara que le hablaran incluso del tema. Simplemente, era algo que le costaba aceptar.

Había aceptado otras cosas que quizás ellos pensaban que le costaría más, como la ropa o el hecho de que ahora chicos y chicas estuvieran más mezclados o que la mujer no tenía que estar bajo la custodia de un hombre, que era libre de decidir por sí misma.

Era muy inteligente. Extremadamente inteligente. Entre Naunet y Rose la habían logrado poner al día de los conocimientos y había hecho el examen para entrar en el instituto. Estaría en el último curso, con Mariah. De hecho, hablaba mucho con Rose acerca de las carreras universitarias. A pesar de que todavía le quedaba un año, ya tenía muy claro lo que quería e iba a estudiar. Naunet estaba encantada con su decisión y le había prometido que no tendría ningún problema, ya que ella le pagaría la carrera.

En un principio, Viorica no lo había aceptado. Decía que Naunet ya hacía demasiado por ella pero entre todos la convencieron. Ahora estaba tan entusiasmada, que refunfuñaba porque tendría que esperar un año más, aparte de que ese año estarían separados. Logan estaría en Exeter, como Jeff. Intentaría volver siempre que pudiera, pero aun así, pasarían demasiado tiempo separados. Aunque ella también iría a la universidad de Exeter el siguiente año.

Volvió a centrarse en los hermosos ojos azules de Vio. La quería tanto que dolía. Aunque fuera un sinsentido, eso pasaba. Dolía quererla tanto y la deseaba. Oh, dios, cómo la deseaba. Pero no iba a presionarla. Para nada. Iba a respetar que ella quisiera ir despacio. Aunque había algunas veces que le costaba reprimirse. Cuando ella se ponía cariñosa o le miraba con esos ojos tan llenos de inocencia... Sentía que la sangre hervía en sus venas y el deseo amenazaba con nublar su razón por entero.

En esos momentos, tenía que alejarse de ella, porque si no lo hacía, no podía responder de sí mismo y lo que menos quería era obligar a Viorica a hacer algo que ella no quisiera. Veía el dolor en los ojos de ella y el hacerle daño le dolía a él. Pero si la obligaba, si la forzaba a hacer algo que realmente no quería o no estaba segura, eso le haría más daño. Sabía que ella no lo entendía, porque lo veía en sus ojos dolidos o en la forma que giraba el rostro para que él no se diera cuenta de lo herida que se sentía.

Pero lo sabía. Él lo sabía y le dolía más que a ella. Era por el bien de los dos, porque no podría soportar que ella algún día se arrepintiera de haberse dejado llevar. La deseaba, sí, pero tendrían que esperar a que ella realmente quisiera hacerlo.

—Logan.

Estaban en la playa, tomando el sol. Viorica llevaba un bikini turquesa que le sentaba genial. La primera vez que vio la prenda de baño, abrió los ojos como platos. Le impactó que las chicas fueran a la playa con esa prenda tan... minúscula, que tapaba solo lo justo y necesario. «¡Es ir en ropa interior!», había exclamado escandalizada. Pero se había acostumbrado rapidísimo al traje de baño de dos piezas.

—¿Mmmmm? —Estaba medio dormido por el sol, sin que le molestasen los gritos de los niños.

—Quiero acostarme contigo.

Vale, eso le despertó de golpe. Se incorporó y la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Perdona?

—Quiero acostarme contigo. —Perfecto, estaba ruborizada. No solo ruborizada, roja como una amapola y no era efecto del sol.

Lo hacía por los motivos equivocados. Lo sabía. Se sentía presionada para hacerlo y él no quería eso.

—No. —Su voz sonó clara y cortante.

Vio se mordió el labio. ¿Qué andaba mal con ella?

—¿Por qué no?

Se frotó las sienes, intentando decidir por qué notaba el dolor en su voz y no sabía a qué atribuirlo. Bueno, sí, había sido muy brusco y cortante con ella, pero es que le había pillado desprevenido.

—A ver, cariño... —¿Cómo se lo decía? Tenía que ser diplomático—. No eres tú, soy yo.

Mala elección. Lo vio en su cara según terminó de decirlo.

—O sea, soy yo. —Ahora el enfado se mezclaba con el dolor en su voz.

—No. Te lo he dicho, soy yo. —Se estaba desesperando para hacerle entender que ella no era el problema.

Viorica cerró los ojos, respirando profundamente.

—Logan, ¿me deseas?

Vale, pregunta clara y pregunta que no podía responder. Si decía que sí, la estaría presionando para que se entregara a él y si le decía que no... aparte de mentirle, desencadenaría la Tercera Guerra Mundial.

—Cariño... yo... —A ver cómo salía de esta.

—No es tan difícil, Logan. ¿Sí o no?

La miró, sabiendo que de su respuesta dependía el futuro de su relación.

—Sí.

—¿Entonces?

Cogió aire, sabiendo que lo más seguro es que no lo entendiera.

—A ver, cariño —se agachó delante de ella, buscando sus ojos—, te quiero. Te adoro. Lo que más deseo en este mundo es hacer el amor contigo.

—¿Y por qué me dices que no?

—Porque no quiero que sea así.

—¿Así cómo?

—Así, presionada para no perderme. Quiero que lo desees tú también y que sea tan bonito y especial como tú te mereces.

—Logan, es que quiero hacerlo.

Los ojos de Viorica le decían que lo deseaba de verdad. Pero no, eso seguro que era lo que él quería ver.

—Viorica, no te sientes preparada.

Vale, mal. El enfado oscureció sus preciosos ojos azules.

—Creo que yo soy la que sabe si está preparada o no. —Se echó hacia atrás y se levantó, recogiendo sus cosas furiosa—. No me digas lo que quiero o no quiero hacer, Logan Evans.

—No te enfades.

—¡¡Pues no me trates como a una niña!!

Varias cabezas se giraron al ver a la pareja que discutía.

—Perdona. —Se levantó él también y le cogió las manos—. Por favor, cariño, solo quiero que sea... bonito.

—Lo será, Logan. Lo será porque me quieres y será especial porque eres tú.

—Déjame planearlo, por favor. Déjame que te prepare lo que te mereces. —Sus ojos suplicaban.

—Está bien. —Le miró y esbozó una sonrisa.

Asintió y recogió él también sus cosas para acompañarla a su casa mientras empezaba a planear su noche especial.

Capítulo 16

Iba a ser perfecto. Lo sabía porque lo había planeado todo al milímetro para que fuera perfecto. No podía salir mal, porque ella no se merecía que saliera mal. Había hablado con Naunet, muerto de vergüenza. ¿Cómo pedirle a una persona que consideraba su hermana mayor, permiso para que les dejara a solas en la casa para poder acostarse con la joven que tenía a su cargo?

Pero Naunet parecía que se adelantaba a todas sus intenciones y cuando él apareció por la casa, sonrió y señaló una maleta que estaba en el vestíbulo.

—¿Puedes quedarte este fin de semana con Viorica en casa?

Obviamente podía y sus padres tampoco pusieron ninguna pega. Vale, sus primas también estarían pero había hablado con ellas y prometieron no entrometerse. No podía arriesgarse a que sus padres preguntaran a sus tíos y ellos les dijeran que las chicas habían estado cada una en su casa y se metiera en un lío.

—Está todo precioso.

No había escuchado llegar a Mariah. Su prima se apoyó en su hombro y suspiró.

—¿Le gustará?

Ambos miraron la habitación. Las sábanas de color rojo, las había encontrado en el dormitorio, con una nota de Naunet para que las usara. Había flores por toda la habitación y velas, montones de velas. Había grabado un CD especial para la velada, con música suave, que había recopilado con la ayuda de Rose.

—Ojalá un chico me quisiera tanto como para hacer esto por mí.

Miró a su prima, alarmado.

—¿Mariah?

La aludida se echó a reír a carcajadas, atrayendo la atención de su prima pelirroja que pasaba en ese momento por el pasillo.

—¿Qué os pasa?

—Aquí tu primo, que quiere perder la virginidad esta noche pero no soporta la idea de que algún día la pierda yo.

Logan enrojeció hasta la raíz de su pelo castaño.

—Bueno, es que... Es lógico que yo...

—¡Hombres! —Rose puso los ojos en blanco y bufó.

—¡Oye! Que tampoco me haría gracia que fueras tú la que lo estuviera pensando.

Ahí sí que las dos primas se rieron hasta que se les saltaron las lágrimas.

—¿Qué? —Las miraba realmente asombrado.

—Steve Murphy —dijo Mariah, con las lágrimas aun corriendo por sus mejillas.

—¿Steve Murphy? —Hizo memoria recordando el ex novio de su prima—. ¿El rubio con aires de insufrible?

Ambas chicas pusieron los ojos en blanco. Logan, desde que Steve había empezado a salir con Rose, le dedicaba ese tipo de adjetivos.

—Mmmmm...sí. —Rose le dio un codazo a su prima para que se callara.

—¿Y qué pasa con él? ¿Y qué tiene que ver con la conversación sobre la virginidad que estamos manteniendo?

—Esto... Logan... —Mariah no hizo caso del codazo de su prima

Logan la miró y empezó a atar cabos.

—No.

—Sí.

Las miró, incrédulo.

—¿Quince años? —No se lo podía creer. No de su responsable prima.

—Mmmmm...dieciséis. Fue el día de mi cumpleaños.

—Voy a matar a ese rubio engreído.

—¡Logan! —Rose se plantó en jarras delante de él—. Yo quise, ¿vale? Además, tú vas a hacer lo mismo con Vio esta noche.

—Pero... pero... ¡Yo tengo diecisiete! —dijo con un tono de triunfo.

—¿Y? Steve también tenía diecisiete y Vio tiene dieciséis.

Vale, se había quedado sin argumentos y ambas lo sabían.

—Vamos, Logan. —Se acercó a él y le abrazó por la cintura—. No seas así. Disfruta de tu noche. Vio y tú os lo merecéis.

Cenaron los cuatro entre risas, ya olvidada toda la conversación que habían tenido por la tarde.

Después de ver un rato la tele, a una señal de su primo, Mariah se escabulló hacia el dormitorio que Logan había preparado y encendió todas las velas y el equipo de música.

Minutos después, todos subieron a los dormitorios. Viorica pensaba que estaban todos raros, pero tampoco le dio más vueltas al asunto. Logan le había dicho que esa noche, si no le importaba, dormirían juntos. Se estremeció ante la perspectiva. Aunque fuera solo por sentir cómo la abrazaba, ella estaba dispuesta.

Se quedó con la boca abierta cuando vio cómo lo había preparado todo. La suave música, la tenue iluminación de las velas, dándole un aire tan... romántico, casi hacía que se le saltaran las lágrimas. Realmente se lo había trabajado mucho para que fuera especial para los dos.

—Oh, Logan. —No pudo decir nada más, solo girarse hacia él para besarle.

Tampoco hacían falta más palabras. Sus cuerpos y su deseo tomaron el control. La música sonaba con suavidad, solo para ellos, manteniéndolos en una burbuja.

Los besos dulces del principio fueron tornándose más apasionados a medida que la necesidad de sentirse se hacía más acuciante. Las prendas fueron cayendo al suelo, al tiempo que se descubrían, primero con los ojos, para seguir haciéndolo con las manos y los labios. Cuando se habían quedado solo con la ropa interior, Logan la cogió en brazos y, sin dejar de besarla, la llevó hacia la cama, depositándola allí como si fuera de cristal.

Ella estiró los brazos y cogió una de las flores de un jarrón que estaba cerca de la cama. Una rosa roja.

—Túmbate.

Logan hizo lo que le pedía, con una sonrisa. Ella empezó a deshojar la rosa, dejando caer los pétalos a su alrededor, de forma que algunos caían sobre el cuerpo de Logan y otros sobre la sábana. Cuando ya no le quedó ningún pétalo más, dejó caer a un lado el tallo de la rosa y se inclinó para ir soplando con lentitud sobre el cuerpo de su novio, provocando que los pétalos que estaban sobre su cuerpo se movieran suavemente sobre él.

Logan le miraba fascinado. La suavidad de los pétalos rojos sobre su piel, combinado con los suaves soplidos de Viorica hacía que su piel se erizara de placer.

Finalmente, no pudo aguantar más y se incorporó para buscar sus labios con clara necesidad de besarla, haciendo que los pocos pétalos que permanecían en su cuerpo salieran volando hacia la cama. Sin romper el contacto, la tumbó de espaldas, recorriendo todo su cuerpo con una caricia anhelante.

—Vio...

—Logan...

Se miraron a los ojos, diciéndose con la mirada más de lo que podían expresar con palabras. Los nervios se habían quedado aparcados, suprimidos por la firme convicción que aquello era lo que tenía que suceder. Se amaban tanto que esto era solo un paso más en su relación, un modo más de demostrarse lo mucho que se querían.

Logan dejó un reguero de besos desde la garganta hasta el vientre de Viorica, mirando como su cuerpo se contraía en pequeños espasmos cada vez que sus labios rozaban su satinada piel, a la que las velas le conferían un brillo dorado perfecto.

Un leve gemido se escapó de sus labios. El primero. Sonrió extasiado, ese sonido era lo más erótico que había escuchado en la vida. Sus manos descendieron, acariciando y arrancando una serie de jadeos, mientras ella elevaba un poco las caderas, de forma inconsciente, pidiendo más y a la vez, entregándolo todo.

Entró en ella de forma suave. Un nuevo beso, nuevas caricias y la música que les envolvía quedó ahogada por jadeos y gemidos. Por respiraciones aceleradas y susurros anhelantes. El roce de los cuerpos y de las sábanas hacía que el fragante aroma de la rosa que habían deshojado se extendiera por el aire. Las velas los iluminaban dulcemente, lo suficiente como para no perderse un gesto, una mirada.

—Te amo.

—*Te iubesc*^[9].

No necesitaron más palabras para alcanzar el cielo juntos, ninguna más que esas, susurradas con urgencia y al oído.

Se quedaron abrazados, intentando recuperar la respiración uno en brazos del otro. Los dedos volvían a acariciar, pero esta vez ya era piel conocida y marcada como del otro. Ya no había urgencia, sino reconocimiento. Viorica ronroneó, satisfecha como un gatito.

—*Pisoi*^[10] —le susurró al oído, haciendo que riera.

—¿Estás aprendiendo rumano?

—Le he pedido a Rose y Naunet que me enseñen —le confirmó con una amplia sonrisa—. Siempre puedes darme clases particulares.

—Cuando quieras, ya sabes.

—¿Ahora? —La sonrisa era pícara.

Le miró extrañada pero asintió.

—¿Cómo se dice «caricia»?

—*Dezmierdare* —susurró mientras Logan la acariciaba.

—¿Y cómo se dice «soplar»?

—*Sufla*.

Sonrió cuando el chico sopló con suavidad sobre sus hombros.

—¿Y cómo se dice «beso»?

—*Sărut*.

Esta vez fue ella quien le besó, siguiendo con el juego que él había iniciado, consiguiendo que él sonriera y comenzara una batalla de besos entre los dos.

Al cabo de un rato, ya adormilados, Logan se levantó para apagar las velas y el equipo de música, antes de que se quedaran dormidos del todo. Lo hicieron momentos después, uno en brazos del otro y sintiéndose en el séptimo cielo.

Un rayo de sol le daba en la cara, haciéndole arrugar el ceño. Se estaba tan a gusto allí. Salió lentamente del sueño, quedándose embobado mirando a Logan, que dormía con una sonrisa en el rostro, totalmente relajado. Se incorporó levemente, alejándose un poco de él, lo que le hizo gruñir y apretar más el brazo en torno a ella, acercándola todavía más a su cuerpo.

Vio rio suavemente y se dedicó a mirarle. Al cabo de unos minutos, Logan abrió los ojos, encontrándose con los azules ojos de su novia que le miraban con adoración.

—Buenos días —saludó con voz somnolienta.

—Buenos días.

—¿Sabes que eres lo más bonito que un chico puede ver al despertar?

Esas palabras la hicieron ruborizarse.

—¿Y tú sabes que solo un chico me va a ver cuándo despierte?

—Qué suerte que tiene ese chico. —Le dio un beso en la punta de la nariz—. Me quedaría aquí contigo toda la vida, pero...

Su estómago se ocupó de hacerle saber a Viorica que era lo que los iba a sacar de la cama, lo cual le hizo soltar una carcajada.

—Pero primero, una ducha. —Ambos estaban pegajosos por los pétalos de la rosa.

Se fueron al baño, riendo y jugando como niños, y se ducharon juntos. Cuando bajaron, Mariah y Rose ya estaban desayunando. Ninguna de las dos dijo absolutamente nada, pero ambas se alegraron de ver lo contentos que bajaban. Se les notaba más enamorados que nunca.

Capítulo 17

—Viorica. —Naunet se acercó a ella con unos papeles en las manos y un libro.

—Hola. —La sonrió y la esperó.

—He encontrado algo sobre tu familia.

La chica sonrió, un poco asustada. No sabía si sería bueno o malo, aunque sabiendo lo que ya sabía acerca del voivoda, sería malo. Lo presentía.

—¿Qué... qué es? —preguntó dudosa.

—Léelo. —Puso en sus manos el libro con las hojas sueltas entre sus páginas.

Viorica asintió y se fue en busca de un rincón tranquilo en la playa, para poder leerlo sin interrupciones. Empezó con las páginas sueltas y completó la información con las páginas marcadas del libro. Cuando terminó de leerlo, miró pensativamente al mar, acariciando con suavidad la cubierta del libro. Un par de lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—Padre.

Recordó a ese recio hombre de ojos azules, capaz de dar mucho cariño a pesar de ser un hombre que no mostraba sus sentimientos. Curtido por el sol, con las manos callosas del trabajo. No solía expresar con palabras lo que les quería, pero solía hacerlo con hechos. Y, según aparecía relatado allí, como una leyenda oral, la historia de un hombre que se había entregado al voivoda para salvar a su familia de una muerte segura. Según la leyenda, este hombre, Stepan Popescu, había ido al castillo de Vlad Tepes para entregarse voluntariamente a un juicio del voivoda con la única condición de que su familia quedase libre.

Por lo visto, el sacrificio de su padre había tenido éxito. En el libro se hablaba de Viktor Ionescu, hijo mayor de Viktor y Doina, explicando que llegó a ser un miembro del ejército valaco. Había también referencias a sus hermanos, la única que no tenía ninguna era su madre, pero en una época tan machista, lo raro era que su hermana apareciera.

Volvió a leer la historia de su familia, agradecida por saber algo de ellos. Los echaba de menos, más de lo que jamás habría podido imaginar.

Una sonrisa adornaba su rostro mientras leía. Guardaría esos datos como oro en paño.

Despedirse de Logan y Rose había sido complicado. Demasiado triste. Llevaba una semana de instituto y le gustaba, se lo pasaba muy bien en clase y la habían aceptado todos. Mariah era su protectora, aunque no es que la necesitara mucho.

Pero ese día necesitaba estar a solas en la playa, tenía que digerir su pena a solas. Logan no volvería al menos en dos semanas y se le harían eternas sin él. Aunque estuviera Mariah.

La despedida la noche anterior fue deprimente. Lloraron los dos. Ese domingo había amanecido gris y lluvioso. Sabía que los señores Evans llevarían a Logan a Exeter después de la misa, así que había ido, aunque no solía hacerlo. Lo vio allí, se sonrieron y se volvieron a despedir.

«Tienes que aprender a empezar a vivir sin él». Pero costaba tanto... sabía que tenía que empezar a ser una persona independiente. «Más independiente», se corrigió a sí misma. No era la siamesa de su novio, era una chica perfectamente capaz de estar sin él. Aunque le echara de menos mucho más de lo que pensaba admitir, para que él no se sintiera mal.

«*Te iubesc*. Pensaré en ti a todas horas. No será lo mismo sin ti y lo sabes, estoy deseando que el año que viene estés aquí».

El sms de Logan le hizo sonreír. Siempre lo lograba, por muy triste que estuviera ella. Sabía que aún no habría llegado a Exeter, pero aun así, le había mandado un sms para animarla. Era tan dulce con ella...

—¿Crees que duraréis mucho? Es un universitario.

La voz de Eris interrumpió sus pensamientos, haciendo que apretara sus puños.

—Qué sabrás tú.

Eris sonrió, ladina. Era lo que necesitaba, una buena pelea que pusiera a esa idiota en su lugar.

—Sí lo sé. Es lo que pasó con Jeff, ¿sabes?

Viorica la miró. ¿De verdad pensaba que no sabía lo que había pasado con Jeff?

—¿Crees que soy estúpida? —preguntó incrédula. Eris se limitó a enarcar una ceja, retadora—. Oh, sí, de verdad lo crees. —La sonrisa de Viorica desconcertó a Eris—. ¿Crees que no sé qué fuiste tú la que le dejó?

La morena palideció.

—Eso es mentira —dijo con los dientes apretados.

—¿De veras lo es? —Ahora era ella la que enarcaba la ceja retadora.

—Sí, lo es.

—No, no lo es. Porque me lo ha contado Jeff y porque Logan me ha dicho lo poco que tardaste en ir a por él después de dejar a su hermano.

Eris se echó hacia atrás, como si la hubiera golpeado con esas palabras.

—Eso es mentira. —Pero su voz ya no sonaba tan segura.

—Es verdad y tú lo sabes. —Viorica se acercó a ella—. Lo que no sé es a quién pretendes engañar con esa mentira. ¿A mí o a ti misma?

Eris cogió aire. Ese enfrentamiento no estaba saliendo como ella quería. Quería ser ella la que hiciera daño, la que sembrara las dudas, y eso no sucedía.

—Es lo que pensaba. —La miraba con desprecio—. Es a ti misma a la que quieres engañar. Quieres creer que fue Jeff el que te dejó, para así poder justificar el que hayas sido tan descarada con Logan. —Eris cogió aire, intentando rebatirlo, pero Viorica no la dejó hablar—. Eres tan patética que te crees tus propias mentiras. Durante todo este tiempo has hecho creer que Jeff fue el malo que te dejó para disfrutar de la vida universitaria, pero la realidad era otra. ¿No? La realidad es que tú te enamoraste de Logan, que no es delito ni nada malo. Pero tú lo convertiste en algo malo con todas tus mentiras. ¿Creías que te iban a juzgar por enamorarte de otra persona? Esas cosas pasan. Nadie te lo hubiera tenido en cuenta o quizá sí, pero si hubieras sido honesta contigo misma y con los demás, nadie te despreciaría.

—¿Y quién me desprecia, según tú? ¿Quién cree todo eso que tú has dicho? —Su voz temblaba. No quería que temblara, pero lo hacía.

—Todos, Eris. Porque todos lo saben. —La miró con infinito desprecio—. Me das pena, por no tener la suficiente valentía de afrontar tus propias decisiones.

Se dio la vuelta, con la trenza flotando detrás de ella, y se fue tan dignamente como podría haberse ido una princesa, dejando a Eris totalmente desconcertada en la playa. Desconcertada y aún más llena de odio hacia ella.

Según se acercaba su cumpleaños, Viorica se daba cuenta de que Mariah y Naunet estaban más raras que nunca. Conversaciones que cesaban cuando ella entraba en la sala donde estuvieran, llamadas de teléfono extrañas... Planeaban algo y no sabía qué era. Solo esperaba que fuera lo que fuera, no estuviera relacionado con su cumpleaños.

Logan le había dicho que no podría ir y eso le quitó todas las ganas que tenía de celebrarlo. El único regalo que quería era estar con él y así se lo había dicho varias veces a sus amigas, pero ellas solo sonreían.

Su cumpleaños caía en domingo y el sábado la echaron de casa. Se alejó refunfuñando, sabiendo que tramaban algo para ella.

«Entrete hasta las cuatro», había sido lo que le había dicho Naunet antes de encasquetarle una cesta de picnic. ¿Cómo podía una chica entretenerse en Penzance un sábado de octubre? Pasando frío, se respondió a sí misma.

Se fue hacia el sitio que había descubierto hacía relativamente poco.

Se trataba de un pequeño bosquecillo a las afueras del pueblo, donde podía estar a solas. Tan parecido a su pequeño claro de su aldea, que estar allí era como estar en casa. Llegó allí y se sentó en un sitio resguardado. De su chaqueta sacó la última carta que había recibido de Logan. Aún no la había leído, porque la había cogido justo al salir de casa. Así que se acomodó para leer.

Cuando terminó de hacerlo, tenía una sonrisa boba en los labios. Su novio siempre usaba palabras preciosas con ella, enamorándola cada vez más a pesar de estar tan lejos o quizá por estar tan lejos. Suspirando, se volvió a guardar la carta y sacó la comida que Naunet le había guardado. Comió con apetito y volvió a guardarlo todo. Era una persona muy respetuosa con la naturaleza y nunca dejaba ningún desperdicio ni nada.

Sacó el libro de Historia de la cesta y se puso a leer, por matar el tiempo hasta la hora que podía volver a casa. Se abstraigo inmediatamente. Adoraba la Historia, aunque había decidido estudiar para ser maestra de Primaria. Adoraba a los niños y sabía que sería una buena profesora, pero Logan sí que había decidido estudiar Historia y eso le encantaba. Hablaba mucho de sus clases con ella y con eso le parecía que ella también la estudiaba.

Cuando le sonó el móvil, se sobresaltó por lo metida que estaba en el libro. Eran las cuatro menos cuarto.

—¿Dónde estás?

—En el bosquecillo.

Había ido un par de veces con Mariah y sabía que a su amiga también le gustaba ir.

—Ah, debería haberlo imaginado. Naunet me dijo que te habías llevado el libro de Historia, por eso te llamo.

—¿Cómo?

—Cuando lees Historia te dan las mil. —Mariah rio a carcajadas—. Tienes que venir a casa.

—¿Para eso que me habéis preparado? —preguntó con ironía.

—No sé de qué me hablas —le respondió la otra con rapidez—. Mueve el culo para casa, anda.

Lo siguiente que escuchó fue el tono de llamada. Le había colgado. Resoplando, metió el libro en la cesta y volvió a casa, caminando con lentitud. No quería una fiesta. Lo había dicho una y mil veces, pero claramente se notaba que no la habían escuchado o más bien que no le habían hecho caso.

Soltó un leve gruñido. Lo único que ella quería era pasar su cumpleaños con Logan, y como él le había dicho que no podía volver... No quería celebrarlo. No era tan difícil de entender, ¿no? Pues parecía que sí.

Llegó a su casa y entró por la puerta de la cocina, dejando allí la cesta.

—¿Hola? Ya estoy aquí para lo que sea que estéis preparando.

—No sé de qué me hablas. —Naunet entró en la cocina y la miró de arriba a abajo—. Sube a cambiarte— le dijo con una sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque parece que has pasado el día en el bosque.

—Pero si no preparáis nada...

—Viorica... —Puso los ojos en blanco, aún sonriendo.

Vale, cuando Naunet ponía ese tono, mejor obedecer. Subió a su cuarto y se lavó con rapidez, antes de ponerse unos vaqueros y una camiseta blanca. Repasó su pelo y decidió hacerse una trenza. No sabía lo que tenía planeado Naunet, pero fuera lo que fuera, mejor estar presentable.

—Vale, ya estoy aquí y estoy...

—¡¡SORPRESA!!

Se quedó parada en la puerta del salón. Estaban todos allí. Naunet, Mariah, los Evans, Rose y... Logan.

—¡Logan! —Se fue hacia él corriendo, provocando la risas de los demás.

—Eso, Logan, Logan, y a los demás que nos den —dijo Jeff entre risas.

Después de saludar a todos y de que todos la felicitaran, se sentó en un sofá, agarrada a la mano de su novio.

—Me dijiste que no podías venir —le acusó.

Se echó a reír a carcajadas y le dio un toque en la nariz.

—Era una sorpresa, pequeña.

Iba a darle un beso, pero un carraspeo les interrumpió.

—Creo que es la hora de los regalos —dijo Henry con voz divertida.

Logan asesinó a su padre con la mirada, pero se levantó con ella y todos se reunieron para darle los paquetes.

Naunet le regaló un precioso y fino brazalete de oro que se puso de inmediato. Rose le regaló un ejemplar de *Drácula* que provocó risas de complicidad entre ellas. Mariah una camiseta preciosa. Los señores Evans le regalaron una nueva mochila. Iris un cuadro hecho por ella y Jeff una caja artesanal de madera.

Logan se quedó el último para darle el paquete.

—¿Y si no te hubiera comprado nada? —preguntó pícaramente.

Viorica negó sonriendo.

—No pasa nada, estas aquí y es mi mejor regalo.

Eso provocó la risa en los mayores y la simulación de arcadas en los más pequeños.

—Vamos, Logan, que desprendéis dulce —dijo Jeff simulando voz asqueada y ganándose una colleja por parte de su madre.

Los señores Evans la miraron con indulgencia cuando Logan le entregó el pequeño paquete cuadrado. Sabían perfectamente qué era, ya que su hijo les había pedido permiso y ayuda para elegirlo.

Viorica le miró inquisitivamente y después abrió el paquete. Se quedó boquiabierta al ver el anillo claddagh en su interior. El corazón era una pequeña esmeralda.

—Oh... —Se había quedado sin palabras y cuando Logan tomó su mano suavemente para deslizar el anillo en su dedo, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

—¿Sí? —le preguntó en un susurro temeroso.

—Sí —afirmó llorando, pero con rotundidad.

Estaban en la playa, ese último día de verano. Al día siguiente irían a Exeter, esta vez los dos juntos. Era el segundo año de universidad de Logan y el primero de Viorica. Iban a vivir juntos, con Mariah y Rose. Después de dar mucho la lata, lo habían conseguido.

Logan la miró y pensó en lo lejos que habían llegado desde ese día en que empezó a soñar con ella. Vio un rayo de sol que hacía brillar el anillo que él había puesto en su dedo, el anillo que proclamaba que esa chica era suya. Tanto como él le pertenecía a ella.

—¿Logan?

Volvió a la realidad.

—Dime, preciosa.

—¿Está todo bien? —le miró con esa sonrisa que tenía reservada solo para él.

—Perfectamente. —Cogió la mano de ella y le dio un beso en el anillo—. Contigo siempre está todo perfectamente.

Epílogo

Târgovi ş te estaba muy cambiado. De eso estaba segura. No es que ella conociera la ciudad que había sido en su época, porque jamás se había movido de la aldea, pero por lógica, la ciudad había cambiado. Sabía que se había expandido, por los mapas que había visto en los apuntes de Logan.

Sonrió al pensar en su marido, desviando la vista a su alianza de oro. Era tan feliz con él. No solo era un maravilloso esposo, sino también un brillante historiador y por eso estaba ella allí, en la ciudad que con tanta veneración había oído nombrar en su niñez. La capital de su patria. Valaquia ya no existía como tal, sino como región rumana, pero aun así, su nombre todavía le provocaba un escalofrío extraño.

Estaba en su tierra.

La sencilla campesina valaca que había sido había llegado muy lejos. Ahora no solo estaba casada sino que era maestra en la escuela de primaria de Penzance. Tenía una familia que la quería, aunque echaba de menos la suya propia.

Junto al resto de los académicos, ella y Logan fueron paseando por la ciudad. Un historiador rumano iba desgranando la historia de la ciudad, en inglés, pero ella solo le escuchaba a medias. Le interesaban más las conversaciones en rumano. El idioma también había evolucionado, pero ella aún lo entendía casi todo.

Sonrió quedándose parada.

—¿Está bien, señora Evans? —El historiador rumano la miraba un poco curioso y se dio cuenta de que se había quedado un poco rezagada.

—*Sunt bine, mul ş umesc. Am doar distras*^[11] —contestar en rumano le salió solo. Logan sonrió ampliamente, mientras el resto de sus colegas se quedaba boquiabiertos.

—*Ai vorbesc limba română, doamna Evans*^[12]?

—*Sunt român prin na ş tere, dar cu ş aisprezece ani m—am dus în Anglia.*^[13]

Un ligero carraspeo hizo que ambos se ruborizaban.

—Perdonen, no sabía que la señora Evans era rumana de nacimiento.

Después de esta breve explicación, siguieron su paseo, llegando a un parque.

—Este parque, anteriormente fue un bosque cercano a la ciudad. Había cerca una aldea de campesinos.

Viorica prestó atención ya que sería mucha casualidad que fuera su bosque y su aldea, aunque eso no le impedía soñar.

De repente, un árbol le llamó la atención. Se separó un poco del grupo examinando el claro, mientras ellos seguían por otro sendero, mientras escuchaba la voz de su compatriota explicándole el funcionamiento de la aldea en la Edad Media.

Ese árbol... Se acercó más a él y sonrió. Era su árbol. Era su claro. No había nada distintivo, pero ella lo sabía, en su interior lo sabía.

Miro a su alrededor y, después de un breve momento pensándolo, siguió el sendero que salía del claro en dirección a la cabaña de su familia. Entonces ya la guiaba su memoria, pero sabía que no estaba equivocada.

Después de andar unos diez minutos, llegó a otro claro, esta vez más grande. Se distinguían unas piedras un poco alejadas. La emoción pudo con ella, eran los restos de su casa. Se acercó, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, y tomó asiento en el suelo, frente a las piedras.

—Hola, madre. —Sabía que no estaba allí, pero la sentía cerca—. Mira, lo conseguí. —Movi6 su mano ensef1ando el anillo—. S6 que no era como lo quer1amos, que me fui lejos y os dej6 en una situaci6n dif6cil. Lo siento, de verdad lo siento. Fui ego6sta, pero s6 que t6 me entender1as. —Suspir6 y mir6 alrededor, recordando las veces que hab6a jugado all6—. Estoy casada, madre. Es un hombre maravilloso y me adora, al igual que yo a 6l. Y s6 que si pudieras vernos, te alegrar1as por m6, igual que te alegraste por Doina el d6a de su boda.

Se levant6 y se acerc6 a las piedras, agach1ndose a tocar una.

—Estoy embarazada. Ser1 nuestro primer hijo, pero Logan a6n no sabe nada. Se lo dir6 esta noche, pero ahora que he encontrado nuestra casa, no pod6a irme sin dec6rtelo. Me hubiese gustado que hubieras estado a mi lado el d6a de mi boda, y que padre me hubiera llevado al altar; que Doina, Marcel y Petre hubieran estado a tu lado mientras pronunciaba mis votos. Al igual que me hubiera gustado estar en la boda de Doina.

Suspir6 y mir6 alrededor.

—Tambi6n me hubiera gustado que conocieras a mi hijo o mi hija, como conociste y cuidaste a los de Doina y a lo de los chicos. Quiero agradecerle a padre su sacrificio. Lo siento, madre, siento haberme ido de esa forma, pero era mi destino.

Sigui6 llorando silenciosamente, mientras recorr6a los restos de lo que hab6a sido la casa de su ni6ez.

—¿Vio? —Logan se acerc6 y la vio llorar—. ¿Qu6 pasa, cari6o?

—Esta era mi casa.

No le pregunt6 c6mo lo supo, simplemente la crey6 y la abraz6, consol1ndola, porque sab6a que para ella ser6a muy duro ese choque de recuerdos y emociones.

—Logan.

—¿S6, amor?

—Estoy embarazada. —No hab6a planeado dec6rselo as6 pero sent6a que era lo correcto, aunque en ese momento sent6a como se ruborizaba hasta la ra6z de su cabello.

Logan la mir6, emocionado, y cogi6 su mano para besarla, mientras pon6a una en el vientre, a6n plano, donde ya crec6a su hijo.

—*Va multumim pentru acest dar, iubirea mea.*^[14] —La voz le sali6 ronca por la emoci6n.

Ambos sintieron c6mo se cerraba el c6rculo que se hab6a iniciado con sus sue6os.

Agradecimientos.

Quería agradecer primero a mi familia, por todo el apoyo que me han dado, por estar a mi lado durante todo el proceso y creer en mí.

Gracias a Andrea y Maryna por darme la primera idea, y estar ahí, leyendo cada capítulo y dándome ideas para seguir.

Este libro tampoco habría sido posible sin Elena, Bea, Vanesa, Nuria y Elisabeth que me han acompañado en cada paso de esta locura, escuchándome y apoyándome cada vez que me ha entrado el miedo por toda esta aventura. Y sin Naya, que me ha ayudado con sus consejos, cuando tantas veces me he encontrado perdida.

Gracias a María del Mar y José, por creer en mí, cuando yo no creía. A Mabel y M^a Ángeles, por su ilusión.

Mi agradecimiento más sincero también al gran equipo de Red Apple, por apostar por este proyecto, y por su buen hacer, su guía y la maravillosa forma de tratarme

Y por último, pero quizá el agradecimiento más importante, gracias a ti, lector, por haber elegido esta historia, y espero, de corazón, que hayas disfrutado tanto leyéndola como yo lo hice escribiéndola.

[1] Mi nombre es Viorica.

[2] Mi pequeña princesa.

[3] Ayúdame.

[4] ¿Dónde estoy? ¿Funcionó? ¿Quiénes son ustedes?

[5] Tranquila, Viorica. El hechizo ha funcionado. Estas en la época de Logan y ellas son sus primas.

[6] Camiseta.

[7] Te amo, Viorica

[8] Te amo.

[9] Te amo.

[10] Gatita

[11] Estoy bien, muchas gracias. Sólo me he distraído.

[12] ¿Habla usted rumano, señora Evans?

[13] Soy rumana de nacimiento pero con dieciséis años me fui a Inglaterra.

[14] Gracias por este regalo, amor mío.